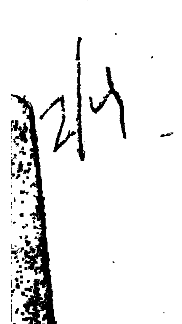



2/4



LA MUJER BLANCA.

LA
MUJER BLANCA.

LEYENDA MEXICANA

POR

DON JOSE MARIA ESTEVA.



MEXICO

Tip. de GONZALO A. ESTEVA.
San Juan de Letrán, núm. 6.

1883

Á MI ESPOSA

LA SEÑORA

Doña María Josefa Zulueta de Esteva.

No te conocía aún cuando escribí los primeros artículos de esta leyenda, tomando el asunto de una tradicion popular de la villa de Medellin, lugar, como sabes, destinado al solaz de los veracruzanos, y en el cual pasan en el verano la temporada de los baños, haciendo uso de las aguas del cristalino y hermoso rio que casi circunda á aquella villa. Escribí entónces bajo la impresion del bienestar que gozaba vagando por los campos siempre risueños de nuestra Patria querida, contemplando aquel cielo limpio y azul como el cristal de nuestros silenciosos lagos, y aspirando el ambiente purísimo que, impregnado al parecer con el aroma de todas las flores, se respira en el interior de nuestras costas cuando las brisas del mar sacuden los árboles corpulentos de sus bosques seculares. Abandoné despues esta obra como otras muchas, ya por la versatilidad natural de mi carácter, ya porque tuve ocupaciones de naturaleza muy distinta, ó ya porque, alejándome del reposo de mi hogar, seguí por algunos años la vida verdaderamente nómada del viajero.

Ahora, cuando mi corazon ha sufrido hondamente, cuando mi espíritu abatido por la nostalgia ha tenido que refugiarse á la sombra, digamos así, de los recuerdos de la Patria, he terminado la tanto tiempo interrumpida obra, y al publicarla, amada mia, en esta tierra hospitalaria aunque extraña para mí, te la dedico como una sencilla expresion de mi cariño. Sírvate su lectura para entretener un tanto tus ratos de ocio; y cuando el recuerdo y el sentimiento de la Patria se apoderen de tu alma, y nublen tus ojos con una de esas lágrimas que son la expresion más pura de nuestro amor hácia ella, abre las páginas de este libro, y trasportate á aquellas hermosas regiones donde el murmullo de los arroyos, y el susurro de las brisas, y la apacible tranquilidad de los bosques le ofrecen al alma que sufre, un encanto tan seductor.

Yo te he visto en mis horas de desgracia venir como un ángel de dulzura y de bondad á colocarte á mi lado, pasando indiferente sobre todos los peligros de la vida: bendita seas, esposa mia. La mujer que cumple estrictamente con sus deberes de esposa ó madre, es una buena mujer; pero la que cumple con ellos con la abnegacion y cariñosa bondad con que tú lo has hecho, es un ángel. Si la fortuna, airada hoy contra mí, me abre un dia sus doradas puertas, yo seré f[illegible] porque contigo pasaré por ellas; si por el contrario, tienes que volver á nuestra amada Patria sólo con mi memoria, cuando leas alguna de las páginas de este libro, piensa en mí.

José María Esteva.

Habana, 1º de Setiembre de 1868.

INTRODUCCION.

De Veracruz la heróica apellidada,
A distancia tan sólo de tres leguas,
Entre el verde follaje confundido
De sus bosques de mangos y palmeras,

Existe un puebleciIlo pintoresco
Que Medellin se llama, pues conserva
El nombre mismo del lugar de España
Donde Cortés, su fundador, naciera.

A dicho pueblecillo lo circunda
Y sus campiñas de esmeralda riega,
Un rio cristalino que embellece
La soledad de sus calladas selvas.

En sus bosques cercanos y sombríos
Con profusion se miran por doquiera,
Vistosas plantas de exquisito aroma
Que embalsaman el aire con su esencia.

Entre ellas sobresale el fresco súchil
Que se mece risueño en la ribera
Del caudaloso rio, ostentando
Los mil racimos de sus flores bellas.

Sobresalen tambien los alelíes,
El jazmin perfumado, la reseda,
Y el blanco lirio que do quier esmalta
La verde alfombra que las aguas riegan.

El rio pintoresco resbalando
Por blando lecho de menuda arena,
So el perfumado pabellon de flores
Con débil ruido sus cristales lleva.

¡Oh! que es hermoso en la mañana ardiente
Cuando en mitad el sol de su carrera
Derrama sus vivíficos ardores
Y las chocillas con su luz calienta,

Bajar á respirar un aire puro
Del laurel al abrigo ó de la ceiba,
En cuyas verdes y frondosas ramas
Las perfumadas brisas juguetean,

Y á la sombra tranquila recostarse
Del follaje vistoso en la ribera,
A contemplar los dones que derrama
Con mano liberal Naturaleza.

Ora se vé pasar una piragua
Con jóvenes hermosas y hechiceras
Que entretejen mil súchiles olientes
Entre el negro azabache de sus trenzas,

Y que sentadas en vistoso grupo
Y al pausado compás de una vihuela,
Como un coro de arcángeles entonan
Canciones dulces, amorosas, tiernas.

Ora un grupo se vé de jovencitas
Que los descuidos del que pasa acechan,
Para lanzarse al cristalino rio
Que arrullando tranquilo las espera.

Aquí de la fresquísima enramada
Sale un hermosa de cintura esbelta,
Y pié tan breve que al pisar, graciósa,
Apénas deja imperceptible huella.

Más allá, dos ó tres, suelto el cabello
Que libre al viento jugueton ondea,
Cubierto el albo seno, y con enaguas
Que á la cintura con primor sujetan,

Ora súchiles cortan ó jazmines
Con que adornan festivas su cabeza,
Prendas que guardan al feliz amante
Tanto sencillas cuanto dulces prendas.

Ora agitan las ramas de algun árbol
Que con dulce murmurio balancea
Al soplo de la brisa, y que al moverse
Sazones frutos por el suelo riega;

Ellas gozosas á tomarlos corren,
Y ya nanches recojen, ya ciruelas,
Que comen ó que arrojan, juguetonas,
Haciendo alarde de su débil fuerza.

Ora miran las palmas de los cocos,
Ya al aguacate ó al manglar contemplan,
O ya buscan ocultos los mameyes
En sus ramas oscuras, corpulentas.

Alegres ora del tranquilo rio,
En cuya márgen bulliciosas juegan,
La onda evitan y al huir festivas
Brincan mostrando la desnuda pierna.

Por todas partes gentes se divisan
Que van ó vienen ó á la orilla esperan,
Pues llegan unas á gozar del baño
Y otras de él á su pesar regresan.

Y las verdes y frescas enramadas
De palma real se agrupan por doquiera,
Como un pueblo flotante á cuya sombra
Reposa el alma de deleites llena.

¡Oh! que es hermoso en la mañana ardiente
Cuando en mitad el sol de su carrera
Derrama sus vivíficos ardores
Y las chocillas con su luz calienta,

Sentarse á contemplar aqueste cuadro
Bajo el fresco laurel de la ribera,
Y sentir á la brisa perfumada
Que á nuestra frente calurosa llega.

Pues entónces el alma enternecida
Un paraíso de ventura sueña;
Y sin objeto á quien amar, gozando,
A las dulzuras del amor se entrega.

Porque entónces al alma la adormece
Letargo voluptuoso que la lleva
Por los vergeles del Eden perdido,
Entre aromas de nardos y violetas.

¡Hermoso y claro rio! por tus ondas
He vagado mil veces cuando apénas
De los sueños del niño despertaba
A las caricias del amor primeras.

Sobre tus ondas ¡ay! tranquilo rio,
A la voz del amor, dulce y tierna,
Se abrió mi corazon como se abre
Al soplo de las auras la azucena.

La sombra de tus bosques me dió abrigo
Cuando escuchaba, dulce, la cadencia
De una voz virginal que me juraba
Del amor y el placer la dicha eterna.

Tus brisas perfumadas arrullaron
Con sus gratos murmullos mi existencia,
Y retrataron tus dormidas aguas
De mi querida la gentil belleza.

Y retrataron sus aereas formas
Veladas por la nívea vestimenta,
Y las luengas madejas esparcidas
De su negra y copiosa cabellera.

Yo siento al contemplarte lo que siente
Cuando de larga expatriacion regresa
El desterrado, y en su cara patria
Ni á sus amigos ni á su amor encuentra.

Por eso me ves ora pensativo
De tu orilla vagar por las arenas,
Lleno mi triste corazon de duelo
Y de pena y dolor el alma llena.

Por eso ora me ves que solitario,
Si mi barquilla en tu cristal navega,
Los lugares escojo más sombrosos
Para llorar en soledad mis penas.

Por eso ora me ves que en esas noches
Del mes de Mayo oscuras y serenas,
Recorro, mis recuerdos evocando,
La superficie de tus aguas tersa.

¡Hermoso y claro rio! por tus ondas
He vagado mil veces cuando apénas
De los sueños del niño despertaba
A las caricias del amor primeras.

CAPÍTULO PRIMERO.

I

Es una tarde de Mayo:
del sol los rayos postreros
tiñen de esmeralda y oro
los bosquecillos del pueblo.
Las brisas gimen pasando
junto al árbol corpulento,
ó blandamente suspiran
agitando los palmeros.
En pos del oculto nido,
las garzas con tardo vuelo,
cual aves de paso, cruzan
por el ancho firmamento;
y los vagos pajarillos,
fugaces, prontos, traviesos,

retozan entre el follaje
de los verdes limoneros,
ó por gozar del ambiente
puro de la tarde y fresco,
agitan sus leves alas
girando sobre los techos
de las casas, ó se mecen
en los bejucos ligeros
dando al aire por do quiera
sus dulcísimos concentos.
Las flores que en la mañana
doblaron tristes sus pétalos,
se levantan, el tesoro
de sus aromas vertiendo;
y tal parece que el campo
está de gala y festejo
al sentir que se amortiguan
del sol los rayos de fuego.
Por todas partes se escuchan
tambien los alegres ecos
de la gente divertida
que anda de broma ó paseo;
y se ven á las muchachas
con sus semblantes risueños
cruzar, al subir del rio,
suelto á la espalda el cabello,
en su camino mostrando
do quier del pulido cuerpo
con las prendidas enaguas
flexible el talle y esbelto;
por allá se bañan otras,
y de algazara y contento
sus gritos el claro rio
va repitiendo á lo léjos;

algunas de la enramada
salen por gozar del fresco,
y evitando las miradas
del transeunte indiscreto,
púdicas con ambas manos
cubren el nevado seno;
ó nadan como sirenas
juguetonas zambullendo,
y entrever dejan sus formas
por el líquido elemento;
ó en pos, agitando el agua,
del pececillo ligero
corren, mil gritos lanzando
de placer ó desconsuelo......
Hay otras que por el rio
en vistosos barquichuelos,
entonando alegres cantos
que va repitiendo el eco,
se deslizan agrupadas
como arcángeles del cielo.
Otras se ven por los bosques,
bajo los altos palmeros,
pasar cual sombras perdidas
de algun Eden pintoresco.
Otras, de las enramadas
bajo los pajizos techos,
en sus hamacas se mecen
dejando correr el tiempo;
ó en ligeras carretelas
las calles cruzan del pueblo,
adornado con mil flores
el feston de sus cabellos;
ó en meriendas bulliciosas
se ven y en alegres juegos,

al son algunas cantando
de encordados instrumentos.
Por allí van á caballo
unas con sus caballeros,
con rojas bandas terciadas
de la cintura hasta el cuello,
los piés menudos ocultos
bajo el ropaje ligero,
y con súchiles y nardos
adornados sus sombreros.
Las graciosas jarochitas,
con sus madres ó sus deudos,
vagan tambien por las calles
ó los boscosos senderos;
y en tanto que de las fondas
en los portales extensos
toman, fumando su puro,
los perezosos asiento,
se van en alegres grupos
los jóvenes bullangueros
á buscar de las muchachas
los amorosos encuentros.
Es el caso que algazara
es todo y gusto en el pueblo,
pues parece que hasta el campo
está de gala y festejo
al sentir que se amortiguan
del sol los rayos de fuego.

II

Venid, lectoras, conmigo,
para que enseñaros pueda
aquella casita aislada
en la frondosa ribera.
por lozanos cocotales
y limoneros cubierta;
apénas de los jardines
y los huertos que la cercan,
se pueden ver las mil flores
que constantemente llenan
de perfumes el ambiente
que se aspira dentro de ella.
Vereis, si venís conmigo,
que de su solar apénas
se distinguen los mameyes
que hasta los cielos se elevan,
confundidos con las palmas
y las ramas corpulentas
de los grandes aguacates
y de las altas higueras.
En esa pequeña altura
que á orillas del rio se eleva,

miradla entre el verde bosque
cuál se confunde y se vela;
y mirad cómo en las aguas
se retrata, pintoresca,
con sus blancos y altos muros,
con sus columnas de piedra,
con sus verdes celosías
y sus encendidas tejas.
En el portal de esa casa
está la jóven Elena,
hermosa entre las hermosas
que diez y ocho abriles cuentan;
y tanto, que el que la mira
á juzgar luego no acierta
si es ternura la que inspira
ó admiracion su belleza.
El de la pluma del Cisne
es el color de sus trenzas,
y áun más negros son sus ojos
que su fina cabellera:
sus labios son encendidos;
sus dientes son como perlas;
y al alabastro su cútis
nada envidiarle pudiera;
su bien contorneada frente
indica su inteligencia,
y en la luz de sus miradas
su corazon se revela:
su hermosura busto sería
el de una escultura griega,
si su cintura no fuese
tan recogida y esbelta.
En su hamaca recostada,
parece que algo recuerda;

ó que algun presentimiento
ha llenado de tristeza,
en hóras tan apacibles
á su alma amorosa y tierna;
porque está meditabunda
y con mortal negligencia
lánguidamente en su mano
deja caer su cabeza;
porque fija su mirada,
de amor y esperanza llena,
en el pájaro que canta
ó en la linda flor que ostenta
sus matizados colores
en la olvidada maceta,
sin cuidarse de la brisa
que agita su cabellera
robando aroma á los nardos,
que su casta frente cercan;
sin cuidarse de los gritos
ó de las dulces cadencias
que de aquellos bosques salen
y hasta sus oidos llegan.
  Elena está pensativa:
tal vez de su edad primera
algun recuerdo la ocupa,
de esos que en el alma quedan
para prolongar los goces
de la mísera existencia;
de esas hermosas memorias
que nuestras almas conservan
para endulzar en la vida
nuestro llanto y nuestras penas,
como conserva sus flores
la solícita doncella

en el búcaro preciado,
para gozar de su esencia
cuando una atmósfera impura
la disgusta y la molesta.
¿Qué extraño, si esas memorias
han llamado á su alma tierna,
verla caer pensativa,
y llena así de tristeza
inclinarse, silenciosa,
como la casta azucena
su frente inclina en las tardes
de la dulce primavera?
¿Qué extraño, si llena su alma
de dulzura y de terneza
se recoge, como suele
recogerse la violeta
con el tesoro de aromas
que en su caliz reconcentra,
y que indiferente escuche
la desventurada Elena,
los ecos atronadores
y las amantes cadencias
de los mancebos que cruzan,
ó de las castas doncellas
que á sus inocentes goces
y á sus placeres se entregan?
¿Qué extraño, que indiferente,
oiga las tristes querellas
del pájaro que se aduerme
so la frondosa arboleda,
ó el monótono gemido
que la piragua ligera
levanta cuando resbala
con sus bellas marineras

por las aguas cristalinas
de la cercana ribera,
si algun recuerdo la ocupa
de esos que en la edad primera
se graban ¡ay! en el alma
y del alma se apoderan;
si algun recuerdo la ocupa
de amor, tal vez, que la lleva
en los brazos del deleite,
soñando gratas quimeras,
por las celestes regiones
en que las almas navegan?
Elena está pensativa.........
Pero, escuchad, se oye cerca
de una volanta el ruido,
y vuelve al oirlo atenta
ella la vista, y al punto,...........
asechando si la observan,..........
se levanta y á la orilla............
de los portales se acerca.
El carrüaje se para
junto á la rústica puerta
que dà entrada á los jardines
de la casa, y con presteza,
dejándolo allí el cochero,
á la sombra de una hilera
de naranjos se adelanta
hasta el lugar en que Elena
puesta de pié le esperaba
con reprimida impaciencia.
—*Señorita, ya me marcho:*
dice, y la mano derecha.....
al ala de su sombrero
respetuosamente lleva.

—*Toma, Andrés*, la señorita
al cochero le contesta;
toma esta carta: y sacando
bajo de su pañueleta
un plegado billetito,
se lo alarga con reserva
añadiéndole: *procura*
que esta misma noche lea
Don Cárlos este billete,
¿me entiendes?—Sí, cuando vuelva
en aquesta misma noche
podeis tener la respuesta.
—*Puedes marchar.—Buenas tardes.*
—*Adios:* y dando la vuelta
Elena volvió á su hamaca
y Andrés á su carretela.
. . . .
. . . .
. . . .
A poco rato el ruido
que levantaron las ruedas
se perdió entre los murmullos
de la cercana arboleda,
y Elena, dando un suspiro,
dejó caer su cabeza
y se quedó tan tranquila
y en actitud tan serena,
que si dormida no estaba
tampoco estaba despierta.

CAPÍTULO SEGUNDO.

I

Pobre de la mujer que se enamora
Y en su inocente amor es contrariada,
Y lentamente en el dolor consume
La triste vida que en el mundo pasa.

Pobre la jóven que soñó ventura,
Y al despertar en su tranquila estancia
Desvanecidos sus ensueños mira
Y el infortunio de su vida palpa.

Náufrago triste que en el mar undoso
Vé destrozada su querida barca,
Viajero errante que el desierto cruza
Y á ver la senda que buscó no alcanza.

Triste es la vida cuando el paso lento
La pena cuenta de sus horas largas,
Y cuando en ella al porvenir se mira
Y en él la luz de la esperanza falta.

¡Pobre de Elena! En sus mejores años
La copa bebe de la hiel amarga,
Y mano alguna de piedad movida
La horrible copa de su labio aparta.

Oculta ella en su doliente seno
Su infortunado amor y sufre y calla,
Y lentamente en el dolor consume
La triste vida que en el mundo pasa.

De gracias llena, los pensiles bellos
De la dorada juventud pisaba,
Y á su hermosura virginal unía
Sensible y pura y candorosa el alma.

Amor un tiempo le cubrió con flores
La hermosa senda que pisó su planta,
Y á los oidos de la jóven trajo
Palabras llenas de embriagante savia.

Pintóle un mundo de esmeralda y oro
De goces mil y de delicias tantas,
Que enamorada y cariñosa y ciega
Elena amó como las niñas aman.

Cual mariposa que en la oscura noche
En torno vuela de la ardiente llama,
Y deslumbrada en sus constantes giros
Los va estrechando y á la luz se lanza

Así la vírgen inocente y pura,
Fascinada al oir tales palabras,
Cayó aturdida bajo el blanco yugo
De aquese amor que por su mal la abrasa.

Hermosa entónces encontró la vida,
Y pura halló la sensual fragancia,
De aquesas flores que el amor le puso
Por donde quiera que llevó su planta.

La vida Cárlos de su vida era,
El tierno objeto de sus tiernas ansias,
La clara estrella que seguian sus ojos,
La luz intensa que alumbraba su alma.

Y para Cárlos, cariñoso amante,
Elena era encantadora Hada,
Paloma dulce de sentido arrullo,
Perfume vago de azucena blanca.

Tambien la vida de su vida era,
El tierno objeto de sus tiernas ansias,
La clara estrella que seguian sus ojos,
La luz intensa que alumbraba su alma.

Los dos amantes en sus tiernos goces,
Jamás pensaron que la fiera Parca
El cielo hermoso de su hermosa vida
De negras sombras cubriria mañana.

Y entre los sueños de su amor dos años
Pasaron llenos de delicias blandas,
Para ellos cortos, que en la humana vida
Las horas nunca del placer son largas.

II

Dos años habían pasado
Desde que Cárlos á Elena
Le pintó de fuego llena
Su inextinguible pasion.
Y dos desde que la jóven
Al amante afortunado,
Pudorosa le había dado
Con su alma tierna su amor.

Y durante los dos años,
La doncella casta y pura
Sólo sintió de ternura
Su corazon palpitar.
Y durante los dos años
Feliz pasando la vida,
Sólo en su Elena querida
Pensó el rendido galan.

Los dos pasaban sus dias
En grata apacible calma,
Llena de goces el alma
Y de fuego el corazon.

Y en los constantes delirios
De su amor se adormecieron,
Y el dolor no presintieron
Que habían de sufrir los dos.

Y no miraron que el cielo
De su dicha oscurecía
Una nube que extendía
Cada vez su sombra más.
Y no escucharon perdidos
En sus raptos de ventura,
Dentro de la nube oscura
La voz de la tempestad.

Cuando en Medellín estaba
Y Cárlos se hallaba ausente,
Elena, siempre impaciente,
Se aislaba al anochecer:
Y en su aposento encerrada,
Pasaba el tiempo escribiendo
A su Cárlos y leyendo
Las cartas suyas despues.

Y su alma enamorada,
Llena de melancolía,
Algunas veces solía,
Tristemente meditar,
Y hora pasaba tras hora
En su aposento encerrada,
Pensativa y entregada
A tan dulce y tierno afan.

Pues para ella era grato
Cuando estaba en su aposento,

El débil rumor del viento
Entre las ramas oir.
Y ver la luz de la luna
Que entraba por su ventana,
Y del baile oir, lejana
La música desde allí.

En una noche en que Elena
En su cuarto ya encerrada
Su tarea acostumbrada
Comenzaba, oyó la voz
De su madre que decía:
Abre: y en el cuarto entrando,
Sostuvieron allí hablando
Este diálogo las dos:

—Hace mucho tiempo, Elena,
Que hablarte á solas quería,
Porque es preciso, hija mía,
Pensar en tu porvenir.
Observo que Cárlos tiene
Amorosas pretensiones,
Y, Elena, esas relaciones
No te convienen á tí.

Tú eres jóven y eres bella,
Y aunque estés bien en tu casa,
La hermosura pronto pasa
Y pronto la juventud.
Y ya es tiempo que, pensando
Con más juicio y más cordura,
En una cosa segura
Te vayas fijando tú.

Cárlos es jóven y escaso
Sus bienes son de fortuna;
¿Qué esperas de él?—¿Yo? ninguna
Cosa más que [illegible]
—¡Su amor! [illegible]
Elena, que [illegible]
Buena [illegible]
En sacrificarte yo.

Es preciso que lo olvides.
—No me es posible.—Hija mia,
En otro tiempo solía
Ver más obediencia en tí.
—No puedo, madre, olvidarlo.
¡Lo amo con tanta ternura!
—Pues ese amor es locura
No teniendo un porvenir.

Él es pobre y atronado,
Si hoy contigo se entretiene,
Mañana no le conviene
Amarte, y te olvidará,
Y tú perderás tu tiempo.
—Soy jóven, mamá.—Y hermosa,
Pero la hermosura es cosa
Que muy ligera se va.

Y sobre todo, es preciso
Que me complazcas, Elena.
—Me da [illegible] pena,
Pero...—Lo hago por tu bien.
Ya con D. Juan de la [illegible]
Tu mano he comprometido.

Y ese será tu marido
Dentro de ocho dias tal vez.

—Pero si yo no lo quiero,
¡Cómo podré ser su esposa?
—Eso, Elena, es poca cosa,
El amor despues vendrá.
Y cuidado si al mirarlo
Le muestras tu descontento,
Pues sabes que no consiento
Se me contrarie.—¡Mamá!.....

—Ya lo he dicho, en este asunto
No admito excusa ninguna;
Él es hombre de fortuna
Y de buena posicion.
Es afable y cariñoso,
Un bello carácter tiene,
Y es, por fin, quien te conviene,
Elena, quieras ó nó.

A Cárlos voy á escribirle
Que no frecuente mi casa,
Y que si por ella pasa
Tendrás mucho que sufrir.
Ya lo sabes, y es tontera
Que llores, tu pena es vana.
Me darás gracias mañana
De haberlo dispuesto así.

Y, así diciendo, salióse
Del cuarto para la sala,
Y dejó á la pobre Elena
Derramando amargas lágrimas.

—¿Por qué se me ha de obligar,
Decía la pobre muchacha,
A querer á quien no quiero
Y á olvidar al que me ama?
Eso no; no puede ser.—
Y lloraba y más lloraba.
Así pasó largas horas
Junto á su lecho sentada,
Despechándose unas veces
Y otras mústia y cabizbaja
Quedando, cual si el remedio
De su situacion buscara.
Por fin, despues de algun tiempo,
De su asiento se levanta
De pronto, medio convulsa,
Como una loca que arranca,
Con el trage descompuesto,
El pelo suelto á la espalda,
En torno suyo lanzando
Aterradoras miradas,
Y diciendo: "*bien, ya está;*
Resuelta estoy," se adelanta,
Toma una pluma y escribe
A Cárlos estas palabras:

"Esta carta, Cárlos mío,
Te la mandaré mañana
Por la tarde, y es preciso
Que cuando la leas, en marcha
Te pongas, pues el que hablemos
Es cosa muy necesaria.
Bajo la higuera del rio,
Antes de la madrugada,
Encontrarás á tu Elena:

Ven, Cárlos, ven que sin falta
A las dos estoy allí.
No tardes, luz de mi alma;
Tu Elena te lo suplica
Y es el amor quien te llama."

Y acabando de escribirla,
Pliega la pequeña carta
Que en el descubierto seno
Despues en silencio guarda.
Da una vuelta por la alcoba,
Abre luego su ventana,
Y el viento fresco que viene
Su fiebre ardorosa calma.
Se sienta meditabunda......
De su frente, á poco, alza
Los rizos de sus cabellos
Que la brisa desparrama;
Y llorando, mucho tiempo
Así la infeliz muchacha,
Abatida y silenciosa,
Dentro de su alcoba pasa.
....
....

Con su luz por el Oriente
Ya la aurora sonrosada
Teñía el oscuro cielo
Con sombras de azul y grana,
Cuando la pobre de Elena,
Sintiéndose fatigada,
Se acostó sobre su lecho,
Su frente puso en la almohada,
Y se quedó tan inmóvil
Como quien duerme ó descansa.

Los ayes que, sin embargo,
Su pecho doliente lanza
De vez en cuando, aseguran
Que la jóven sufre y calla,
Y que en su aparente sueño
Vela dolorosa su alma,
Que el alma no duerme nunca
Cuando el dolor la desgarra.

III

Y por eso al dia siguiente
Vimos á Elena en su hamaca
Con la huella del insomnio
Pintada en su frente pálida;
Y por eso al dia siguiente,
Despues que entregó su carta
Al cochero Andrés, quedóse
Tristemente recostada,
En actitud tan inmóvil
Y en tan aparente calma,
Que cualquiera que la viese
Podría jurar al mirarla,
Que era una mujer dormida
O alguna preciosa estatua.

CAPÍTULO TERCERO.

Mirad, es ya de noche: se retiran
Las tardas aves con pausado vuelo
A sus nidos distantes; en el monte
Se oye mugir al toro soñoliento,
Y del pueblo vecino se aperciben
De la campana los confusos ecos.
La luz ante las sombras se disipa
Y al poniente dibújanse en el cielo
Con tibia claridad, del sol oculto
Los postreros dulcísimos reflejos.
La noche silenciosa caminando
Va sus húmedas nieblas extendiendo
Por los prados y bosques; las montañas
Confundidas se miran á lo léjos
Entre la débil sombra. Es ya de noche;
Escuchad el rumor de los palmeros,

Y ese vago murmullo que los bosques
Tristemente levantan cuando el viento,
Que busca infatigable otras regiones,
Sus ramas al pasar toca ligero.
Mirad cómo las flores se recojen
Para entregarse al pacible sueñc,
Y dan al aire su postrer perfume
Plegando, melancólicas, sus pétalos.
Son las horas primeras de la noche;
Horas de amor, de paz, y de sosiego,
En las cuales el ángel del reposo
Sus alas agitando en tardo vuelo
Por los bosques divaga y las montañas,
Puesto en la boca el misterioso dedo
Para acallar las tiernas armonías
Del bosque solitario, y los acentos
Del ave cadenciosa que á su nido
Se retira solícita gimiendo.
Pero de aquesos cantos y armonías
Queda en los aires vagaroso el eco
Como un suave murmullo que deleita,
Que llena el corazon de sentimiento,
Que hace brotar del alma apasionada
Los que inspira el amor dulces afectos.
Gusto yo de estas horas porque en ellas
La paz, la calma y la ventura encuentro;
Porque el último aroma de las flores
Me embriaga de placer; porque el acento
Del viento que suspira me enternece;
Porque me infunde la quietud respeto:
Porque al último trino que murmuran
Las aves en sus nidos, me enajeno
Y por el cielo de ilusiones vago
Que al alma le abre lo sublime y tierno,

Gusto, sí, de estas horas porque en ellas
El corazon se aisla y sus afectos
Se concentran en él; porque son horas
De tristeza, de amor y de consuelo,
En que el alma tranquila se adormece,
Cual azucena que acaricia el viento,
Con el arrullo de sus propias dichas
Y el aroma sensual de sus recuerdos.
Mirad cuán mústia y silenciosa Elena,
Recostada en su hamaca, ve del tiempo
Pasar las tristes y apacibles horas,
Indiferente en su quietud oyendo
La algazara, do quier, de los que cruzan
Por las calles más próximas del pueblo.
¿Qué hace allí pensativa? ¿qué medita?
¿Por qué tan triste está cuando Himeneo
Muy pronto ceñirá su sien de vírgen
Con su corona de verdor eterno?
¿Qué presiente la jóven que así sufre?
¿Por qué asoma esa lágrima de fuego
A sus ojos hermosos? ¿Por qué late
Tan agitado su elevado seno?
Abstraida ¡ay! está: sus bellos ojos
Tal vez no pueden ver que por el cielo
Se extienden agrupados nubarrones
Más que las sombras de la noche negros.
Tal vez del ave que cruzó agorera
No ha escuchado el graznido, ni en los huecos
Del tejado vecino ha distinguido
Por su vuelo fantástico al murciélago.
Abstraida ¡ay! está. . . . . . pero ya vuelve
Del éxtasis profundo, y presumiendo
Que puedan sospechar sus intenciones
Y su plan contrariar, hace un esfuerzo,

Abandona la hamaca, y ensayando
Una expresion de dicha y de contento,
Se dirige á la sala do su madre
Hablando está con el presunto yerno.
Saluda cariñosa....... ¡Oh! las mujeres
Tienen un raro y especial talento
Para ocultarle al mundo sus pasiones
Y dominar sus propios sentimientos.
La sociedad parece las educa
En ese arte difícil, y por eso
Vemos que desde niñas nos engañan
Mintiéndonos distintos sus afectos.
Perdonadme, lectoras, no os insulto:
Es á la sociedad á quien condeno
Porque, tirana, imbécil, os agobia
De sus bárbaras leyes con el peso;
Porque hace un crímen que castiga airada
De vuestros dulces, nobles sentimientos,
Y os obliga á ocultar desde muy niñas
El amor, la amistad, y todo aquello
Con que se honra el corazon humano
Por lo que tiene de sensible y tierno.
Elena, pues, saluda cariñosa,
Llega junto á su madre, y toma asiento
Sobrellevar pensando con paciencia
Sus terribles y ocultos sufrimientos.
Y la madre le dice:—*¿Dónde estabas?*
Nosotros te creíamos durmiendo.
—Sí, señora, en la hamaca aquesta tarde
Como á las cinco me senté un momento
Y me quedé dormida.—¿Qué tan triste
Estábais, Elenita? con respeto
Y afectada dulzura le pregunta
En seguida Lucena.—*¡No por cierto!*

¿Qué motivos tendria? por el contrario,
De gusto sólo y de placer los tengo.
Mas, como dije, me senté en la hamaca
Y era tan fresco y agradable el viento,
Que sin sentirlo me dormí hasta ahora
Que ya cansada de dormir despierto.

Tal vez iba Lucena á replicarle
Pensando darle el conveniente sesgo
A este asunto pueril, cuando de pronto
Por de fuera una ráfaga de viento
Que conmueve los árboles del bosque
Les llama la atencion, retumba el trueno,
Y en gruesos goterones se desata
De espeso nubarron el aguacero.
Elena sorprendida se levanta,
Y llena de temor y descontento
A la puerta se acerca y su mirada
Fija, impaciente, en el oscuro cielo.
Una esperanza viene, sin embargo,
A calmar su inquietud: á los reflejos
De la luna, velada entre las nubes,
Mil claros se distinguen; ceniciento
Tiene un cerco la nube que desprende
Sus torrentes de lluvia sobre el pueblo,
Y empujándola el aire es muy posible
Qué deje claro y bonancible el tiempo.
Como en la mar procura el navegante
El más cercano y accesible puerto
Cuando abre el huracan hondos abismos
En torno de su débil barquichuelo,
Así los transeuntes extraviados,
Al mirar la tormenta, pretendieron
Y con mucha justicia hallar abrigo
Bajo el amigo ó el cercano techo.

En la casa de Elena varias jóvenes
Entrar lograron, cuando ya del pueblo
No era posible transitar las calles
Para llegar hasta el hogar paterno.
Todo, por un instante fué algazara,
Unas reían llenas de contento,
Y agitadas, las otras, lamentaban
El fatal resultado del paseo.
Cuando algunas mudaron de calzado
Y solícitas otras sacudieron
Sus mojados vestidos, á la sala
Entraron todas y, tomando asiento,
Hablaron de mil cosas que á vosotras
Referiros, lectoras, no pretendo,
Porque importando nada á nuestro asunto
Desorientar vuestra atencion no debo.
Hubo algunas palabras, sin embargo,
¡Ay! que de Elena el corazon hirieron,
Pues ellas le anunciaban un peligro
Para su caro y adorado dueño.
La hermosa doña Juana, verbigracia,
A quien le da por predecir del tiempo
Las variaciones todas, sin embargo
De no entender de achaques barométricos,
Dijo orgullosa:—*Yo muy bien sabía*
Que había de concluir nuestro paseo
Con accidente tal, porque las garzas
Con su tranquilo y silencioso vuelo
Han estado pasando esta mañana
Del Norte para el Sur; pero me alegro,
Señores, yo del mal porque estas niñas
Escuchan no quisieron mis consejos
Y en salir esta tarde se empeñaron.
Suponeos que fuimos, caballero,

Agregó dirigiéndose á Lucena
Con entonado y magistral acento,
A la "Gloria escondida" (1) y qué allí vimos
Al rio crecer de pronto, por momentos,
Hasta casi cubrir con sus caudales
De su cauce los bordes, y por cierto
Que era señal segura y evidente
Del próximo chubasco.—Sin remedio.
Le contestó Lucena, y al instante
La alegre charla comenzó de nuevo,
Debiendo suponer, lectoras mias,
Las mil cosas que en ella se dijeron,
Pues no es difícil suponer lo que hablan
Las jóvenes que vuelven de un paseo,
Y contentas y alegres se reunen
En el recinto del hogar doméstico.
Había tan sólo una que, abatida
De su angustia terrible con el peso,
Sofocaba sus ayes dolorosos
En la expresion del general contento.

¡Pobre mujer para el dolor nacida
Que la esperanza guardas de tu amor!
¡Pobre flor por los vientos combatida,
Al rayo ardiente mústia y abatida
de un sol abrasador!

¡Oh!.... ya no esperes encontrar ventura
En esta tierra de dolor y afan,
Pues probaste la hiel de la amargura,
Y las penas, mujer, de tu hermosura
la flor marchitarán.

(1) Así se llama un preciosísimo punto de la ribera al que concu rren ordinariamente muchos paseantes.

¿Qué te vale en el mundo ser hermosa
Si eres débil tambien, pobre mujer,
Y esclava humilde de ama codiciosa,
Tu mano venden y tu fe de esposa
al rico mercader?

¿Cómo podrás mañana sin desvío
Hacer la dicha de tu esposo, el bien,
Si está para él tu corazon vacío,
Si está tu pecho desmayado y frio
y tu alma tambien?

¿Cómo podrás mañana, envilecida
En brazos del lascivo comprador,
Al triste yugo por el oro uncida,
Sentir con gusto resbalar tu vida
y bendecir tu amor?

¿Cómo podrás con el materno aliño
Contemplar a tu hijo sin rubor,
Y orgullosa vivir con su cariño,
Si el de[illegible]
no es hijo de tu amor?

¡Oh! ya no esperes encontrar ventura
En este mundo de dolor y afan,
Pues probaste la hiel de la amargura,
Y las penas, mujer, de tu hermosura
la flor marchitarán.

CAPÍTULO CUARTO (1).

A la orilla del mar, por débil muro
Y artillados reductos circundada,
Bajo el hermoso azul de un cielo puro
Por las olas del golfo acariciada,
De nombre antiguo, aunque en lo antiguo oscuro,
Y ya por sus desgracias renombrada,
Existe una Ciudad, Ciudad guerrera
Que su edad por sus luchas enumera.

Se llama Veracruz: allí mi cuna
Fué por las brisas de la mar mecida,
Y al tibio rayo de la blanca luna
Tranquila y dulce resbaló mi vida;

(1) Este capítulo, que es uno de los que escribí hace algunos años, se resiente de las circunstancias en que fué escrito, y bien hubiera podido suprimirse, pues en nada interesa á la leyenda. (*Nota del autor*).

Pasar he visto allí una por una
Las horas yo de mi niñez querida,
Y justo es que lo que amaba el niño
El jóven lo recuerde con cariño.

Allí las dichas yo, nunca olvidadas,
Pude gozar de mis mejores dias,
Allí sentí en mi pecho apasionadas
Mis primeras y eternas simpatías;
Están tambien allí depositadas,
Tristes ó alegres las memorias mias,
Y los recuerdos de mi amado padre
Y está tambien la tumba de mi madre.

En aquesa Ciudad me sonrieron
Mil esperanzas que perdidas lloro,
Mi suerte en ella con la suerte unieron
De la mujer cuya memoria adoro,
Tambien los hijos de mi amor nacieron
Bajo su cielo de safir y oro,
Y allí guardados en la tumba fria
Están los restos de la esposa mia.

Cenizas con mis lágrimas regadas
En el silencio de la noche oscura,
Y en el sepulcro santo consagradas
Por mi intenso dolor y mi amargura;
Tristes reliquias, para mí sagradas,
De mi dicha pasada y mi ventura,
Restos queridos del objeto amado
Que arrebató la muerte de mi lado.

Mas no temas, lectora, que al hablarte
De esa Ciudad tan bella y tan querida,

Pretenda ahora mi dolor contarte
La amarga historia de mi triste vida.
¿En qué pudiera ella interesarte
Si el pecho tuyo do el contento anida
Extraño late, de egoismo lleno,
¡Ay! á los ayes del dolor ajeno?

Pero si alguna vez por tu mejilla
Una lágrima ardiente ha resbalado
Al recordar en tu mansion sencilla
Las dulces horas de tu bien pasado,
Si á algun querido sér, con su cuchilla
Arrebató la muerte de tu lado,
Y un esposo perdiste ó un amigo,
Deja que llore mi dolor contigo.

El porvenir, lectora, es un arcano;
Mas hay una verdad triste y sombría
En la que el hombre piensa, cuando anciano
Ve que su ardiente corazon se enfría,
Y que desciende por su frente cano
El bucle negro y perfumado un dia:
Esa verdad, lectora, yo ignoraba
Y en una eterna juventud soñaba.

Pero del jóven los primeros dias
Del tierno amor en la embriaguez pasaron,
Y sus dulces ó ardientes simpatías,
Viejo, al pasar, su corazon dejaron.
Muy amargas despues las penas mias
El vigor de mi vida marchitaron,
Y hoy me enseñan mis tristes desengaños
Que es viejo el jóven al cumplir treinta años.

¡Treinta años nada más, y ya he pasado
Todo el camino de la vida humana!
Apriesa, por mi mal, lo he transitado,
Pero es mi queja impertinente y vana:
Resignado ya estoy, aunque cansado
Tenga al sepulcro que bajar mañana:
Si el camino crucé tan de carrera
Y al término llegué, justo es que muera.

Todo en la vida para el hombre acaba:
Necio de mí que al porvenir veía
Cuando la fe mi corazon llenaba
Y eterno el goce del placer creía.
Todo en la vida para el hombre acaba:
¡Pobre de aquel que en su ventura fía!
Porque hallará despues, para su daño,
Tras de cada esperanza un desengaño.

Era el mundo un jardin: por él cruzaba
Sus perfumes gustando seductores,
Y en letargo sabroso deliraba
Lleno de vida, de ilusion, de amores;
Pero el sueño pasó con que gozaba
¡Ay! y al buscar la esmaltadas flores,
Sólo un yermo encontré triste y sombrío,
Y hállé á mi tierno corazon vacío.

Bella es la vida cuando el sol naciente,
Al despuntar por el Oriente el dia,
Nos sorprende, embriagados dulcemente,
En los últimos cantos de la orgía,
Y de su luz un rayo refulgente
Entrando por la abierta celosía,

Vuelve á traer á hombres y á mujeres
El pudor que ahuyentaron los placeres.

Bella es la vida cuando en ella ansiosos,
Entre las sombras de la noche oscura,
A la cita corremos presurosos
Con que el amor nos brinda y la ternura,
Y escuchando los ecos misteriosos
Que en torno nuestro el vendabal murmura,
Cuando sentimos que la nocha avanza
Animándose allí nuestra esperanza.

El corazon entónces se dilata,
Y exaltados entónces los sentidos,
De la alta luna al resplandor de plata
Entre los sauces del jardin floridos
Vemos que nuestra Vénus se recata,
Se oye el leve rumor de sus vestidos
Y que, amorosa, en su inquietud nos nombra
Al acercarse cual flotante sombra.

Por las flores el aura embalsamada
Susurra en torno nuestro dulcemente,
Y se escucha el rumor de la cascada,
O el triste arrullo de cercana fuente:
La luna, en tanto, con su luz plateada
Melancólica alumbra, y blandamente
El tallo débil de la flor se inclina
Al soplo de la brisa matutina.

¡Qué ventura mayor que la ventura
De ver pasar en amoroso olvido
Las altas horas de la noche oscura
Al lado, allí, de nuestro bien querido:

Y sentir, al acento que murmura
El vientecillo en el jardin perdido,
Adormecerse, sin temor ni pena,
De amor y de placer el alma llena!

Del jardin pintoresco se divisa
Más bella en esas horas la enramada,
El murmullo es más tierno de la brisa
Que el cabello agitó de nuestra amada.
Vale una vida entera su sonrisa,
Vale una vida entera su mirada,
Y en la dulce quietud de tal retiro
Vale un mundo de amor cada suspiro.

En la calma que entónces nos rodea
En el silencio ¡oh Dios! que nos circunda,
El alma, delirante, saborea
El inmenso placer en que se inunda;
Y ese goce que tanto la recrea
Una impresion le deja tan profunda,
Que en el corto trascurso de la vida
Pasar se siente, pero no se olvida.

¡Cuán bella es esa edad! ¡Cómo resbala
La vida entónces sin dolor ni pena
Enaltecida por su propia gala
Y de ilusion y de esperanzas llena!
Nada á su dicha celestial iguala
Porque nada en el mundo la encadena,
Y agitada al vaiven de cada ola
Va por el mar independiente y sola.

Yo creo que el hombre sucumbir debiera
Cuando triste en la vida caminando

Lo encuentra el tiempo, ó la vejez doquiera,
Las horas idas de su amor llorando.
¿Qué es la vida para él si en su carrera
Como planta sin fruto vegetando,
Camina solo, aislado é infecundo,
Como un yerto cadáver por el mundo?

Segun recuerdo ha dicho una entendida
Escritora de luces y de nombre,
Que el amor, que á los goces nos convida,
En la mujer, lectora, no te asombre,
Es la historia completa de su vida
Y sólo un episodio en la del hombre:
Y es fama que cuando ella algo escribía
Pensaba bien las cosas que decía.

Pero yo, sin negar lo que asegura,
Añado que en la vida transitoria
Esos dias de delirio ó de locura
Que guarda el hombre siempre en su memoria;
Ese hermoso episodio de ternura,
Vale tanto, quizá, como su historia.
Y yo, que con franqueza hablo contigo,
Pienso tambien, lectora, lo que digo.

¿Qué vale una existencia abandonada
Al material trabajo de la vida,
Acabando infecunda su jornada
Por su propio aislamiento envilecida?
Sin ser de nadie y sin servir de nada,
¿Qué vale esa existencia así perdida
Para el mundo, la dicha y los placeres,
Si el amor desdeñó de las mujeres?

¡Es tan dulce el amor! aquesas horas
De la noche que pasan sin ruido,
Tan poéticas son y encantadoras
Cuando á la sombra del pensil florido
Las palabras oimos seductoras
Que la mujer murmura á nuestro oido
Que comprender no es dado, en goce tanto,
Que haya un sér insensible á tal encanto.

Dios para amar el corazon nos hizo,
Y en la existencia que nos dió bendita
Que amara el hombre y que sintiera quiso:
Está su santa voluntad escrita
Desde el bello jardin del Paraíso
Hasta el aduar en que el salvaje habita;
Y es maldito en la tierra donde mora
Quien ese santo mandamiento ignora.

Yo desde niño amé; de la hermosura
Inefables los goces presentía,
Y de entusiasmo lleno y de ternura
Por ilusorios mundos discurría;
Puro mi corazon cual mi alma pura,
Sentí despues que con vigor latía,
Y, sediento de amor y de placeres,
A los piés lo arrojé de las mujeres.

¡Qué dulce agitacion! ¡Cómo pasaba
La existencia del jóven borrascosa!
Ya á las plantas del ángel que adoraba
De la noche en la calma silenciosa,
Embriagado de amores me extasiaba
Con su mirada tierna y pudorosa,

Ya de esperanza lleno y de alegría
Con mil sueños de gloria me dormía.

Siempre variable y siempre cariñoso
De una en otra beldad pasé inconstante,
Ora amante enojado y desdeñoso;
Ora rendido y satisfecho amante;
Y en mi desdén hallé, cuando celoso,
Y en mi sensible afan, cuando constante,
Tal mezcla de cariño y de desvío
Que entender nunca pude al pecho mio.

Pero de aquesa edad tan transitoria
Mis goces, para todos ignorados,
Constantes viven siempre en mi memoria
¡Ay! y en mi tierno corazon grabados;
Son los dulces secretos de mi historia
Sólo conmigo y para mí guardados,
Que mi honor les prestó seguro abrigo
Y hasta la tumba bajarán conmigo.

Una jóven hallé sensible y pura,
Modesta, afable, tierna y pudorosa,
A quien lleno de amor y de ternura
Llevé hasta el templo y la llamé mi esposa.
Hasta un cielo de dicha y de ventura
Supo elevar mi pecho, cariñosa:
Y despues.... ¡Ah! despues la suerte impía
Trocó en tormentos la ventura mía.

Mas observo, lectora, que perdido
En los recuerdos de mi edad pasada,
Declino, caminando distraido,
A contarte mi historia desgraciada.

Si yo he sido feliz ó no lo he sido
Nada te importa ni conduce á nada,
Para que, débil tu atencion aparte
De la leyenda que empezé á contarte.

CAPITULO QUINTO.

Pavorosa está la noche:
En la torre que se eleva
Del municipal Palacio
Entre las tristes almenas
Doce veces la campana,
Con monótona cadencia
Se oye sonar señalando
La media noche: el "alerta"
Que al escuchar la campana
Repiten los centinelas,
Se confunde con el canto
De los Serenos que velan,
Y que anunciando la hora
La oscura calle atraviesan.
Por lo demas, todo en calma
Yace en las calles desiertas:

No hay transeunte que pase,
Ni puerta ó ventana abierta,
Ni enamorado que vele,
Ni solícita doncella,
Ni sombra que se deslice,
Ni vago can que no duerma,
Ni fuente que dé un murmullo,
Ni voz que dé una cadencia.
Las negras nubes cruzando
Su sombra extienden do quiera,
Y los escasos faroles
Alumbran la calle á medias.
Todo en silencio reposa,
Todo se envuelve en tinieblas,
Y no se oye más ruido
En la Ciudad soñolienta,
Que el del viento que se azota
Al pasar en las vidrieras
De las casas, ó que mueve
La mal encajada puerta,
Y el monótono murmullo
Que, por la parte de afuera,
Las olas del mar levantan
Chocando con las arenas
De la playa, ó golpeando
En las seculares piedras,
Y en el extendido glacis
De la antigua Fortaleza
Que se confunde en las sombras
De la noche cenicientas.
Entre el lúgubre silencio
De la Ciudad, el que fuera
A tal hora de la "Noria"
Por la oscura callejuela,

Podría mirar una casa
De regular apariencia,
Que en las paredes del frente
Por sus persianas abiertas,
La oscura sombra ahuyentando,
Un golpe de luz proyecta
Tan fuerte, que el transeunte
Que desde léjos lo viera,
Sin duda alguna podría
Llevar la triste creencia
De ser tanta luz causada
Por los hachones de cera
De algun muerto á quien sus deudos
Allí velando estuvieran.
Mas por poco que á la casa
Se acercase, desde afuera
Escucharía tal ruido
De platos y de botellas,
Y tan confusa algazara
Y palabras tan obscenas,
Que en duda no quedaría,
Por más que dudar quisiera,
De que en vez de algun cadáver
Había en la casa aquella
Una orgía de demonios,
Que se proponían despierta
Tener á la vecindad
De la oscura callejuela.

Con efecto, allí reunidos
Algunos amigos, eran
Los que pasaban la noche
En una báquica cena,
Y los que todo olvidando
Al rededor de una mesa,

Alegres correr del tiempo
Dejaban las horas lentas.

Dos horas hace que están
Cenando, y ya las cabezas
Con los vapores del vino
Nada coordinan ni piensan.
Uno se para en la silla;
Otro se sube á la mesa,
Y desde allí trata en vano
De hacer que le escuchen; truenan
Las botellas de champagne;
Los criados se desesperan
Pues vienen y van y vuelven
Y á complacer nunca aciertan,
Porque unos piden helados,
Otros gritan—*trae cerveza:*
Otros,—*hagamos un ponche,*
Que destapen dos botellas
De coñac: y lo que dicen
Nadie despues lo recuerda,
Y no hay en aquella casa
Uno solo que se entienda.
Brindo—grita un jovencito
De bigote y barba negra:
Silencio,—dicen algunos,—
Que brinda Lúcas: y suenan
Las botellas y los vasos
Que alegres todos golpean.
Que Cárlos brinde:—otros gritan.
Y entre la algazara aquella,

La voz de Lúcas se oye
Que dice: *por nuestras bellas.*
—*Por ellas:* repiten unos,
Y otros beben y otros cenan,
Se paran, cantan ó ríen,
Y alguno quizá bosteza
Porque aquella algarabía
Le cansa ya y le molesta.
Señores, dice Mariano;
Silencio, la cosa es seria.
Se pone de pié, en la copa
El ido licor renueva,
Y añade: *observo que somos*
Trece, y el temor me arredra
Porque es número fatal
Y algo á alguno se le espera.
Propongo en aquesta casa
Estar hasta que amanezca,
Y si morir pronto debe
Alguno, que todos beban
Porque toque al que ántes salga
Ser el infeliz que muera.
—*Sí, bebamos:* gritan todos.
Y á los labios todos llevan
Luego las copas, y agotan
El licor guardado en ellas.
Cárlos de Sigüenza ahora
—Dicen unos que renuevan
La algazara—*que algo diga*
En verso: y las copas llenan.
Cárlos que entre aquella turba
Sin alegre humor se encuentra,
Por hacer lo que hacen todos
En vano lucha y se esfuerza,

Y en el fingido contento
Que á los demas aparenta,
Se observa en su hermosa frente
Cierta sombra de tristeza
Que indica que aquella bulla
Le cansa ya y desespera,
Mas para no demostrarlo
Sigue la broma y golpea
La copa con su cuchillo.
—*Cárlos habla.—Mas que beba,*
Repiten otros gritando,
Subido sobre la mesa.
Cárlos á la mesa sube,
Toma en su mano una vela,
Levanta despues la copa
Y dice á la concurrencia:
Si á alguno de los que estamos
El morir pronto le espera,
Yo bebo por él, señores;
Y propongo á los que cenan,
Que el entierro se le haga
Solemne en cuanto se pueda,
Y por trofeo se le ponga
En su tumba una botella.
—*Bien, muy bien,* gritaron todos;
La proposicion se acepta.
....
....
Y nadie vió que al momento
Una mariposa negra
Paróse, abriendo las alas,
Sobre el quicio de una puerta.

A poco entra un mozo,
A Cárlos se acerca
Y le dice quedo
Que lo buscan fuera.
Cárlos al instante,
Sale, y no lo observan
Los que entretenidos
En la sala quedan;
Y al salir curioso
De la sala, encuentra
A Andrés el cochero
De la carretela;
Quien viéndolo, al punto
La carta le entrega
Y en seguida le habla
De aquesta manera:
—Salí ya muy tarde,
Y la niña Elena,
Dándome la carta
Con cierta reserva,
Me dijo afligida:
"Con cuidado llévala
Y entrégala pronto,
Pues mucho interesa
Que esta misma noche
D. Cárlos la lea."
Yo llegué á las siete,
Mas la suerte adversa
Me hizo no encontraros
En la casa vuestra.
He vuelto dos veces
Y, por fin, afuera
Me quedé esperando
Parado en la puerta,

Hasta que el portero
A las once y media
Que cerró, me dijo
Que acá la trajera.
Cárlos dió al cochero
Algunas monedas,
Y le dijo: *marcha,*
Ya voy á leerla.

Con la carta entre las manos
Cárlos á la luz se acerca,
La abre al punto y con la vista
Devora ansioso sus letras......
....
¡Y cómo es posible, exclama,
Si á tal hora se me entrega,
En Medellin esta noche
Estar á las dos!.... Elena
Me ha de esperar impaciente,
Pues esta carta la urgencia
Denota de una entrevista
Que no diferir es fuerza.
Su reloj entónces sacando
Ve que son las doce y media:
Toma su sombrero al punto;
La carta, rápido, cierra;
En silencio y velozmente
Baja la angosta escalera,
Y, corriendo como un loco
A quien persiguen ó acechan,

A la calle de la casa
Salió sin que lo sintieran.

Y en ese mismo momento
Fué la mariposa negra,
Dando fantásticos giros,
A posarse en otra puerta.

. . . .

CAPÍTULO SEXTO.

Pobre Cárlos que afanoso,
Caminando con tal priesa,
La angosta calle atraviesa
Sin saber á dónde vá.
¿Cómo partir? Imposible
En horas tán avanzadas,
Cuando se hallan ya cerradas
Las puertas de la Ciudad.

¿Y cómo tranquilo estarse
Cuando ya la hora suena
En que lo llama su Elena,
En que lo espera su amor.
Cuando de su bien lo asusta
El ignorado quebranto,
Y sufre en la duda tanto
Su angustiado corazon?

Quién, en tan amargo trance,
Con su voluntad pudiera
En su inmutable carrera
A las horas detener;
Y no que tranquilas siguen
Lentamente caminando,
Miéntras que Cárlos pasando,
Lleno de angustia, las vé.

Y á cada instante perdido
Aumenta más su tormento,
Ave sin plumas que al viento
No puede su vuelo dar;
Bajel sin timon que en vano
El puerto ansiado procura
Cuando en la mar insegura
Le amaga la tempestad.

Triste Cárlos y afligido
Médio que adoptar no tiene,
Y en la calle se detiene
Sin saber á dónde ir.
Y de vez en cuando el viento
Confuso trae á su oido
El eco medio perdido
De la bulla del festin.

En la callejuela oscura
El que á tal hora lo viera
Tan pensativo, pudiera
Que estaba loco creer.
Pues ya camina ó se pára,
Habla ya solo ó medita,

Y el sombrero ya se quita
O se lo pone otra vez.

En su inquietud dolorosa,
A la luz que reverbera
Un farol, por vez tercera
Se acerca y ve su reloj,
Y exclama, como abatido
Por las ideas que le asaltan,
"¡Ochenta minutos faltan
Nada más para las dos!"

A poco, como si alguna
Feliz idea le ocurriera,
El tardo paso acelera
Y hácia la muralla va.
Y entre la sombra se pierde
Del largo recinto oscuro,
Abrigado por el muro
De la tranquila Ciudad.

De San Javier al baluarte
Se aproxima con cautela,
Y al callado centinela
Se dirige á media voz.
El centinela, al oirlo,
Le dice:—*¡Qué se le ofrece?*
Y el diálogo se establece
Que prosigue entre los dos.

—Tengo que saltar el muro,
Pero he querido primero
Avisártelo, y espero
Que tú lo consentirás.

—No me es posible.—¿No? Escucha!....
—Permitíroslo no puedo,
—Pero ¿de qué tienes miedo
Si ninguno lo sabrá?

Y, sobre todo, una onza
Muy bien tu arresto valdría;
Tómala.—Algo más sería
Que arresto.—No temas, no.
Tu comandante es mi amigo
Y en el caso no esperado
De un suceso desgraciado,
Yo le hablaré.—No señor.

No puedo de ningun modo
Faltar así á mi consigna.
—No entran en lo que designa
Los casos de urgencia.—Sí.
Puede el oficial saberlo.
—Nada sabrá, te aseguro:
Por esta parte del muro
Bien puedo, mira, salir.

Y despues de estar buen rato
En su demanda insistiendo,
Fué el centinela cediendo
Y avanzando Cárlos más,
Y á la vez que el ofrecido
Precio Cárlos aumentaba,
El centinela bajaba
En su oposicion tenaz.

Hasta que al fin convencido
Por la lengua del dinero,

Aquel centinela fiero
A su consigna faltó.
Y en silencio entónces Cárlos,
Del centinela seguro,
Salta por el roto muro
Sin trabajo y sin temor.

A paso veloz siguiendo
Con incansable constancia,
Pronto salva la distancia
De "Mundo Nuevo" (1) hasta allí.
Y en una de aquellas casas
De extramuros, con empeño
Llama al punto, hasta que el dueño
Bostezando viene á abrir.

¿Qué se ofrece?—Buenas noches.
¿Cómo estamos, señor Brito?
Un caballo necesito.
—¡Oh! D. Cárlos, ¿cómo va?
¡Qué extraño verlo á esta hora!
Voy á darle el que yo monto.
—Pero que lo ensillen pronto.
—Pronto lo van á ensillar.

Despues que Brito la órden
Dió á los mozos despertando,
Adonde estaba esperando
Cárlos Sigüenza, volvió.
—Conque D. Cárlos, le dijo,
Estaba yo muy ajeno
De esperarme tanto bueno
Por mi casa, vive Dios.

(1) Así se llama en Veracruz una parte de los extramuros de la Ciudad.

Siempre os andais en negocios
De contrabando. [illegible]
—Que soy experimentado
En estas cosas sabeis
Hace tiempo.—Y hasta donde
Os marchais tan de ligero?
—Voy á Medellin, primero
Y á "Boca del Rio" despues.

—Pues si otra cosa se ofrece
D. Cárlos Sigüenza sabe
Que en todo lo qae me cabe
Sé al comerciante servir.
Y que hasta ahora ninguno
Motivo tiene de queja,
Pues el deber me aconseja
Conducirme siempre así.

—Por eso en nuestros negocios
Os hemos siempre ocupado.
—¿No necesitais un criado?
—No lo necesito, no.
Y estando el caballo listo,
Se oyó que la una daba
En Veracruz. ¡Ya faltaba
Una hora para las dos!

Cárlos, tomando el caballo,
Lo monta al punto liviano
Y á Brito extiende la mano
Para despedirse de él.
Y Brito, que á pié juntillas
Creyó lo del contrabando,

Dice con misterio hablando:
—*Qué Dios lo lleva con bien.*

Hincándole Cárlos la espuela al caballo
A largo galope se aleja de allí,
Y canta, al oirlo, solícito el gallo,
Y ladran los perros al verlo partir.

Ligera avecilla que el vuelo encamina
Y á otras regiones ya libre se va,
Bajel que, veloz, al puerto camina
Y el soplo no teme del fiero huracan.

Ya corre el caballo veloz por llano
Y alegre el ginete al verle partir
Con gusto contempla brillando lejano
Al faro de Ulúa giran desde allí.

La luna vagando fugaz por el cielo
Allá entre las nubes encubria su luz
Y sólo el Oriente cual límpido velo
Del diáfano espacio se mira lo azul.

Los verdes arbustos del llano pasando
Cual sombras que huyen Sigüenza los ve,
Y el triste graznido escucha temblando
Del ave agorera que pasa tambien.

Ya á orillas del lago Sigüenza camina,
Ya ve las ruinas parduscas allí
Que triste la luna callada ilumina
Del viejo palacio de Doña Beatriz.

¿Por qué el tierno amante que corre ligero
Allá do lo lleva su fiel corazón,
En todo encontrando funesto un agüero
Le causa ya todo espanto y pavor?

El viento que azota las negras ruinas
O gime en las aguas del lago al pasar;
Los ecos que elevan las costas vecinas
Do braman chocando las aguas del mar.

La luz de la luna que pálida y triste
Se quiebra en las rotas paredes allí,
Y al lago y al valle y al monte los viste
De sombras errantes sin forma ni fin.

El vuelo del ave, fantástico y vago,
Que rápida pasa cual sombra fugaz;
Los roncos acentos que á orillas del lago
Al aire los sapos, monótonos, dan.

¡Oh! ¡pobre el amante que corre ligero
Allá do lo lleva su fiel corazón,
Y en todo encontrando funesto un agüero,
Le causa ya todo espanto y pavor!

Inquieto el jinete galopa constante,
Atrás deja el lago, atrás "Malibran:"
Por dentro del bosque va siempre adelante
Y, un puente cruzando, ya ve el "Espartal."

Estando en el llano su paso acelera,
Y apura al caballo, y va más veloz:
¿Quién puede ¡ay! entónces parar su carrera
Si ya la una y media miró en su reloj?

Como relámpago rápido pasa,
Bulto sin forma, nube fugaz,
Bruja que huye, ave que vuela,
Hoja que arrastra fiero huracan.

Ya el fin del llano toca, y al punto
Entra en lo angosto de un callejon;
Dentro del bosque pasa cual sombra,
Pobre jinete, guárdelo Dios............

....

El piso de arena fatiga al caballo
Y vuelve al galope bañado en sudor;
Ya el canto, á lo léjos, se escucha del gallo
Y á veces del rio confuso el rumor.

Y se oye á los perros del rancho vecino
Que aullan ó ladran con lúgubre afan,
Y triste á la vaca que cruza el camino
Llamando al becerro se le oye bramar.

De "Arroyo moreno" no más hace un rato
Que Cárlos á escape el puente cruzó,
Y ya está á su izquierda "Martin garabato,"
Y ya el fin alcanza de aquel callejon.

Al frente su vista dirige afanoso
Y vé la ribera do está Medellin,
Y siente que late su pecho amoroso,
Pues tiernas delicias le espera allí.

Por la abra del bosque distingue á ocasiones
Del pueblo indecisas las luces brillar,
Y á veces escucha confusos los sones
Que alegres bailando las gentes están.

Florido el reseda la noche embalsama,
Las ramas del bosque con blando rumor
Se mueven, y en tanto la luna derrama
Su luz por la extensa celeste region.

Dormidas las aves soñando suspiran,
Las nubes despejan del cielo lo azul,
Y dentro del bosque fantásticos giran
Los lindos cocuyos radiantes de luz.
. . . .

. . . .
¡Qué hermoso el aspecto del bosque sombrío!
¡Qué fresca la brisa se siente venir!
Y el monte y el llano y el prado y el rio
¡Cuán dulces murmurios levantan allí!

Al llegar Cárlos al rio
Se detiene tristemente,
¿Qué inesperado accidente
Encuentra el amante allí?
¿Por qué del corcel brioso
Detiene el paso inconstante,
Cuando ya tiene delante
Al pueblo de Medellin?

Es que ha visto con tristeza
Que estando el rio crecido,
Lleva con sordo ruido
De sus aguas el caudal.

Y ha visto que de las aguas,
Que pasan rápidamente,
Envueltos en la corriente
Arboles y troncos van.

Del fatigado caballo
Desconsolado se apea,
A un árbol que balancea
Su frondosa copa allí
Lo amarra, y en una altura
De la ribera se sienta,
Y el tiempo que pasa cuenta
Sin saber cómo seguir.

¿Cómo puede sin canoa
Pasar al opuesto lado,
Ni cómo pudiera á nado
Las aguas atravesar,
Cuando agitadas alcanzan
Del cauce la alta pendiente,
Y envueltos en la corriente
Arboles y troncos van?

¡Oh! ¡quién entónces tuviera
Las leves plumas del ave,
O de la brisa suave
Pudiera en alas seguir!
Piloto que mil escollos
Salvó con su navecilla,
Y al tocar la ansiada orilla
La ve naufragar allí.

Cárlos mirando á lo lejos
La opuesta orilla repasa,

Y ve de Elena la casa
Envuelta en la oscuridad.
Y se figura á su amante
En la callada ribera,
Sentada bajo la higuera
Donde prometióle estar.

En su angustia dolorosa
Ya discurre, despechado,
El rio cruzar á nado
O la muerte hallar en él.
Pues rápido el tiempo pasa,
Y un obstáculo tan grave,
Por más que piensa, no sabe
Ni encuentra cómo vencer.

En un violento arrebato
Con rapidez se levanta,
Enojado con su planta
Hiere el piso donde está.
Y, acercándose á la orilla,
Exclama desesperado:
Por pasar al otro lado
Diera el alma á Satanás.

Y en ese mismo momento
Con gusto ó asombro nota,
Que sobre las aguas flota
Un bulto cerca de él,
Y que cual pluma ligera
Ya lo empuja la corriente,
O ya gira lentamente
Sin gobierno y sin sostén.

Al paso toca en la orilla
El bulto, y Cárlos cercano
Extiende hácia él la mano
Deteniéndolo al pasar.
Y ve que es una piragua
Por el curso arrebatada
De las aguas, que olvidada
Sobre de las aguas va.

Entónces Cárlos, contento,
Arrima bien á la orilla
La pequeña navecilla
Que junto á sus piés tocó;
Y del agua que contiene
Prontamente la aligera,
Sin recordar ¡ay! siquiera
Su blasfema invocacion.

El caballo al verse solo
Al árbol aquel sujeto,
Relincha y se mueve inquieto
En el sitio donde está.
Mas sus relinchos se pierden
En los murmurios del rio,
Y en el barquillo vacío
Cárlos se apresura á entrar.

Dentro ya de la canoa
Boga trabajosamente,
En contra de la corriente
Procurando el rio subir.
Y los remansos cercanos
A la orilla aprovechando,
Va con trabajo bogando
avanzando poco así.

Ya encuentra un tronco que evita,
Ya una rama en que se atora;
El golpe del agua ahora
Lo hace casi zozobrar.
Y despues de estar buen rato
Avanzando con trabajo,
Calcula el punto de abajo
Do el agua lo abatirá.

Considerando bastante
Lo remontado, descanso
Toma en un corto remanso
Que ha formado el rio allí.
Las idas fuerzas recobra......
Teme pasar.... mas lo espera
Elena en la otra ribera
Y se decide á partir.

Al medio del rio se arroja.....
Y al instante la corriente
Lo arrastra tan fuertemente
Que lo llena de pavor.
Apresurado bogando,
Nada en su fatiga avanza,
Y ve que el punto no alcanza
Donde atracarse pensó.

Ya camina de costado......
Ya la corriente lo envuelve......
Y en tal afliccion resuelve
El último esfuerzo hacer.
Con toda su fuerza boga......
Y...... se acerca á la ribera,
Pero la canoa ligera
Se va miéntras boga él.

De pronto, junto á unas ramas
Pasando rápidamente,
Suelta el remo y fuertemente
Se ase de ellas al pasar.
La canoa se detiene
Por la fuerza que la llama,
Pues tirando de la rama
Cárlos con empeño está.

Entónces sin gran trabajo
Atracar puede á la orilla:
La ligera navecilla
Amarra al ramaje aquel,
Y por la sombra abrigado
Del bosque, á la hermosa higuera
Se encamina do lo espera
Con impaciencia su bien.

Al ver de Elena la casa,
Sin molestia ya ninguna,
Entre unas nubes la luna
Pálida y triste asomó.
Y el relej Cárlos mirando
Con semblante placentero,
Pudo ver que el minutero
Estaba fijo en las dos.

CAPÍTULO SÉTIMO.

I

Es bien entrada la noche,
Y como pasó el chubasco,
El tiempo ha quedado fresco
Y el cielo se ve más claro.
La luna entre blancas nubes
Asoma de vez en cuando,
Y en Occidente, á lo léjos,
Se dibujan los relámpagos.
Al airecillo que sopla,
Los tamarindos más altos
Las frondosas copas mueven,
Húmedas aún, goteando.
Y por do quiera se escucha
Entre el ruido metálico

Que de las tristes cigarras
Forma el incesante canto,
El grito agudo del grillo,
O la ronca voz del sapo
Que ora salta ó se sumerge
En el agua de los charcos.
El verde "Huele de noche"
Y los azahares blancos,
Llenan el ambiente puro
De perfumes delicados
Y, entre la calma apacible,
Cierto inexplicable encanto
Prestan al oscuro bosque
Con sus mil giros fantásticos
Los luminosos cocuyos
Por todas partes volando.
El tecolote á ocasiones,
Entre las sombras velado,
Su triste graznido lanza
Desde el techo solitario;
Y el sordo rumor del rio,
Que va por su cauce rápido
Sobre de las turbias ondas
Troncos y árboles llevando,
Apaga á cierta distancia
Los dulces murmurios vagos
Que levanta por do quiera
El aire que sopla, blando.
El bosque sus negras sombras
Despeja, cuando sus rayos
La blanca luna derrama
Entre las nubes pasando;
Y entónces se mira el piso
Por todas partes regado

De súchiles y azahares
Que el viento arrancó del árbol.
De Medellin por las calles,
En lo general hablando,
El mismo silencio reina
Que por sus fértiles campos:
Ni en ellas se ven volantes,
Ni más gentes de á caballo
Que los jarochos que vienen
O se van para sus ranchos.
Apénas las nueve y media
Son de la noche, y ya en vano
Quiere luchar con el sueño
La vieja que ha largo rato
Sentada está en su butaca,
Con su abanico en la mano,
Bajo la fresca enramada
De su casa, bostezando.
En una casa retozan
Y se afanan los muchachos
Por atrapar al cocuyo
Que en ella entró deslumbrado;
En otra tranquilamente
La familia está cenando;
Aquí las jóvenes bellas
(Que por ser dia de trabajo
Y no hallarse en Medellin
Sus novios ó sus hermanos
No quisieron ir al baile)
Bajo los techos de esparto
En sus hamacas dormitan,
O bien se mecen á ratos
Lánguidamente, de amores
Unas con otras hablando.

Allá un padre de familia
Que vino á tomar los baños
(Aunque suponen que vino
A Birjan aficionado),
En su hamaca silencioso
Fumando está su tabaco,
Y probablemente piensa
En las copas ó en los bastos.
En todas las enramadas
Se ven del techo colgados
Faroles que escasamente
Su luz arrojan opacos;
Y están tan solas las calles,
Y en lo general hablando,
Que ni pasan carretelas,
Ni más gentes de á caballo
Que los jarochos que vienen
O se van para sus ranchos.

II

Entre las rústicas calles
Hay una donde no reina
Ese silencio profundo
Ni esa profunda tristeza.

La calle es la de las fondas
Que, próxima á la ribera
Del rio, el alegre pueblo
De Norte á Sur atraviesa.
A lo largo de esa calle,
Bajo enramadas diversas
O de anchurosos portales
Bajo los techos de teja,
Pueden ver los transeuntes
Que por la noche pasean,
Aquí un baile de jarochas
Donde diez ó doce de ellas,
Al són de arpas y "jaranas"
Y destempladas "rasquetas,"
Sobre un tablado de cedro
Sus fandangos taconean:
Allí un baile de señoras
Do (radiantes de belleza,
Vestidas todas de blanco
Y adornadas las cabezas
Con súchiles y cocuyos
Que aromas y luz les prestan)
Las lindas veracruzanas
Voluptuosas balancean,
Meciéndose á los compases
De las danzas habaneras.
Más allá se ven las gentes
Apostando en las roletas;
Acullá la muchedumbre
Al rededor de una mesa,
Pierde ó gana en los albures
Su fortuna ó las ajenas;
Y allí se ve al mozalvete
Suspirar por una *vieja*,

Y á más de cuatro cristianos
Que oyen misa y se confiesan,
Correr tras una *judía*
Para perderla en la *puerta*.
En el centro de la calle
Mil vendimias se vocean:
Pescado frito, tamales,
Bollitos, tortas compuestas;
Y do quiera entre la gente
Los muchachos atraviesan,
Vendiendo hermosos cocuyos
Que conducen en botellas.
Aquí se ve un "guachinango"
En una mesa pequeña,
Con cubiletes y dados
Invitando á los que apuestan,
Y á veces cantando versos
De moral no muy severa;
Allá otro que en sus manos
Ligero tres cartas juega,
Engañando á los que juzgan
Que la ansiada carta aciertan;
Más allá un viejo taimado
A una rueda le da vueltas,
Y ofrece pagar el doble
A quien tal color le venga.
Por un lado un "burlotero"
Albures corre sin tregua,
Y amarra los *tecolotes*
Con cartas de *pega* y *pega:*
Y los jarochos en torno
De estos juegos se rodean,
Y en ellos los mocozuelos,
Las muchachas y las viejas,

Apuestan, ponen y pierden
Todo el dinero que llevan.
Las señoras y las niñas
Que por la calle pasean,
A los bailes de jarochas
Ora, curiosas, se acercan
Para ver bailar la *bamba*,
La *tarántula* moderna,
El *butaquito* ó la *tuza*,
O la antigua *petenera*;
Y para oir los cantares
De los jarochos poetas,
Que á los compases del arpa
Se insultan ó se requiebran:
O se acercan á los juegos;
O paseando conversan;
O á los bailes de señoras
Por pasar el rato entran,
Y bailan ó, perezosas,
A mirar bailar se sientan.
El caso es que en esa calle,
Que está de luz siempre llena,
La gente que la transita
Se amontona y se codea,
Y que atruenan los oidos
Las mil músicas diversas,
Los cantos de los jarochos,
Las risas de los que juegan,
Los gritos de los muchachos,
Y las báquicas endechas
Que entonan los que, olvidados
Del baile y de sus bellezas,
Beben champagne en las fondas
O allí bulliciosos cenan.

En la fonda de Peirano,
Una jarocha morena
Vestida con blanca enagua
Y con "rebozo" de seda,
Con un "cachirulo" de oro
Sujetas entrambas trenzas,
Y con jazmines y nardos
Adornada la cabeza,
Estaba mirando el baile
Desde la parte de afuera,
Y con otra de las muchas
Que á los portales se acercan
Donde las señoras bailan,
Platica de esta manera:
—Mira Luj, allí sentaa
Ejtá trijteando ña Elena.
—¿Dónde ejtá que no la veo?
—Mírala en la banca aquella
Donde ejtán laj dos señoraj
Allí á su vera en contejta.
Una de ellas ej su madre
Que tiene una alma de fiera
Y un corazon de dimonio
—¿Por qué dices eso Petra?
—Porque me dice Joaquina,
Que ejtá allí de centinela,
Que á [illegible] quiere
Matrimoniarla por juerza.
—¿Y con quién? [illegible]
Ñor Carlitos de Sigüenza,
—Ya todo eso se acabó.
—¡Probe niña!—Tal parece
El [illegible]
Que [illegible]

Cuando le habla, la sonrisa
Rumiosa con que contejta
Ña Elenita?—¿Y qué muy pronto
Se casan?—Dicen que en ejta
Semana: quizá el domingo.
—¿Pero y qué no se amonejtan
Esoj crijtianos?—La plata
Pa todo da la licencia.
Dicen que el hombre ej muy rico
Y habrá ya encargao á Puebla
Laj "Vanas," que ej una cosa
Que compran.—Pero ña Elena
Por qué no dice que no
Quiee casarse.—¡Friolera!
Su madre la mataría
Si la contrariase ella.

Las dos jarochas prosiguen
Hablando de esta manera,
Mas por ahora, lectora,
Si te parece, dejémoslas
Pues lo que siguen hablando
En nada nos interesa.

Elena concurrió al baile
Más que de grado, por fuerza,
Pues por carácter humilde,
A la voluntad severa
De su madre jamás pudo
Ni quiso hacer resistencia.
Allí de su nuevo amante
Oye las palabras tiernas,
Que la urbanidad responde
Porque al corazon no llegan;

Y la infelice procura
Con su sonrisa hechicera
Ocultar las emociones
De dolor que experimenta.
Escucha hablar distraida
Y distraida contesta,
Que el alma por otra parte
Está de la pobre Elena.

Las horas que allí trascurren
Se le figuran eternas,
Y á cada instante consulta
Su reloj con impaciencia.
La madre está entretenida
Conversando, y no recuerda
Que ya son más de las doce,
Hora en que las dos se acuestan;
Y tanto, que fué preciso
Que la niña le dijera:
—*Ya es tarde, mamá, ¿nos vamos?*
—*Vámonos, hija.* Y se apresta
El galan á acompañarlas.
Su brazo ofrece, lo aceptan,
Salen del baile, y hablando
Toman la calle derecha.
En ese momento habia
Bajado la concurrencia,
Pues en los dias de trabajo
Pocos allí se desvelan,
De modo que á esa hora
Ya los oidos no atruenan
Los gritos de los muchachos
Que en la calle travesean,

Ni la voz de los que venden;
Ni las músicas diversas,
Ni las báquicas canciones
De los que en las fondas cenan;
Y sólo de las jarochas
Los bailecitos no cesan,
Porque bailando y cantando
Se pasan la noche entera.

III

Hace ya rato que ha dado
La una de la mañana,
La madre de Elena duerme,
Y en silencio está la casa.
Los murciélagos á veces,
Entrando por la ventana,
A la pobre Elena asustan
Que, velando en su recámara,
Algo parece que espera
En horas tan avanzadas.
Con ansia el reloj consulta
A cada instante que pasa,
Y el tiempo lento transcurre
Sin cuidarse de sus ansias.

Junto á su lecho, de Cristo
Se mira la imágen santa,
Y Elena se postra ante ella,
Y diciendo unas palabras
Permánece de rodillas,
Luego á poco se levanta
Y con precaucion camina,
Va á la puerta de la sala,
Atenta pone el oido.......
Y, al ver que todo está en calma,
Vuelve en silencio á la mesa
Do está la luz y la apaga.
Si vendrá Cárlos, se dice
La pobre Elena asustada
Al oir la voz del rio
En el rumor de sus aguas.
Tal vez, añade, *el cochero*
No le entregaría mi carta,
O si viene, al ver el rio
En el estado en que se halla,
Se volverá si en el Paso (1)
No encuentra alguna piragua.
¡Quién había de presumir
La creciente inesperada!
Y haciendo estas reflexiones
La infeliz se consolaba,
Que siempre encuentra consuelos
En su desventura el alma.
La luna, pálida y triste,
Con tibia luz alumbraba
El silencioso recinto
De la alcoba solitaria;

(1) Con este nombre se conoce el lugar por donde regularmente se atraviesa el rio para entrar en la poblacion.

Y Elena con paso lento
A la puerta se adelanta......
Escucha...... luego una hoja
Abre y al dintel se para,
Vuelve á escuchar.... nada oye,
Y con precaucion avanza
De puntillas y en silencio
Atravesando la sala,
La respiracion contiene
Por el temor agitada:
Siente temblar sus rodillas
Y, vacilando, la planta
Apénas pone en el suelo
Cual leve sombra que pasa.
Caminando en las tinieblas,
Lentas extiende las palmas
De sus manos como el ciego
Que quiere ver lo que palpa;
Y á cada momento el paso
Detiene...... y escucha...... y calla......
Y prosigue...... hasta que toca
La puerta tan deseada.
Entónces mide sus fuerzas
Para levantar la tranca
Que por adentro segura
Tiene á la puerta y cerrada;
Pausadamente la quita,
A un lado despues la aparta,
Y poco á poco la puerta
Abriendo, ve la enramada
Que por la parte del rio
Le da su sombra á la casa.

La dificultad mayor
Vencida ya, su mirada

Recorre el lugar entónces
En que á tal hora se halla;
Y al menor ruido que oye,
Llena de temor se alarma,
Que acostumbrada á tal cosa
No está la pobre muchacha.
Todos duermen: el murmurio
Se oye no más de las palmas
Que el viento apacible mueve
Cuando débilmente pasa;
Y aquese leve murmurio
Casi al instante se apaga
En los rumores que el rio
Constantemente levanta.
Vacila Elena un momento
Porque el ánimo le falta;
Pero el amor lucha en ella
Y el alma no se acobarda.
Piensa en Cárlos y en la cita; . .
Piensa en que pronto la casan . .
Y. . . . resuelta, hácia la higuera
De la orilla se adelanta.

A los rayos de la luna
Que arroja su luz escasa
Asomando entre unas nubes
Teñidas de blanco y plata,
Toma Elena un bosquecillo,
Y dentro el follaje pasa,
Sobre las hojas del suelo
Poniendo apénas sus plantas.
A veces de algun cafeto
Tan juntas están las ramas,
Que para pasar, airosa,
Recoje la blanca falda.

La tibia luz de la luna
Sobre su trage resalta,
Y el roce de sus vestidos
Apaga el de sus pisadas.
Parece en aquellas horas
Una ligera fantasma
Que silenciosa discurre
Por la soledad callada;
O en pos de Endimion parece
La encantadora Diana
Envuelta en un blanco velo
Que leve flota á su espalda.
Es el sueño vaporoso
De una alma enamorada,
Es una sombra que huye,
Una nubecilla vaga,
O algun rayo de la luna
Que entre el follaje resbala.
. . . .
. . . .

Llegando al pié de la higuera
Se sienta en la verde grama,
Y espera meditabunda
La dos de la madrugada.
Su vista recorre el rio,
Que casi á sus piés se arrastra
Tan agitado y tan turbio
Que el verlo correr espanta;
O mira de aquellos bosques
Las palmeras elevadas;

O bien sus hermosos ojos
Al cielo apacibles alza,
Por el anchuroso espacio
Mirando, en la triste calma,
Las caprichosas figuras
Que forman las nubes altas.
El caso es que pensativa
Elena está, y tan callada
Que allí bajo aquella higuera
Parece una blanca estatua.

El silencio de la noche,
Su situación angustiada,
El aroma de las flores
Que la atmósfera embalsaman,
La melancólica luna,
El murmurio de las auras,
Todo, quizá, contribuye
De tal manera á arrobarla,
Que fijando de la noche
En el astro su mirada,
Cual inspirada poetisa
Así con el alma le habla:

¡Cuán bella es ¡oh luna! tu faz argentada,
¡Cuán dulces los rayos que arrojas de luz!
Y allá entre las nubes á ratos velada,
¡Cuán triste es la marcha que sigues callada
Del cielo en lo azul!

Si siente gozando tu dúlcido halago,
Sus pétalos abre la púdica flor
Y exhala su aroma purísimo y vago,
Y al verte la brisa, se adurme en el lago
Y apaga su voz.

¡Oh! quién, bella luna, contigo pudiera,
Subiendo á esa altura do fúlgida estás
Seguir en silencio tu lenta carrera,
Y allí con la dicha del hombre que espera
La vida pasar.

Y envuelta en los rayos de luz misteriosa
Que pálida arrojas ¡oh luna! al morir,
Bajar en la noche fugaz, silenciosa,
Y ver los misterios que ocultas celosa
De amores aquí.

En estos momentos quizá el marinero,
Pensando en la dicha que triste dejó,
Te mira y alzando su voz lastimero,
Sentado en la popa del buque ligero
Recuerda su amor.

Allá en las ruinas del triste convento,
Mansion en un tiempo de paz y virtud,
Quizá sobre el muro se ve ceniciento,
Do gime pasando fantástico el viento,
Quebrarse tu luz.

Quizá en la playa callada y remota
El náufrago al verte, con triste ansiedad,
Sentado en la peña do el agua se azota,
Contempla algun resto del buque que flota
Perdido en el mar.

¡Oh! ¡cuántas escenas de amor ó de duelo
Del uno pasando al otro confin,
Deidad de la noche que vas por el cielo
Vertiendo en silencio la luz y el consuelo,
Verás desde allí!

De su triste arrobamiento
De pronto á Elena la saca
Un ruido que apercibe
Del bosquecillo en las armas.

Y luego mira que un hombre
Hácia ella se adelanta:
Es Cárlos—*Cárlos querido.*
—*Aquí estoy, Elena amada......*

Y los dos pobres amantes
Con dulce ansiedad se abrazan,
Y en un cariñoso beso
Confunden tiernos sus almas.

CAPÍTULO OCTAVO.

Sentados bajo la higuera
En la fresca y verde alfombra,
Los desgraciados amantes
Están platicando á solas.

La luna su luz escasa
Vierte triste y melancólica,
Y los luceros el cielo
Ya despejado tachonan.

La dulce apacible calma
Que por do quiera se nota,
Le presta encanto á la noche
En aquellas altas horas.

Sólo las auras murmuran,
Y tan débilmente soplan,
Que apénas las ramas mueven
Del árbol cuando las tocan.

En libertad los amantes,
Pues que nadie les estorba,
Se entregan allí sentados
A sus pláticas sabrosas.

Carlos animado y tierno,
Triste Elena y silenciosa,
El novio en su amor pensando
Y en su desgracia la novia.

Cárlos la terrible nueva
Parece que aún ignora,
Y Elena, por no decirla,
Sus tristes ayes sofoca.

La pobre quiere y no puede
Revelar su pena honda,
Porque el ánimo le falta
Si la voluntad le sobra.

Y de su amante acaricia
Ya la cabellera blonda
O, distraida, su mano
Cariñosamente toma.

Y Carlos su ardiente labio
De Elena en la frente posa,
O acaricia entre las suyas
Las manos de ella marmóreas.

Y pues están hace rato
En su plática amorosa;
Escuchemos las palabras
Que el aura al pasar les roba.

—Con tus caricias blandas, seductoras,
¡Ay! la ventura y el placer me das;
Jamás olvidaré tus dulces horas,
¿Y tú? ¿Jamás?

—Jamás, mi bien; y si por tí suspiro,
¿Por qué tan triste al suspirar te miro,
Cuando en tu amor [illegible]
Y en tu ventura [illegible]

Nada más que tu amor turba mi calma,
Porque tú eres la amada de mi alma
Y el ángel siempre de mi amor serás.
—¿Nada más que mi amor turba tu calma?
—Nada más, ángel mio, nada más.

Gozoso escucho tu querido acento,
Y si á mi lado con tu amor estás,
Jamás el alma pesarosa siente.
—¿Jamás?

—Jamás, Elena; pues si tengo enojos
El consuelo me das y la alegría,
Cuando tierna me miras, alma mía,
Con las luces divinas de tus ojos.

Ñada más que por tí mi alma delira,
Y tierno el pecho por tu amor suspira
Cuando á mi lado con tu amor estás.
—¡Nada más que por mí tu alma delira?
—Nada más, ángel mio, nada más.

Elena, al oir á Cárlos,
Suspira afligida y llora,
Que ya contener no puede
La pena que la acongoja.

Las lágrimas de sus ojos
A su pesar se desbordan,
Y en vano sus ayes tristes
El pecho convulso ahoga.

Apretando entre las suyas
La mano que le abandona,
Su tierno amante, le dice
La pobre Elena llorosa:

—Pues mira, Cárlos, en tu fe confío,
Jamás ingrata de tu amor dudé,
Porque es tu amor el entusiasmo mio;
Pero el destino nos separa impío.
—¡Oh! calla, Elena.—Te diré por qué.

A D. Juan ya conóces de Lucena,
Pues bien mi mano ántes de ayer pidió
Y á ser suya mi madre me condena.
—¡Y ese es tu amor y tu entusiasmo, Elena,
¡Mujer perjura en quien confiaba yo!

Cásate, pues, que si entusiasta y necio
En tus palabras y en tu amor creí,
En nada ya tu juramento aprecio:
Cásate, sí; me quedará desprecio
Sólo en el corazon.—¡Desprecio!—Sí.

—Injusto eres y en tu amarga pena
Jamás debistc de mi amor dudar;
Yo te he llamado, de amargura llena,
Buscando el medio de salvarme......—¡Elena!
—Si no hallas otro, dejaré mi hogar.

Ya tú conoces á mamá, y en vano
A sus mandatos me opusiera yo:
El domingo ella quiere muy temprano
Casarme, Cárlos.—Su deseo tirano
En vano, Elena, realizar pensó.

A Lucena hablaré, si él porfía
Yo atajaré su voluntad cruel;
Y el sol, te lo aseguro vida mia,
De ambos á uno alumbrará ese dia,
A mí en la tumba ó en la tumba á él.

—¡Oh! no, mi Cárlos, al destino impío
No nos podemos oponer así.
—Pues bien, la fuga.—En tu virtud confío.
—Mañana vuelvo y.....—A las dos, bien mio,
Fiel á tu Elena encontrarás aquí.

Ellos siguen platicando,
Pero el aura vagarosa
Ya no trae á nuestro oido
Sus palabras cariñosas.

Ya el novio parece olvida
Y olvida tambien la novia,
Sus tristes celos el uno,
Su amarga pena la otra.

Pues Carlos está tan tierno
Y Elena tan amorosa,
Que de ambos, saber no es dado
Quién más cariño atesora.

Dulcemente de aquel árbol
Se acarician á la sombra,
Como, puras, en su nido
Se acarician dos palomas.

Y tan breve el tiempo pasa
Y tan ligeras las horas,
Que si la vida así fuese
Sería la vida bien corta.

Ya débil cual vaga niebla,
Silenciosamente asoma
Dibujando en el Oriente
Sus blancas tintas de aurora,

Cuando los tiernos amantes
A separarse se aprontan,
Y se despiden cien veces,
Y á sus caricias cien tornan.

Por fin la graciosa Elena
De su mano seductora
Se quita un anillo de oro
Con una esmeralda sola.

Emblema de la esperanza
Aquella piedra preciosa
Es de su tierno cariño
La expresion consoladora.

Ella misma de su amante
La mano en sus manos toma
Y con ternura en sus dedos
Aquel anillo coloca.

—*Guárdalo, Cárlos, te dice,*
Puesto aquí tu vida toda;
Y él con mi amor te recuerde
Esta noche deliciosa.

—*Te juro que esta prenda*
Que tal recuerdo atesora
Hasta la tumba conmigo
Irá donde la colocas.

—*¿Mañana vuelves, bien mio?*
—*Sí, Elena, á la misma hora.*
—*Adios mi adorada dueña.*
—*Adios mi blanca paloma.*

Y se enlazaron sus brazos
Y se juntaron sus bocas
Y un dulce y sentido beso
El aura oyó silenciosa.

Elena entre el bosquecillo
Huyó como blanca sombra,
Oyéndose débilmente
El ruido de sus ropas.

Y el camino opuesto Carlos
Silenciosamente toma,
Buscando el oculto sitio
Donde dejó la canoa.

II

Sucede siempre en el mundo
Que los mayores peligros
Se olvidan, cuando salvarlos
Por nuestro bien conseguimos.

Y si en pos el sufrimiento
Algun placer trae consigo,
Tanto el placer se enaltece
Cuanto fué el pesar más vivo.

Al mirar Carlos á Elena
Solo pensó en su cariño,
Y llegó á olvidarlo todo
De su amor en los delirios.

El salto de la muralla,
Del camino los conflictos
Y las terribles congojas
Que tuvo al pasar el rio.

De manera que ahora marcha
Cabizbajo y pensativo,
Meditando en los trabajos
De desandar tal camino.

Llegando al punto en que se halla
Un frondoso tamarindo,
Donde oscuro el bosque forma
Enredado laberinto,

Toma, bajando, un sendero
Para él bien conocido,
Que lleva do la canoa
Se encuentra al oculto sitio.

Y á la ribera llegando
Do termina el bosquecillo,
Que de las aguas sombrea
El caudal no cristalino;

Al desatar la canoa,
Ya para embarcarse listo,
Oye que una voz humana
Le dice: *Aquí estoy, amigo.*

Cárlos su mirada fija,
De encuentro tal sorprendido,
En el hombre que le habla,
Entre curioso y mohino.

Y al abrigo de la sombra
Allá medio confundido,
Cree mirar sentado á un negro
A quien ántes no había visto.

—Muy bien, y ¿qué se te ofrece?
Al negro, Cárlos le dijo;
Yo voy al opuesto lado
—Pero este barquillo es mio.

—Pues si es tuyo á mí me debes
El haberlo recogido:
—Y tambien haber pasado
Vos le debeis al barquillo.

—Pero bien, ¿qué es lo que quieres?
—Vengo por lo prometido.
—Es que yo, si no estoy loco,
Jamás he hablado contigo.

¡Quién eres tú? —Soy el Diablo.
Cárlos al oir tal dicho,
Creyó que le hablaba un hombre
Que estaba falto de juicio.

Se burló de su manía,
Y oyendo sus desatinos;
Pensó en aquellos momentos
Aprovechar sus auxilios.

—Pues si eres el Diablo, embarca,
Vamos á pasar el rio.
—Bien, vamos, responde el negro;
Estoy á vuestro servicio.

Y levantándose, Cárlos
Miró su cuerpo fornido
Medio cubierto tan solo
Por un blanco calzoncillo.

Era su rostro horroroso,
Tenía los ojos torcidos,
Y blanqueaban sus dientes
Como los dientes del mico.

Su cabello ensortijado
En apelmazados rizos,
Casi cubría de su frente
El espacio deprimido.

Cárlos al ver aquel hombre,
Aunque no era espantadizo,
Sintió en el primer momento
Cierto terror instintivo.

Y dirigiéndose al negro,
O curioso ó distraido,
¿De dónde vienes? repuesto
Ya de su terror, le dijo.

—Yo vengo de todas partes
Porque el Universo es mio,
Y por el mundo se extienden
Mis anchurosos dominios.

Desde los grandes Imperios
Hasta los pueblos más chicos,
Desde la choza del pobre
Hasta el palacio del rico,

Diversamente ataviado
A todo el mundo visito,
Aquí vestido de harapos,
Allá de telas vestido.

En lo que Cárlos pensaba
Pudo afirmarse al oirlo,
Y le dice:—*Pues bien, Diablo,*
Hagamos lo convenido.

Salta al punto á la canoa,
Y el negro lo sigue y listo
Tomando el remo en sus manos
Le da un impulso al barquillo.

El barquillo de tal modo
Es al instante impelido
Por las enturbiadas aguas
Del enfurecido rio,

Que Cárlos, amedrentado
De verse en aquel conflicto,
De haber procurado el paso
Estaba ya arrepentido.

El negro aquel si remaba,
Remaba con tal descuido,
Que á cada momento Cárlos
Veía mayor el peligro.

Vacilaba la canoa,
Y el negro siempre lo mismo,
Sobre los ojos de Cárlos
Clavaba sus ojos bizcos.

Ya el jóven con impaciencia
Y de terror poseido,
A la orilla vuelve, al negro
Casi suplicante dijo.

Y con el remo en las manos
Reiá el negro maldito,
Mostrando su dientes blancos
Como los dientes del mico.

Cárlos repite:—*Que vuelvas*
A la ribera te digo.
Y el negro siempre riendo
Lo miraba de hito en hito.

—¡No escuchas, hombre? regresa,
Salgamos de este conflicto;
Y si eres, negro, el Demonio,
Yo te conjuro por Cristo.

Al oir estas palabras,
Dando un terrible alarido,
La forma del negro en humo
Se torna oscuro y mefítico,

Y dilatándose á poco
Por aquel espacio limpio,
Al empuje de las auras
Pronto á disiparse vino.

Mas al perderse, de Cárlos
Zumbaron en el oido
Horribles estas palabras:
"Espero lo prometido."

El jóven su vista entónces
Alzando al cielo afligido,
Vió que á su lado un murciélago
Daba fantásticos giros.

Con el cabello erizado . . . .
Y el aliento comprimido,
Víctima creyóse entónces
De algun funesto delirio.

Las fuerzas siente le faltan,
Y comienza á dar de gritos
Pidiendo ayuda al que pueda
Por su buena suerte oirlo.

Pero sus gritos se pierden
Entre el horrible ruido
Con que arrastrando sus aguas
Corre turbulento el rio.

En vano, tomando el remo,
Se rehace ante el peligro
Y lucha desesperado
Dentro del débil barquillo.
. . . .
Pues al contacto de un árbol . . . .
Que envuelto en el torbellino
De las aguas, rechinando
Va por el agua impelido,

La canoa vacila. . . . y. . . se hunde!
Y Cárlos en tal conflicto,
A nado ganar la orilla
Procura desde el principio. . . . . .

De la corriente al impulso,
Entre el agua confundido,
Por más que lucha se siente
Arrebatado al abismo.

¡Infeliz!.... despues de un rato
De tan tremendo suplicio,
La lucha agota sus fuerzas
Y trastorna sus sentidos.

Arrastrado por las aguas
Y extenuado y abatido,
Sus brazos ya no le prestan
Para sostenerse auxilio.

Se sumerge.... hace un esfuerzo
Y asoma el rostro ya lívido;
Vuelve á hundirse.... y de la vida
Combaten ya los instintos.

Y despues, de vez en cuando
Se escucha un sordo gemido,
Y un movimiento en el agua
Confuso.... leve, y tardío.

....

....

A poco se ve que alumbra
La luna con triste brillo,
Un bulto que flota inmóvil
Sobre las aguas del rio.

III

Y en ese mismo momento,
De Veracruz el que fuera
Transitando de la Noria
Por la oscura callejuela,
Podría mirar que la casa
Do tuvo lugar la cena,
En las aceras del frente
Su débil luz aún proyecta.
Adentro, do quier los restos
De copas y de botellas,
Hacinados y en desórden,
Se encuentran sobre la mesa.
Unas luces acabando
Al morir chisporrotean,
Otras en quinqués vistosos
Su lus arrojan á medias.
Y de los que ántes cenaban
Tirados unos se encuentran
Por el suelo: ~~de los otros~~
Que en la mesa se conservan,
Unos pronuncian palabras
Balbucientes é inconexas;
Otros roncan, en los brazos
Recostadas sus cabezas;

Y algunos hay que abatidos
Lánguidamente bostezan,
Por el vino y por el sueño
Entorpecidas sus fuerzas.
Uno de ellos se incorpora,
Y como el hombre que sueña
(Quizá recordando el bríndis
Que horas ántes se dijera)
Bajo el párpado inflamado,
Que á su pesar se le cierra,
Asomando con trabajo
La mirada soñolienta,
Toma una copa, á sus labios
Maquinalmente la lleva,
Y dice, sin que le escuchen
Y entendiéndosele apénas:
—*Aceptado..... sí...... señores;*
Estar hasta que.... amanezca,
Y que toque al que.... ántes salga
Ser.... el infeliz que mue....ra.
La última palabra espira
En sus labios incompleta,
Y la cabeza en sus brazos
Lánguidamente recuesta.

CAPÍTULO NOVENO.

Cuando de Cárlos se despide Elena,
Del bosque entre la sombra se adelanta,
Sobre la grama, de temores llena,
Poniendo apénas la ligera planta:
En su inquietud y en su angustiosa pena
Todo lo que oye y lo que ve la espanta,
Y el camino tomando de su casa,
Cual vaga sombra por el bosque pasa.

Entre el murmullo que ligero el viento
Forma del bosque en la indecisa sombra,
Oir se le figura el triste acento
De voz humana que al pasar la nombra;
Fija el oido, al caminar, atento,
Y lo que juzga oir tanto le asombra,
Que si de prisa en su inquietud no fuera
Tal vez del susto la infeliz cayera.

Se espanta, sin embargo, y sobrecoge;
Vuelve la vista, tímida, á su espalda;
Por ir ligera ó porque no se moje
Sobre el húmedo piso de esmeralda,
Con ambas manos al andar recoge
De su vestido la anchura falta,
Y silenciosa marcha y tan de prisa
Cual blando soplo de callada brisa.

Llega al punto despues donde termina
El bosquecillo que en silencio pasa,
Se oculta en la enramada más vecina
Y, confundida entre su sombra escasa,
A la luz de la luna que ilumina
Débilmente el recinto de su casa
Atenta mira, al parecer resuelta,
Si alguno puede sorprender su vuelta.

Pero en aquellas horas sosegadas
Elena no percibe más ruido
Que el confuso rumor de sus pisadas
O el que forma, al andar, con su vestido:
Duermen las auras por allí calladas
Entre los nardos del jardin florido,
Y del rio tan solo caudaloso
Se oye el acento triste y vaporoso.

¡Oh! cuán dulce es al alma que ha gozado
Una expansion de dicha y de ternura,
Cuando el mundo descansa sosegado
Y la luna apacible allá en la altura
Sobre el jardin ameno ó sobre el prado
Su débil luz al descender fulgura;
Meditar en la calma sosegada
A sus dulces recuerdos entregada.

Es el recuerdo pálida azucena
Que en el erial desierto de la vida
Con el perfume del consuelo llena
Al corazon que de guardarla cuida;
Y ese bálsamo dulce de la pena,
Ese perfume que en la flor se anida,
De la alta luna al resplandor de plata,
Por el alma amorosa se dilata.

Tal vez por eso Elena, apasionada
Enmedio de la angustia que la agita,
Fija en el cielo triste su mirada
Y silenciosa, al parecer, medita.
Abrigada despues por la enramada,
De la luna al pasar la luz evita,
Y al corredor llegando así cubierta,
Empuja y abre la entornada puerta.

Entra por ella luego y cuidadosa
La cierra tras de sí, con paso lento
Atraviesa la sala silenciosa.....
Apénas se oye su agitado aliento.....
Su planta apénas sobre el suelo posa.....
Y llegando despues á su aposento,
En él, perdida entre la sombra oscura,
Libre respira y de temor segura.

A quitarse comienza sus vestidos
Frente al claro dintel de la ventana,
Cuando el silencio trae á sus oidos
Los dulces ecos de cancion lejana;
Débiles al principio y confundidos
Entre el vago rumor de la mañana,
Poco á poco despues á Elena encanta
El tierno acento de la voz que canta.

Preparada, sin duda, al sentimiento,
Elena silenciosa recogía
De aquella voz el amoroso acento
Que cada vez más claro apercibía:
Era quizá de alguno que contento
Del baile por allí retrocedía,
Y la rústica calle atravesando,
Triste ó alegre se volvía cantando.

Junto á su hermosa cama de caoba
Elena se detiene conmovida,
Y en el triste silencio de su alcoba
Calla y escucha la cancion sentida:
De tal manera la atencion le roba
Aquella voz, que al escucharla olvida
Que su amante infeliz, triste y sombrío,
Quizás entónces repasaba el río.

Tal vez el personaje que cantaba
La nocturna cancion, en tal momento
Por la rústica calle atravesaba
De la jóven contigua al aposento;
Pues ya el canto tan claro se escuchaba
Y tan marcado el varonil acento,
Que, en su dulce y sentida melodía,
El verso así de la cancion decía:

En tu callado nido, paloma enamorada,
Al dulce objeto viste que de tu lado huyó;
Su voz era tu encanto, tu dicha su mirada,
Y fué tu paraíso la rústica enramada
Donde el arrullo tierno oiste de su amor.

Ahora, paloma, llora en tu nido
Do triste y sola quedaste yá;
Pues tu palomo, una vez ido,
Pobre paloma, no volverá.
Y pues llevarlo quiso
La suerte fiera
Y que á tu lado nunca
Jamás volviera,
Sola en tu nido
Llora, pobre paloma,
Tu Eden perdido.

Con tu paloma un dia, paloma cariñosa,
La fúlgida esperanza del bien te adormeció;
Con él un paraíso soñabas venturosa,
Porque era el dulce encanto de tu enramada umbrosa,
Porque era el tierno objeto de tu constante amor.

En vano ahora desde tu nido
Tu triste arrullo lo llamará,
Pues tu palomo una vez ido,
Pcbre paloma, no volverá.
Y pues llevarlo quiso
La suerte fiera
Y que á tu lado nunca
Jamás volviera,
Sola en tu nido
Llora, pobre paloma,
Tu Edén perdido.

La postrera palabra confundida
Se oye apénas del canto que se aleja,
Y se escucha al perderse tan sentida
Como una triste y dolorosa queja:
Al fenecer la voz, tan afligida
Su amorosa expresion á Elena deja,
Que mirando un augurio de aquel canto
En vano quiere contener el llanto.

Entónces ¡ay! á do quedó su amante
Elena vuelve el ánimo, abatida,
Y lo busca y lo sigue delirante,
Pensando en él llorosa y afligida.
De Cristo ante la efigie agonizante
Que está junto á su lecho suspendida,
Se postra, y tierna y silenciosa llora,
Y su sagrada proteccion implora.

Mas apénas su rezo comenzaba
Diciendo á Dios su lastimera queja,
Cuando miró que un negro se asomaba
De la abierta ventana tras la reja;
La pupila del negro relumbraba
Bajo la oscura y confundida ceja,
Y con mudo silencio la veia
Y, mostrando los dientes, sonreia.

Al ver al negro en su ventana Elena,
De tal manera la infeliz se espanta,
Que queriendo gritar, de terror llena,
Se le anuda la voz en la garganta;
Sus potencias el miedo le encadena
Y se detiene ante la imágen santa,
Miéntras callado el negro la veia
Y, mostrando los dientes, sonreia.

Por mucho tiempo allí como enclavada
Permanece, de espanto poseida,
Cual si del negro aquel la atroz mirada
Venido hubiese á suspender su vida:
Frente á la imágen santa arrodillada
En estatua parece convertida,
Pues, inmutable, ni siquiera al viento
Se le oye dar el suspendido aliento.

Y el negro en tanto mudo y silencioso
Su rostro fiero tras la reja asoma,
La ventura turbando y el reposo
De aquella dulce angelical paloma;
Gruñe un tanto al reir, y es horroroso
El aire imbécil que su gesto toma,
Cada vez que en la jóven recatada
Fija, torcida, la fatal mirada.

En calma todo por allí reposa;
A veces gime cadencioso el viento,
Y la luna, asomando silenciosa,
Su rayo arroja triste y ceniciento:
La calma para Elena es pavorosa,
Ni una paja se mueve en su aposento,
Escuchándose lúgubre y sombrío
Sólo el rumor del turbulento rio.

Por el mismo temor quizá impulsada,
Con ademan resuelto y decidido
Evitando del negro la mirada
Se arroja Elena al lecho apetecido;
La colgadura corre y recatada
Se despoja despues de su vestido,
Y se acuesta cubriendo con presteza
Con las ropas del lecho su cabeza.

Así cubierta, en Dios crucificado
Rezando entónces pone su esperanza,
Y la calma su espíritu agitado
Con la oracion y la quietud alcanza;
Del negro olvida el ademan osado,
Y al influjo, quizá, de tal mudanza,
En sus vagos recuerdos confundida
Profundamente se quedó dormida.

CAPÍTULO DÉCIMO.

I

Ya el rubicundo sol tranquilamente
Del horizonte hácia el zenit subía,
Y hermoso al levantarse y refulgente,
Por los vastos espacios del Oriente
Sus rayos luminosos extendía.

Y el rocío fugáz que en sus vapores
La noche pasajera había vertido,
Del sol á los vivíficos fulgores
Resbalaba del cáliz de las flores
En diamantes y en perlas convertido.

Del bosque solitario en la espesura
Ya el "Clarín de la selva" se escondía
Huyendo del calor, y allá en la altura,
Sobre la rama del naranjo oscura,
El canto melodioso suspendía.

Ya las diamelas y las blancas rosas
Que alzaron frescas la lozana frente,
Se inclinaban tan mústias como hermosas,
Doblándose en su tallo silenciosas
A los besos postreros del ambiente.

Ya se oía zumbar por los rosales
Con vuelo tardo á la incesante abeja,
Y allá por los flexibles carrisales,
Lamentando la tórtola sus males,
Al aire daba la doliente queja.

Cuando la pobre Elena, al rayo ardiente
Que el sol por su ventana introducía,
Pálida la color, mústia la frente,
Abatida y cansada, tristemente
Los perezosos párpados abría.

¿Qué es lo que siente la infeliz doncella
Que, pensativa, al despertar suspira
Y, separando de su frente bella
El negro bucle que posaba en ella,
A todas partes con asombro mira?

¿Por qué esa palidez de su semblante?
¿Por qué se anubla su mirada ardiente?
¿Por qué respira inquieta é incesante,
Y al recordar á su querido amante
En su alma un peso inexplicable siente?

¿Por qué unas veces mústia y sosegada
Que algo parece la atencion le roba,
É incorporándose otras asustada,
Hace vagar inquieta la mirada
Por el corto recinto de su alcoba?

Es que la pobre, la infeliz Elena,
Por la luz en su lecho sorprendida,
Al despertar con angustiosa pena,
De duda y de temores su alma llena
En sus vagos recuerdos confundida,

Y la dulce entrevista con su amante,
Y del negro espantoso la mirada,
Y aquel canto ya próximo ó distante,
Cual visiones de un sueño delirante
Se agolpan en su mente fatigada,

Y á descifrar en su niquietud no acierta,
Por el sueño embargados sus sentidos,
Si es que soñando estuvo, ó si dispierta
Oyó en la calle rústica y desierta
De aquella voz los ecos doloridos.

Poco á poco despues reconcentrando
Sus facultades todas, con empeño
Se queda en los sucesos meditando
De aquella noche, al recordar temblando,
Que nadá fué de lo pasado un sueño.

Entónces ¡ay! el lastimero acento
Que áun se escucha del cercano rio,
Y la abierta ventana, y su aposento,
Todo le inspira á Elena un sentimiento
De tristeza y horror, mudo y sombrío.

¿Por qué cubre una sombra tenebrosa
El cielo de su amor y su esperanza?
¿Qué presiente la jóven que afanosa
A la oracion ocurre, fervorosa,
Y ni la calma ni el consuelo alcanza?

¡Qué voz es esa de ignorado acento
Que no se escucha y hasta el alma llega,
Que se suele llamar presentimiento
Porque el mal nos anuncia, y que al tormento
Al alma débil y al dolor entrega?

Del dolor ó del mal que nos aguarda,
Ese aviso sin forma indefinido,
Que el mal previene ó su expresion retarda,
Quizá es la voz del ángel que la guarda
Que nos habla, acercándose, al oido.

La pobre Elena á su mortal tristura
Hacerse superior procura en vano
Diciéndose á sí misma *¡Qué locura!*
¡Por qué llenar al alma de amargura
Si, al fin, el provenir es un arcano?

El negro que yo ví.... sería algun loco;
La cancion que escuché.... nada decía:
Para mi dicha, sí, falta muy poco,
Que el borde ya de mi esperanza toco
Y es de ventura la esperanza mia.

¡Desgraciada mujer! la flor preciosa
Tu corazon de la ternura anida;
Eres buena, sensible y cariñosa,
Y por tu mal tambien naciste hermosa
En este valle de la humana vida.

No esperes ser feliz: la cruda suerte
En flor marchita, niña, tu hermosura;
Y ya el genio del mal y de la muerte
Pasando junto á tí, viene á ofrecerte
Su copa de dolor y de amargura.

En vano lucharás ¡ay! de contino
Para evitar un mal que no mereces;
La desventura marca tu destino,
Y tendrás que apurar en tu camino
Esa copa fatal hasta las heces.

II

Gran movimiento en la casa
Se nota durante el dia:
Entran y salen criados
Que van y vienen de prisa.
En el corredor de afuera
Se han puesto grandes cortinas,
Que ya al decaer la tarde
Los rayos del sol evitan.
Se hacen aprestos de flores,
De gasas y muselinas,
Y se disponen los suelos
Y las vidrieras se limpian.
¿Qué fiesta, pues, se prepara?
¿Por qué la casa se alista?
Porque al otro dia temprano
Se casa la hermosa niña.

Para servir de algo vienen
Las oficiosas vecinas,

¡Qué voz es esa de ignorado acento
Que no se escucha y hasta el alma llega,
Que se suele llamar presentimiento
Porque el mal nos anuncia, y que al tormento
Al alma débil y al dolor entrega?

Del dolor ó del mal que nos aguarda,
Ese aviso sin forma indefinido,
Que el mal previene ó su expresion retarda,
Quizá es la voz del ángel de la guarda
Que nos habla, acercándose, al oido.

La pobre Elena á su mortal tristura
Hacerse superior procura en vano
Diciéndose á sí misma *¡Qué locura!*
¡Por qué llenar al alma de amargura
Si, al fin, el provenir es un arcano?

El negro que yo ví.... sería algun loco;
La cancion que escuché.... nada decía:
Para mi dicha, sí, falta muy poco,
Que el borde ya de mi esperanza toco
Y es de ventura la esperanza mia.

¡Desgraciada mujer! la flor preciosa
Tu corazon de la ternura anida;
Eres buena, sensible y cariñosa,
Y por tu mal tambien naciste hermosa
En este valle de la humana vida.

No esperes ser feliz: la cruda suerte
En flor marchita, niña, tu hermosura;
Y ya el genio del mal y de la muerte
Pasando junto á tí, viene á ofrecerte
Su copa de dolor y de amargura.

En vano lucharás ¡ay! de contino
Para evitar un mal que no mereces;
La desventura marca tu destino,
Y tendrás que apurar en tu camino
Esa copa fatal hasta las heces.

II

Gran movimiento en la casa
Se nota durante el dia:
Entran y salen criados
Que van y vienen de prisa.
En el corredor de afuera
Se han puesto grandes cortinas,
Que ya al decaer la tarde
Los rayos del sol evitan.
Se hacen aprestos de flores,
De gasas y muselinas,
Y se disponen los suelos
Y las vidrieras se limpian.
¡Qué fiesta, pues, se prepara?
¡Por qué la casa se alista?
Porque al otro dia temprano
Se casa la hermosa niña.

Para servir de algo vienen
Las oficiosas vecinas,

Y para ver lo que pasa
Vienen tambien las amigas,
Cada cual trabajo toma
En que con afan tragina,
Y por hacer que hacen algo
Se mueven y se fatigan:
No hay cuadro que no coloquen,
Ni parecer que no digan,
Ni imperfeccion que no noten,
Ni gracia porque no rian.
¿Por qué ese tragir constante
Y esa bulla y alegría?
Porque al otro dia temprano
Se casa la hermosa niña.

La madre, alegre y risueña,
Con el novio aquí platica,
Y ya le consulta, afable,
Si la mesa es grande ó chica,
Si está mal puesto el espejo,
Si el cuadro no tiene vista,
Si está demas tal adorno,
Si sobran ó faltan sillas,
Miéntras que por otro lado
Vienen y van las modistas,
Con gasas, puntos y encajes
Que miden, prueban y sisan.
¿Por qué tanto movimiento
Y tan constante fatiga?
Porque al otro dia temprano
Se casa la hermosa niña.

Enmedio de tal contento,
La novia afable y sencilla
En vano ensayar procura
Aprobadoras sonrisas.
Esforzándose la pobre
Porque la miren festiva,
Su triste pena ocultando
De un lado á otro camina.
Lo aplaude y lo aprueba todo,
Todo lo ve y nada mira,
Vagando por todas partes
Sin objeto y distraida.
¿Por qué esa expresion de duelo
Que en su semblante se pinta
Cuando al otro dia temprano
Se casa la hermosa niña?

Llega la noche: en la casa
Entran y salen visitas
Que cantan, tocan ó rien
O bulliciosas platican.
La madre les habla á todas,
Escucha á todas la hija,
Y unas á otras, á poco,
Hablan, oyen y replican.
Es una escena animada
La que pasa en la familia,
Y cuando ya de la casa
Dadas las diez se retiran,
Para el otro dia la madre
Las aplaza y las convida,
Puesto que en él muy temprano
Se casa la hermosa niña.

La casa queda en silencio,
Y la madre, previsiva,
Todas las cosas ordena
Para tenerlas ya listas:
Aquí el trage de la boda
De punto á la Josefina;
Allí el peinado, las joyas,
El pañuelo y las sombrillas.
Despues á la hija besa,
La besa tambien la hija
Y las dos á sus alcobas
Silenciosas se retiran.
¿Por qué al reposo tan presto
Se ha entregado la familia?
Porque al otro dia temprano
Se casa la hermosa niña.

III

Triste, pálida y llorosa,
De mortal angustia llena,
A la noche tenebrosa
Mira avanzar silenciosa
En su recámara Elena,

Y á medida que ella avanza
Llena de sombra y tristeza,
La calma Elena no alcanza,
Pues la duda y la esperanza
Combaten en su cabeza.

En su conciencia el temor
Obra con tanto poder,
Que vacila en su dolor
Si más podrá que su amor
La fuerza de su deber.

Pues si el ánimo recobra
Luego su deber le asalta,
Y en tan constante zozobra,
Si la voluntad le sobra
La resolucion le falta.

Así la infelice lucha
Cuando su esperanza toca,
Porque si al deber escucha,
Aunque su pasion sea mucha
Encuentra su fuerza poca.

Y en esa irresolucion
Que á fatigarla ya empieza,
Ella ve con afliccion
Que no triunfa el corazon
De la voz de su cabeza.

Pobre jóven desgraciada
Que en tal conflicto te vès
De todos abandonada,
Y al hondo abismo orillada
Que abrió tu madre á tus piés.

No vaciles, ya el destino
Marcó tu infeliz suerte,
Y aunque luches de contino,
Has de seguir el camino
Del infortunio y la muerte.

Son las dos: Elena sale
Temblando de su recámara,
En tanto que en paz profunda
Duermen todos en la casa.

La noche está silenciosa,
Y tan profunda es la calma,
Que en el campo no hay ruido
Ni murmullos en las aguas.

Tal parece que la noche,
Entre las selvas calladas,
Adormecida ó sin fuerza
Ni retrocede ni avanza.

La luna con triste brillo
Sus luces tibias derrama,
Dando á los objetos todos
Sombras y formas fantásticas.

No hay ave que se lamenta,
Ni el viento gime en las ramas,
Y sin rumores ya el rio
Tranquilo lleva sus aguas.

Es tan solemne el silencio
Que atemoriza y espanta,
Como espanta de un sepulcro
La solemnidad callada.

Elena, al abrir la puerta,
Llena de pavor se pára
Bajo la sombra tranquila
De la tranquila enramada.

Todo en su torno reposa,
Todo enmudecido calla,
Pues no hay hoja que se mueva
Ni rumor que al aire salga.

Como si temor le hiciese
La gravedad de su falta,
Por todas partes dirige
Su inquisitiva mirada.

Y la sombra que la luna
Forma del bosque en las ramas,
Y la vista melancólica
De las inmutables palmas,

Y el aspecto agreste y triste
De la extendida barranca
En cuyo lecho del rio
Duermen las tranquilas aguas,

¡Llenan de angustia su pecho
Y de desconsuelo su alma,
Que aquel silencio de muerte
La horroriza y la acobarda.

¡Qué momentos tan terribles!
Sólo su amor la compaña
Cuando en la senda del crímen
Ya se desliza su planta.

Y en tanto avanza la jóven
Vuelve la vista, azorada,
Hácia los sitios sombríos
Que va dejando á su espalda.

Y ve, con dolor profundo
La clara luz que derrama
La luna, apacible y triste,
Sobre el muro de su casa.

En ella todo reposa,
No hay quien derrame una lágrima,
Ni nadie que se aperciba
De su intempestiva marcha.

Duerme su madre tranquila,
¡Ay! ¡qué hará cuando mañana
Busque á la niña en su alcoba
Y halle sola su recámara!

Cuidadosa recogiendo
Con ambas manos su falda,
Elena como una sombra
Se desliza entre las palmas.

Y si el temor la detiene
De vez en cuando se pára....
Inquieta ve á todas partes....
Y luego intranquila avanza.

Llega por fin á la higuera,
Y á su sombra cobijada,
Para esperar á su amante
Se sienta en la verde grama.

. . . .

En vano la orilla opuesta
Repasa con sus miradas
Y atenta pone el oido
Para escuchar, todo calla.

¡Se habrá dormido! se dice
¡Las dos y media son dadas!
O inesperado tropiezo
Habrá tenido en su marcha.

A cada momento espera
En la soledad callada,
Oir por la opuesta orilla
De un caballo las pisadas.

A cada momento espera
Que el ruido de las aguas
Le indique que algun jinete
El rio silencioso pasa.

Pero ¡ay! en aquesas horas
Nada interrumpe la calma,
Y la quietud de la noche
La adormece y la aletarga.

Cuando todo en torno suyo
Duerme, enmudece ó descansa,
Ella, sin sentirlo, al sueño
Cede fatigada el alma.

Y de la higuera á la sombra,
Cual una inmutable estatua,
Aletargada ó dormida
Se queda en la verde grama.

. . . .

Dos horas en tal reposo
De la triste noche pasan,
Sin que ni Elena despierte
Ni el viento gima en las ramas.

La luna hácia el Occidente
Sigue tranquila su marcha,
Y ni las palmas se mueven
Por el soplo de las auras,

Ni se agitan los insectos,
Ni tristemente las ranas
Cantan, ni del manso rio
Se escucha el rumor del agua.

Todo en quietud permanece,
Todo entre las sombras calla,
Y es el silencio profundo,
Y es espantosa la calma.

De vez en cuando un murciélago
Rápido cual sombra pasa,
Y vuelve, y retorna y gira
Batiendo sus negras alas.

. . . .

¡Qué ha sucedido á la jóven
Que vuelve en sí y se levanta
Mirando por todas partes
Pálida y desencajada?......

Ella soñó que á su lado
Una vision ó un fantasma,
Mudo, silencioso y triste,
Bajo la sombra vagaba.

Y tambien la impresion fria
Sintió de una boca helada,
Que puso un beso en su frente
Murmurando unas palabras.

Temblando la pobre Elena
Bajo la impresion extraña
De ese sueño y de ese beso
Que ni se explica ni aclara,

En vano sus ojos vuelve
En torno suyo, y se afana
Por dar valor á su pecho
Y tranquilidad á su alma.

Y cuando el reloj consulta,
Más se aflige y sobresalta
Al mirar que en él ya dieron
Las cuatro de la mañana.

¡Cómo dormirse ha podido
Cuando á su amante esperaba
Y cómo tambien su amante
No ha llegado á despertarla!

¡Qué habrá podido impedirle,
Para cumplir su palabra,
Venir por la pobre jóven
Cuando el amor lo llamaba!

Entre sus juicios perdida
Se encuentra Elena angustiada,
Pues no es posible la fuga
Cuando su amante le falta.

Tiempo que perder no tiene,
Debe volver á su casa
Y aplazar para esa noche
Su ya perdida esperanza.

Entónces aquel camino
Con rapidez lo desanda,
Antes que alguno despierte
Procurando su recámara.

Y con gran fortuna anduvo,
Pues al llegar á su cama
Pudo escuchar que su madre
Con tierno afan la llamaba.

Elena la luz enciende
Cual si entónces despertara,
Y Doña Clara, al oirla,
Desde su alcoba le habla.

—*Vete alistando*, le dice,
Que ya las cuatro son dadas.
—*Sí señora*, le responde
Aquella infeliz muchacha.

Y acercándose á su mesa
Y bebiéndose las lágrimas,
Con el corazon escribe
Estas sentidas palabras:

No has venido, Cárlos mio;
En vano te esperó mi alma
Para evitar el tormento
Que en este instante me aguarda.

Seré perjura; mis votos
La fuerza me los arranca,
Pues eres tú mi marido
Aunque á otro dé mi palabra.

Ven esta noche; te espero:
A las ocho ven sin falta,
Y á nuestra higuera querida
Irá á buscarte tu amada.

Emprenderemos la fuga;
Nada, Cárlos, me acobarda:
De nadie seré; pues sólo
Son tuyos mi cuerpo y mi alma.

Plegó el billetito Elena,
Lo ocultó sobre su cama,
Y llamó para vestirse
A su doncella en voz alta.

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

I

Con su vestido de ondulante gasa
Que su talle de Sílfide aprisiona,
Velando del turgente y albo seno
Los tesoros la tela vaporosa;

Con su velo caido hácia la espalda,
Que al leve soplo de las auras flota
Cual la niebla que agita el vientecillo
Sobre las frescas y purpúreas rosas

Y coronando su virgínea frente
De blancas flores la nupcial corona,
Para el altar y el sacrificio lista,
Espera ya la desgraciada Novia.

Sus grandes, negros y rasgados ojos,
De mirada apacible y melancólica,
Alguna vez humedecidos brillan
Con las luces que áun arden en su alcoba.

Suavemente sus párpados dilatan
Una azulada y delicada sombra,
Que el insomnio revela y los dolores
De aquella jóven tierna y pudorosa.

La dulce palidez de su semblante
Le da un aspecto de deidad marmórea,
Contraste haciendo con sus negros rizos
Que el blanco cuello, perfumados, tocan.

De esbelto talle, de elevado seno,
Y así adornada con sus blancas ropas,
La desgraciada Elena parecía
Una gentil y angelical paloma.

A nadie puede revelar su pena,
Lucha con su dolor aislada y sola,
Y una esperanza de deshonra y muerte
Apenas, triste, con sus manos toca.

Ya las señoras en la sala esperan,
Ya se aproxima la tremenda hora,
Y la madre la llama y de su angustia
La pobre Elena la expresion sofoca.

Mira con inquietud á todas partes,
Y ya al salir de la callada alcoba,
Toma el billete que escribióle á Cárlos
Y lo oculta en su seno cauteloso.

Lucena al verla con su blanco traje
La halló, quizá, cual nunca encantadora,
Y á saludarla se acercó galante,
Mil palabras diciendo cariñosas.

Con su sonrisa la infeliz Elena
Les contestaba á sus amigas todas
Los mil cumplidos que á su gracia hacian,
Sus delicadas y festivas bromas.

Y en tanto Doña Clara cual si fuese
La heroina, más bien, de aquella boda,
Dispuesta ya, por donde quier se mira
Satisfecha y alegre y bulliciosa.

No hay pormenor pueril que no prevenga
Ni vana ostentacion que no disponga,
Ni gente alguna á quién al paso no hable,
Ni pregunta que se haga, y no responda.

Ya ve si las piraguas están listas,
Ya vuelve al comedor, entra en su alcoba,
Visita la cocina, á cada criado
Le previene ó encarga alguna cosa.

Todos se mueven y se agitan todos,
Que es por demas activa la señora
Y no hay nada qué escape á su cuidado
Ni accidente que olvide su memoria.

Al volver á la sala, *vamos*, dice,
Las cinco y media en punto son ahora
Y á las seis estarémos en la Hacienda,
Que la distancia, por fortuna, es corta.

—*Vamos*, responden todas, y entre dientes
Tambien un *Vamos* murmuró la novia,
Que el desaliento y la profunda pena
Revelaba de su alma dolorosa.

A la playa dirígense del rio
Do adornadas esperan dos canoas,
En las cuales se embarcan, desde luego,
Elena triste aunque festivas todas.

Los barquichuelos el ligero peso
Al sentir de una carga tan preciosa,
Muellemente se agitan en el agua
Que sus costados murmurando azota.

Y al separarse de la quieta orilla
Tan pintorescos y vistosos flotan
Con sus blancas beldades, cual si fueran
Dos "Chinampas" (1) de blancas amapolas.

Se deslizan ligeros al impulso
De los remeros que en silencio bogan,
De las ceibas y verdes tamarindos
Pasando, á veces, á la fresca sombra.

Meciéndose las brisas matutinas
De las higueras en las altas copas,
Un murmurio levantan, vago y triste,
Caer haciendo las marchitas hojas.

Los pajarillos, por allí volando,
Alegres cantos por do quier entonan,
Oyéndose en el bosque una armonía
Festiva al par que tierna y cadenciosa.

(1) Jardines flotantes.

En las márgenes, á veces, se distinguen
Aquí ó allá las solitarias chozas
Cubiertas de humildes pajizos techos
Que el sol naciente con su luz colora.

A veces de los árboles gigantes
Las ramas enlazándose frondosas
De una orilla á la otra, sobre el rio
Forman oscura y pintoresca bóveda.

Y en el cristal retrátanse del agua,
Do sobrenadan las caidas hojas,
Con la verdura del callado bosque
Del cielo azul las tintas caprichosas.

Las dos piraguas á la par resbalan
Tan blandamente, como dos gaviotas
Que descuidadas la corriente siguen
Del mar, posando en las dormidas ondas.

Llevando el curso del tranquilo rio,
Los varios tornos de su cauce doblan,
De aquellas aguas el sencillo espejo
Cortando, apénas, las angostas proras.

Ya platican las jóvenes ó rien
Alegres como siempre y bulliciosas,
El eco repitiendo su algazara
Que tal parece que en los aires flota.

Si algun árbol se ve que la corriente
Trajo arrastrando entre las turbias ondas,
Y que tendido se quedó en el rio
Y el libre paso de su cauce estorba,

Las dos piraguas á la opuesta orilla
Se acercan tanto, de evitarlo ansiosas,
Que las beldades, del florido bosque
Ramas y flores á su paso cortan.

Y el peso entónces de sus cuerpos hace
Que inquietas vacilando las canoas
De un lado para el otro, al inclinarse
El agua agiten que sus bordes moja.

Se alzan mil gritos de contento algunos
Y otros de susto por las más medrosas,
Que al inclinarse las piraguas vieron
Sus bellos rostros en las claras ondas.

Hĕrmosa está cual nunca la mañana,
Las selvas como nunca están frondosas,
Y las aves que vagan por el bosque
Como nunca festivas y canoras.

Todo es luz y frescura y armonía,
Y las flores que aromas atesoran
Los vierten por do quiera, derramando
Las blancas perlas que les dió la aurora.

Sólo Elena está triste y pensativa
¡Ay! que en sus sienes la nupcial corona,
Al soplo de las brisas perfumadas
Torna en espinas las nevadas rosas.

Ya se distinguen, del florido bosque
Entre los claros que sus abras forman,
De "Paso el Toro" en la feraz ribera
Las blancas casas y las verdes lomas.

Las piraguas avanzan, y á medida
Que aquellos tornos pintorescos doblan,
Siente Elena que el alma se le oprime
Y el corazon le salta y la sofoca.

Valor, empero dice, y á sus ojos
Una lágrima asoma silenciosa,
Que á los rayos del sol temblando brilla,
Se extiende en su pupila y se evapora.

Las jóvenes amigas, que de Elena
La triste pena y el dolor ignoran,
Al ver á "Paso el Toro" sus pañuelos
Por los aires agitan bulliciosas.

Allí pudiera creerse les esperan,
Segun la bulla que al mirarlo forman,
Del placer, de la dicha y del contento,
Las dulces siempre aunque fugaces horas.

Y en tanto, por sus penas agobiada,
Esfuerzos hace la infelice novia
Por sonreir, cuando en su triste pecho
Lágrimas sólo de amargura brotan.

¡Oh, cuán terrible es el dolor del alma,
Que por oculto á la expresion asoma,
Si hasta el consuelo de luchar callando
La ajena dicha en su impiedad nos roba!

¡Cuán triste no hallar en torno nuestro,
Cuando la pena el corazon destroza,
Ni un sér que de nosotros se lastime
Ni el tranquilo silencio de una alcoba!......

Elena vuelve por do quier sus ojos
Y halla que todo á su dolor estorba,
Pues, por su mal, ni en el cercano bosque
El canto se oye de las dulces tórtolas.

No hay una voz, murmullo ni ruido,
Que por extraño á su amargura sorda,
Al oculto dolor de su alma bella
Con un acento de dolor responda.

Todo es gusto y frescura y alegría,
Riza el viento las aguas bullicíosas,
Y alzando mil murmurios por el bosque
Mueve, pasando, las frondosas copas.

Las aves vuelan por do quier festivas,
Las flores muestran por do quier sus corolas,
Y el campo todo por do quier ostenta
De natura las galas caprichosas.

Como la flor, en el jardin cortada,
Que en el régio salon la sien adorna
De la Deidad que en voluptuosos giros
Danzando cruza la extension suntuosa,

Y entre la luz brillante y la armonía
De aquella tibia y perfumada atmósfera
Languidece despues y se marchita
Cayendo, mústias, las purpúreas hojas;

Así la popre Elena moriría
Entre el comun placer con su congoja,
Si la extraña ventura prolongase
De aquel tormento las amargas horas.

Mas las piraguas resbalando breves
Del líquido cristal sobre las ondas,
A la playa tocaron do el camino
De "Paso el Toro," el transeunte toma.

Las bellas pasajeras al momento,
Poniendo el pié sobre la débil borda,
Saltan á tierra cual gacelas ágiles
Que á la llanura saltan de las rocas.

Y ven entónces en aquel camino
Arcos de flores y hojas de amapolas,
Que regándolo en parte, á sus piés bellos
Ofrecen fresca y delicada alfombra.

Dejan festivas el hermoso rio,
Y caminando por las verdes lomas
Que á las casas separan de la orilla
Y que se extienden en distancia corta,

Cual pequeño rebaño de corderos
O cual blanca bandada de palomas
Se ven entre la yerba, desde léjos,
Los varios grupos que subiendo forman.

Ya la Capilla se halla preparada,
Con blancas flores el altar se adorna,
Y el Sacerdote revestido espera
Que llegue al templo la infelice Novia.

¡Cordero humilde que el cuchillo mira
En manos del verdugo que la inmola,
Y sin lanzar su postrimera queja
El cuello, listo al sacrificio, dobla!

. . . .

Al templo luego se dirigen todos
Donde efecto tendrá la ceremonia:
Con Elena sus jóvenes amigas,
Y Don Juan dando el brazo á la señora.

II

Del Medellin pintoresco
En la apacible ribera
Que las flores embalsaman
Y las palmeras sombrean,
Rica en pastos y en ganado,
Que por sus montes campea,
La Hacienda de "Paso el Toro"
Dilata sus verdes selvas.
Bosques de dulces murmurios,
Encantadoras cavernas,
Llanos que pierde la vista
Cuando en medirlos se esfuerza,
Un cielo puro y sereno,
Brisas de perfumes llenas,
Y en su atmósfera el aliento
De constante primavera;
Todo esto forma un conjunto
De bienestar en la Hacienda,
Que mal pudiera pintarlo
Quien describirlo quisiera.

En una verde colina
Que á orillas del rio se eleva,
Y á la sombra sonorosa
De seculares higueras,
Se levanta el edificio,
Si de apariencia modesta,
Vasto en sus anchos portales
Y en sus extensas viviendas.

Cercana á sus blancos muros
Allí la piedad conserva
De una Capilla cristiana
La forma humilde y severa:
No brilla en su altar el oro,
Ni sus columnas de piedra
La vanidad entapiza
Con cortinajes de seda;
Pero en cambio en su recinto
Se respira la pureza
Que la religion inspira
Dulce, sencilla y modesta.
No hay mármoles ni hay alfombras
De ricas lanas de Persia,
Que ofrezcan muelle regazo
A la ostentosa opulencia;
Pero el pavimento cubren
Flores de frescura eterna,
Que cuando el tiempo las aja
La devocion las renueva.
Bajo su bóveda humilde
A los oidos no atruenan
De la profana armonía
Las seductoras cadencias;
Pero las aves canoras
Allí sustituyen tiernas,

A la armonía de los hombres
La melódia de las selvas.
No hay sacerdotes vestidos
De ricas y hermosas telas,
Ni en los paramentos santos
Brillan deslumbrantes piedras;
Pero un anciano Ministro
A quien la gente venera,
Oficia, pastor querido
De sus humildes ovejas.
Allí la razon humana
No cree, delirante y necia,
Que el santo Culto enaltece
Con las mundanas riquezas;
Pero la razon divina,
Sencilla, apacible y tierna,
Infiltra en los corazones
Su irresistible elocuencia.
Se quiso que tal Capilla
Fuera el lugar do de Elena
El Sacerdote cristiano
La triste union bendigera;
Y al amanecer el dia
Marcado para la fiesta,
De blanco el templo se viste,
Se encienden labradas velas,
Se cubre el altar con ramos
De nardos y de azucenas,
Y por el suelo las hojas
De blancas rosas se riegan.
La frescura se respira
Del aseo y la limpieza,
Y delicados perfumes
El santo recinto llenan.

Cuando aparecen los Novios
Y la comitiva llega,
Revestido el Sacerdote
En el altar les espera.
Entre todos se distingue
Con su blanca vestimenta,
Por su hermosura apacible
La desventurada Elena.
Hácia el altar se adelanta,
Pálida, triste y resuelta,
Llevando en su noble porte
La majestad de una reina;
Y postrada de rodillas
Medita en silencio ó reza,
Oraciones misteriosas
Que nadie á escuchar acierta.
Se hincan tambien á su espalda
Sus jóvenes compañeras,
En tanto que está su madre
Al lado aún de Lucena,
Y hablando de vez en cuando
Se explican de esta manera:

LUCENA.

No sé si debo, señora,
Confiar en ella ó nó;
Mirad, sufre cuando yo
Me creo tan feliz ahora.

LA MADRE.

Debilidades, Don Juan,
Teneis de amante celoso:
Do está el amor del esposo
Otros amores no están.

LUCENA.

Mal vuestro dicho asegura
Esa tristeza de Elena.

LA MADRE.

Poco comprendeis, Lucena,
La expresion de la ternura.
Extraño más bien sería
Que una pasion verdadera
Por expresion no tuviera
La dulce melancolía.

LUCENA.

Mas recordad un instante
Aquella amorosa historia.

LA MADRE.

Ayudad á mi memoria.

LUCENA.

La historia de aquel amante.

LA MADRE.

¿De Cárlos? Vamos, ya veo
Que estais celoso, Don Juan.

LUCENA.

Los amores que se van
Dejan siempre..........

La madre.

No le creo:
Esos amores de niño
El corazon no lastiman.

Lucena.

De niños que así se estiman
Es peligroso el cariño.
Si desde niños se amaron
Muy bien su amor comprendieron,
Pues que no porque crecieron
De su pasion se olvidaron.

La madre.

Esas conjeturas son
Que fundamento no tienen.

Lucena.

Sin embargo, las sostienen
Los hechos y la razon.

La madre.

Debe estar mal informado
Quien de esos hechos habló.

Lucena.

No he sido, señora, yo.

La madre.

Bien, pues os han engañado.

Mucho tiempo hace que Elena
Ningun amor atesora.

LUCENA.

¿Me lo asegurais, señora?

LA MADRE.

Os lo aseguro, Lucena.

LUCENA.

Me alegro, porque temía
Que mi pasion me engañara,
Y que algun fuego quedara
Donde aquel amor ardía.

Así siguió platicando
Con la señora, Lucena;
Él diciendo sus temores
Y contrariándolos ella.
Al fin, conforme y tranquilo
Ni teme ya ni recela,
Que poca razon convence
Al que en oirla se esfuerza.
Sus oraciones calladas
Termina la hermosa Elena,
Y resignada y humilde,
Y silenciosa y modesta,
En pié se pone, y seguida
De sus lindas compañeras
Adonde está Doña Clara
Con dulce apariencia llega.

Vamos, la madre le dice;
Vamos, Elena contesta;
Y hácia el altar nuevamente
Ya todos juntos se acercan.
En el recinto sagrado
Profundo silencio reina:
No se oye, como otras veces,
Cantar á las primaveras
Medio perdidas en lo alto
De las cornisas, ni suenan
Las campanas, ni se escucha
Lejana, triste y ligera,
Esa vaga melodía
De las solitarias selvas.
Todo calla: de una ojiva
Ventana por las vidrieras,
El sol sus ardientes rayos
Introduce, que, se quiebran
Luminosos en las blancas
Y flotantes vestimentas.
Alguno que otro paso
Que por el templo resuena,
Y el chisporroteo contínuo
De las encendidas velas,
Dan al profundo silencio
Cierta sombra de tristeza
Pavorosa, que intimida,
Y que cualquiera creyera
Un augurio desgraciado
De aquella union. Ya comienza
La ceremonia: el anciano
Ministro, cuya cabeza
Por el tiempo encanecida
Débilmente se doblega,

Levanta su noble frente,
Y su mirada serena
Apaciblemente fija
En la corta concurrencia.
Tomaos las manos, les dice
A los Novios: y Lucena
De la hermosa Niña al punto
La mano toma derecha.
—*Don Juan*, agrega el Ministro
Con voz de vigor llena,
¿Quereis á Elena Escalante
Por esposa y compañera?
—*Sí quiero*, Don Juan responde.
—*Y vos*, hablándole á ella,
Por compañero y esposo
Quereis á Juan de Lucena?
Siente Elena que la sangre
En su corazon se hiela,
Que su mirada se enubla,
Que sus párpados se cierran,
Que la fuerza la abandona,
Y que enmudece su lengua:
La palidez de la muerte
Su dulce semblante vela,
Y su delicada mano
En la de Lucena tiembla.

Con gran ansiedad el Novio
El sí preguntado espera;
Y sus amigas la miran,
Y la madre se impacienta.
Vuelve el anciano Ministro
A interrogarle, y Elena
Haciendo un sublime esfuerzo,
Alza un poco la cabeza,

Mueve los pálidos labios
Con marcada negligencia,
Y dice un *Sí* tan confuso
Y débil de tal manera,
Que sin ojos, los oidos
Muy mal oirlo pudieran.
Entónces el Sacerdote
Alza su mano derecha
Y, bendiciéndolos, dice:
Sed felices en la tierra.

Esas hermosas palabras
Con que bendice la Iglesia
A los que, amándose tiernos,
Al santo recinto llegan,
Como una amenaza horrible,
Como una ironía tremenda
Sonaron en los oidos
De la infortunada Elena.
De Don Juan tambien la sangre
Hubo de helarse en sus venas,
Cuando convencerse pudo
En la ceremonia aquella,
Que algun oculto misterio,
Que á comprenderlo no acierta,
Había de la hermosa jóven
En la profunda tristeza.
Al fin, el pequeño templo
Despejó la concurrencia;
Y poco despues entraron
En la casa de la Hacienda,
Las jóvenes, silenciosas;
Doña Clara, satisfecha;
La pobre Elena, abatida;
Y receloso Lucena.

CAPÍTULO DUODÉCIMO.

I

En las orillas del rio
Esperan ya las piraguas,
Que la comitiva llega
De vuelta para la casa.
La Novia entre sus amigas
Silenciosa se adelanta,
Y Lucena, pensativo,
A la señora acompaña.
Descienden por la colina
Que su pendiente degrada
Hasta tocar los cristales
De las trasparentes aguas.
Ya las hojas de amapola
Que el suelo do quier regaban,

Se pierden entre la arena,
Descoloridas y ajadas:
Y de los arcos de flores
Cuelgan ya las verdes ramas,
Como si del sol cayeran
Al rayo que las abrasa.
No se oye una ave que cante,
Ni rumor que al aire salga;
Duerme la brisa en el bosque,
Y es ardorosa la calma.
Las aguas del claro rio
Tan silenciosas resbalan,
Que si pasar no se viesen
No se creyera que pasan:
Y el sol sus ardientes rayos
Sobre los campos derrama,
Pues ni una nube en el cielo
Su luz explendente empaña.

Las dos piraguas, inmóviles
Cual si estuviesen clavadas,
Con sus toldos de verdura,
Con sus vistosas guirnaldas
De tulipanes que inclinan
Sus córolas encarnadas,
Tal parece que dormitan
Sobre el cristal de las aguas.
De vez en cuando se escucha
La tórtola enamorada,
Que allá perdida en el monte
Su triste querella canta:
Y entre el profundo silencio
Que el bosque y las selvas guardan,
El eco de sus lamentos
Cual dulce suspiro vaga.

En las nudosas higueras
Largos bejucos se enlazan,
Que en mil caprichosos giros
Suben y tuercen ó bajan.
Las ramas de los cipreses
Cuelgan hácia el suelo, lánguidas,
Sin que haya un soplo de viento
Que las agite: las palmas,
Saliendo de la espesura
Do elevan las copas altas,
Sus tendidos abanicos
En torno suyo derraman:
Y las hojas desprendidas
De las ceibas elevadas,
Formando un sordo murmullo
Al deslizarse hasta el agua,
Caen, y en el cristal del rio
Inmóviles sobrenadan.

Cubiertas por sus sombrillas
Al rio las jóvenes bajan,
Y á la sombra de unos sauces
Que inclinan sus verdes ramas
En la ribera, formando
Sombrosa y fresca enramada,
En vistoso grupo esperan
A Lucena y Doña Clara,
Que muy despacio caminan
Segun lo mucho que tardan.
Llegan al fin, pero encuentran
Solas allí las piraguas,
Y á los cuatro canoeros
Miran á corta distancia,
Que con algunos jarochos
Forman un grupo en la playa.

Nadie á comprender acierta
Ni lo que hacen ni lo que hablan;
Pero se mira un objeto
Que sacaron de las aguas
Sin duda, y del cual en torno
Con grande interes trabajan.
Las jóvenes, curiosas,
Y Lucena y Doña Clara,
Hácia el grupo se dirigen
Que la atencion les embarga;
Y cuando llegan, advierten
Que es una enorme lagarta
Con la que luchan los hombres
Que habían logrado sacarla.
Ya la tienen boca arriba;
Y con fuertes cuerdas atan
Sus blancos nervudos brazos,
Que se encojen ó se alargan
Haciendo esfuerzos inútiles
Para romper sus amarras,
Su larga boca de fiera
Con gran torpeza levanta
Y, retorciéndose, tira
Inútiles dentelladas.
Chocan sus dientes de un modo
Que aterroriza y espanta,
Cuando abre y cierra en la lucha
Sus mandíbulas pesadas.
Su blanco abultado vientre
Deja ver entre las patas,
Poniendo en tension los dedos
Las telas que los separan.
Cuando haciendo algun esfuerzo
Sobre su lomo apoyada,

Se retuerce á un lado y otro,
A los hombres que se afanan
Por contenerla, cual plumas
Los repele ó los arrastra.
Se ve terrible la fiera
En la lucha prolongada,
Sobre su lomo tendida
Mostrar al aire sus patas,
Con la cola removiendo
Las arenas de la playa.
Los hombres sudan á mares
Pues ya la lucha les cansa,
Y á cierta distancia observan
Las señoras asustadas.
Uno de los canoeros
Un grueso leño levanta,
Y tan furibundos golpes
Sobre la fiera descarga
Que, á poco, sus movimientos
Se entorpecen, cae pesada
Su cabeza, y cuando cierra
En sus postreras boqueadas
La boca, una espuma asoma
Espesa, babosa y blanca,
Entre los filosos dientes
De la desnuda quijada.
Ya no tiene movimiento!
La laxitud de sus patas
Que caen sin vigor, indica
Que ya la vida le falta.
Los canoeros, entónces,
Con un cuchillo de caza
Abrir procuran el vientre
Que su atencion tanto llama.

Las señoras se aproximan
Y se agrupan á su espalda,
Horror mostrando en sus gestos,
Curiosidá en sus miradas.
—*¿Qué vais á hacer?* al que opera
Le pregunta Doña Clara.
—*Vamos á ver los despojos*
Que en su enorme vientre guarda,
Dice el canoero alzando
Tan sólo un poco la cara.
—*¿Dónde pudisteis cogerla?*
—*Aquí mismo esta mañana*
Poco despues que salisteis
De la Hacienda hácia su casa.
En su operacion prosigue
Al mismo tiempo que habla,
Y con el cortante acero
La piel resistente raja.
Introduciendo el cuchillo
Hasta el puño, despedaza
Despues, cortando do quiera,
Las tripas, carnes y grasas.
Por la deforme abertura,
Que él con sus manos dilata,
Do asoman los intestinos,
Caliente vapor se exhala,
Y de sus bordes la sangre
Gota á gota se derrama.
Entónces mete su mano,
Hasta el puño ensangrentada,
Y por adentro registra
Los senos de la lagarta.
—*Aquí están, muy bien decía,*
(De pronto asustado exclama

El operante) *esta fiera*
Ha comido carne humana;
Mirad los huesos. Y al punto
Dos mondas canillas saca,
Que espanto y terror á todos
Los circunstantes les causan.
Se acercan más las señoras,
Mostrando en sus caras pálidas
El horror que les inspira
Aquella triste desgracia.
  Poco á poco el canoero
Va deponiendo en la playa
Los restos de todas formas
Que con gran cuidado saca;
Pero de pronto suspende
La operación, pues repara
Que á un hueso blanco y pequeño
Vistoso un anillo enlaza.
Cuando lo ven las señoras
Fijan en él sus miradas,
Que aquella encontrada prenda
Aun más su interés exalta.
El canoero lo limpia
Del líquido que lo empaña,
Y á la luz del sol, entonces,
Brilla una verde esmeralda.
  Elena que, indiferente,
Su vista fijaba lánguida
En la lagarta, en los hombres,
Y en los huesos que sacaban;
Elena que hablar oía
Sin escuchar las palabras,
Perdida en los pensamientos
Que por su mente cruzaban,

Se fija en aquel anillo,
Sus pupilas se dilatan,
La palidez de la muerte
Por su rostro se derrama;
Se abre paso, hácia el objeto,
Se acerca.... su mano alarga.....
Lo mira.... duda.... vacila.......
Sus ojos se desencajan,
Y dando un terrible grito
Que el eco entre la arbolada
Repite vago y confuso,
Cae de sentido privada.........

Aquella terrible escena,
Rápida é inesperada,
Sorprende á todos; la Novia,
Cual una azucena blanca
Que combatida del viento
Se desprendió de la planta,
Yace en el suelo; su velo,
Como una nube de plata,
En grandes tendidos pliegues
Su talle cubre, y su espalda;
Los negros bucles cayendo,
Sueltos y ondulantes vagan
Sobre sus sienes, velando
La palidez de su cara;
De su corona de vírgen
Las rosas se despedazan,
Los pétalos perfumados
Regándose por la playa.

Las jóvenes, sorprendidas,
Y Lucena y Doña Clara,
De Elena en torno se agrupan;
Cual leve pluma la alzan;

La sostienen, y en sus brazos
Cuidadosas la trasladan
De los lánguidos sauces
Á la sombra más cercana.
Allí cada cual procura,
Confusas y atolondradas,
Prestar sus auxilios prontos
A Elena, que inanimada
Yace aún cual si en su grito
Hubiera exhalado el alma.
Unas con agua del rio
Van á humedecer su cara;
Otras desprenden su velo;
Otras se apresuran, rápidas,
A dejar libres los broches
Del blanco trage de gasa
Que los contornos oprime
De su cintura delgada.
En estas operaciones
La débil tela se ensancha
Dejando del alto seno
Mirar las tintas nevadas.
Y advertir puede Lucena
Que se desprende una carta,
Cuya caida no advierten
Las jóvenes preocupadas.
Con prontitud la recoge,
Disimulado la guarda,
Y espera tener con ella
La explicacion deseada
Del doloroso secreto
Que su situacion amarga.

De pronto la pobre Elena
Un débil gemido lanza,

Y al oirla, en su socorro
Se empeña más Doña Clara.
Todos los ojos se fijan
En aquella frente helada,
Donde de la vida apénas
La débil sombra se marca.
Despues, como si de un sueño
La infeliz se despertara,
Arroja un triste suspiro,
Lánguidamente levanta
Los párpados perezosos,
Y entre las negras pestañas,
Vaga, perdida y confusa,
Se descubre su mirada.
Como impulsados sus miembros
Por alguna fuerza extraña,
Se incorpora; con sus manos
Los negros bucles separa
Que en desórden por sus sienes
Y por su frente divagan;
Y, sin oir de consuelo
Las cariñosas palabras
Que sus amigas le dicen
Y le dice Doña Clara,
Se pone en pié, como muerta
Que de la tumba se alzara,
Y mira por todas partes
Sin ver en su torno nada,
Con esa mirada fija
Que los ojos desencaja.
Sus amigas y su madre
La ven, aterrorizadas,
Sin acertar á explicarse
De todo aquello la causa.

Le hablan, y Elena no escucha;
Le hacen preguntas, y calla;
Pero en sus ojos indica
Que ya la razon le falta.

La contemplan sus amigas,
Derramando amargas lágrimas,
Y nadie á augurar se atreve
Ni consuelos, ni esperanzas.
Todas callan, y pendientes
De su accion y sus miradas,
Oir, aunque en vano, esperan
Que pronuncie una palabra
Que del misterio descubra
La incógnita desgraciada.
Al ver que Elena en silencio
Y en vié se mantiene pálida,
Desde luego acuerdan todas
Retroceder á la casa
Para prestarle el reposo
Que su situacion demanda.

Emprende la comitiva
Para regresar la marcha,
Yendo Elena silenciosa
Cual una hermosa fantasma,
De los brazos conducida
Por Lucena y Doña Clara.
Sus lánguidos ojos bajos,
Su frente al suelo inclinada,
En desórden sus cabellos
Por el rostro y por la espalda,
Del vaporoso vestido
Sueltas las ondeantes gasas,
Cualquiera en duda estaría
Si siente, si sufre y calla,

Ó si al llevarla, insensible
Se mueve como una máquina.
Ya las gentes de la Hacienda
Con el Cura las aguardan,
Que su no esperada vuelta
Los asusta y los alarma.
La comitiva en silencio
Llega, que el dolor no habla,
Y al entrar por los portales
Que conducen á la sala,
Nadie observa que un murciélago
Extiende sus negras alas,
Parándose sobre el quicio
De la puerta de la casa.

II

En saberse por el pueblo
No tardó lo acaecido,
Tan distinto colorido
Dando al hecho cada cual,
Que los últimos relatos
Que del suceso se hacían,
Más bien cuentos parecían
De algun Príncipe oriental.

Los unos aseguraban
Que el amante desdeñado,

Al Demonio, despechado,
Para vengarse invocó;
Y que éste, de un lagarto
Bajo la forma horrorosa,
Al esposo y á la esposa
Al encuentro les salió.

Que ojos de fuego tenía,
Y que el choque de sus dientes
Hacía temblar á las gentes
Que lo llegaron á ver;
Pues durante varias noches,
Entre la arboleda umbría
Dicen que se le veía
Despues del anochecer.

Que cual dos ascuas sus ojos
En la oscuridad brillaban,
Y del rio se agitaban
Las aguas en torno de él;
Y que al verlo, las lechuzas
Graznaban desde sus nidos,
Y daba tristes aullidos
El vigilante lebrel.

Que á gran distancia una peste
De azufre se percibía
Tan fuerte, que no podía
Hombre alguno respirar;
Y los árboles del rio
Rechinaban tristemente,
Si á su sombra lentamente
Él acertaba á pasar.

Que de las dos al oirse
La última campanada,
En una llama azulada
Se convertía el animal;
La cual vagaba un momento
Por el espacio sombrío,
O de las aguas del rio
Se elevaba en espiral.

Que al extinguirse, un murciélago
De la llama azul salía,
Y entónces desparecía
De pronto el lagarto aquel;
Y el murciélago volaba
Dando fantásticos giros,
Y se escuchaban suspiros
Siempre por donde iba él.

Que en la oscuridad profunda
Do el murciélago giraba,
El camino que tomaba
Nadie lo pudo saber;
Pero que todas las noches
La escena se repetía,
Pues el lagarto salía
Despues del anochecer.

Que al volver la comitiva
El dia del casamiento,
Sobre el agua, ceniciento,
El lagarto apareció;
Y que era tan horroroso
Su fiero aspecto, que Elena,
De temor ó espanto llena,
Muerta ó privada cayó.

Que los circunstantes todos
Tal miedo, al verlo, tuvieron,
Que ni adelante siguieron
Ni podían volver atrás;
Miéntras que el fiero lagarto
Fijamente los miraba,
Y en silencio se acercaba
Cada vez á ellos más.

Que vino el anciano Cura
De la Capilla cercana,
Con la estola y la sotana,
Con el hisopo y la cruz;
Y diciendo sus conjuros,
A la vez que los decía
Del lagarto se veía
Salir fatídica luz.

Y que de la luz aquella
Que un humo denso formaba,
Nauseabundo se exhalaba
Un olor de azufre y pez;
Hasta que dando un tronido
Que espanto causó y pavura,
Quedó del anciano Cura
Muerto el lagarto á los piés.

Que entónces los canoeros,
Que de su susto volvieron,
Con sus cuchillos abrieron
El vientre del animal;
Y que sacaron marañas
De pelos, huesos humanos,
Y calaveras de enanos,
Y un rico anillo nupcial.

Aquesto por todas partes
El necio vulgo decía,
Y el hecho se refería
Con tan diverso disfraz,
Que hasta la gente sensata,
En mil corrillos hablando,
Miéntras más se iba informando
Dudaba cada vez más.

De Veracruz mucha gente
En Medellin se encontraba;
Que era Domingo y finaba
La temporada en el mes;
De manera que los jóvenes
Que la historia aquella oían,
Por burla la referían
Aumentándola á su vez.

Los que por aquella parte
Del rio se encaminaban,
Al regreso aseguraban
Que habían ellos visto bien,
Al lagarto destrozado
Sobre la opuesta ribera,
Los huesos, la calavera,
Y la sortija tambien.

Y del asunto se hablaba
En las calles y en las plazas,
En las fondas y en las casas
Con tal generalidad,
Que para saber lo cierto
De tan varias narraciones,
Algunas indagaciones
Quiso hacer la Autoridad.

De ellas, al fin, resultaron
Lo que saben los lectores,
Y la sortija mayores
Luces al Alcalde dió;
Pues al verla una persona,
Saberse pudo por ella,
Que á Cárlos Sigüenza aquella
Sortija perteneció.

Y á medida que tal hombre
En el suceso sonaba,
El hecho más se aclaraba
Confirmándose á la par;
Pues varios de los amigos
De Sigüenza aseguraron,
Que desde el dia en que cenaron
No regresaba á su hogar.

Y Brito que se encontraba
En Medellin ese dia,
Lo que de Cárlos sabía
Desde luego declaró;
Y aseguró que del rio
En una loma cercana,
A la siguiente mañana
El caballo se encontró.

Duda ya no se tenía,
Y con sentimiento harto,
De que del fiero lagarto
Cárlos la víctima fué;
Mas del misterio profundo
Que aquella muerte envolvía,
Nadie comprender podía
El ignorado por qué.

La desgraciada noticia
De tan desastrosa muerte
Causó en el pueblo tan fuerte
Dolorosa sensacion,
Que las fondas sus alegres
Francachelas suspendieron,
Y las gentes no acudieron
A ninguna diversion.

Y los amigos de Cárlos
Al instante se juntaron,
Y sus restos acordaron
Esa tarde sepultar.
Y de la iglesia del pueblo
Hicieron luego que al frente,
Un sepulcro prontamente
Se empezase á edificar.

CAPÍTULO DÉCIMOTERCIO.

I.

El sol por el Occidente
Se oculta ya, y con tristeza
Se oye que tocan á muerto
Las campanas de la iglesia.
La tarde está silenciosa,
Y del crepúsculo incierta
La luz, con la oscura sombra
Se va confundiendo á medias.
Las aves pausadamente
Por los aires atraviesan,
Y en pos del oculto nido
Mústias y calladas vuelan.
Y las flores y las plantas
Enmudecen macilentas,

Como si el postrero rayo
Del sol las adormeciera.
Un solo soplo de brisa
No viene á agitar la yerba
Que, humilde, del templo crece
En las antiguas almenas;
Y asomando silenciosas
Las lechuzas aletean
Del muro entre las ruinas
O en los huecos de las peñas.
Es la hora en que del dia
Todos los ruidos cesan,
Y en que de la oscura noche
El triste rumor empieza;
La hora en que todo calla
Porque las sombras despiertan,
Y en que la luz se confunde,
Huyendo, con las tinieblas.
La blanca luna en el cielo
Aun á alumbrar no acierta,
Pues las tintas del crepúsculo
Débil claridad proyectan.
De Medellin por el pueblo
No se ven las carretelas
Cruzar las polvosas calles
Con bulliciosa carrera:
No hay alboroto en las fondas;
Solas están las roletas;
Y en las verdes enramadas,
Sentadas frente á sus puertas,
La familias, conmovidas,
Del triste asunto conversan.
A lo largo de la calle
Que llaman de "Concha-perla,"

Una procesion luctuosa
Se encamina hácia la iglesia.
Con la Cruz y los ciriales,
Que tres acólitos llevan.
Un Sacerdote preside
La callada concurrencia.
El ataúd, adornado
Con negras cintas de seda,
Va cerca del Sacerdote
Que mústio y callado reza;
Y luego los que acompañan
Formados en dos hileras,
Van en silencio alumbrando
Con grandes hachas de cera.
La fúnebre comitiva,
Llena de duelo y tristeza,
Tan silenciosa camina,
Que el rumor tan sólo suena
De sus monótonos pasos,
Y el chisporroteo sin tregua
De las vacilantes flamas
En las encendidas velas;
Cuya luz, las vagas sombras
Oscuras y gigantescas,
De los concurrentes todos
Sobre el camino proyecta.
Al templo la comitiva
Muda y dolorosa llega......
Ya las campanas callaron;
Profundo silencio reina;
Y miéntras los circunstantes
Al Sacerdote se acercan,
Y en actitud respetuosa
Al negro ataúd contemplan,

El Ministro sus responsos
Entona con voz severa,
O la oracion de difuntos,
Triste y en silencio, reza.

Entre aquella comitiva
Que al negro ataúd rodea,
Dos jóvenes en voz baja
Platican de esta manera:
—¿Quién, Luis, ántes de anoche
¿Te acuerdas? ¡qué diferencia!
Pudo creer que en la tumba
Hoy nuestro amigo estuviera?
—Quizá, Lúcas, te refieres
A la noche de la cena.
—Cabalmente, ¡cuán contento
Estaba Cárlos! ¿te acuerdas?
Lúcas quedó pensativo
É inclinada la cabeza,
Como si en su noble frente
El grave peso sintiera
De alguna memoria horrible
Por dolorosa ó funesta.
Luego le dice á su amigo:
Le fué la fortuna adversa;
La superstición cumplióse;
Éramos trece en la mesa,
Y en un imprudente brindis,
Que tú quizá no recuerdas,
Se dijo: "Observo que somos
Trece, y el temor me arredra
Porque es número fatal
Y algo á alguno se le espera:
Propongo en aquesta casa
Estar hasta que amanezca,

Y si morir pronto debe
Alguno, que todos beban
Porque toque al que ántes salga
Ser el infeliz que muera."
—Es verdad: todos bebimos.
—Y despues, Cárlos Sigüenza
Dijo: "Si de los que estamos
Morir á alguno le espera,
Yo bebo por él, señores;
Y propongo á los que cenan
Que el entierro se le haga
Solemne en cuanto se pueda,
Y por trofeo se le ponga
En su tumba una botella."
—Es verdad, y el pobre Cárlos
De aquella horrorosa cena
Fué el primero que salió.
—Y se cumplió su propuesta.
—Castigo de Dios ha sido
Por nuestra burla blasfema.
—Todos bebimos.—Es cierto.
Los dos pensativos quedan,
Revelando en su semblante
La honda y terrible pena
Que por la muerte de Cárlos
Los disgusta y los aqueja.
A poco miraron ambos,
Hácia un lado de la iglesia,
Medio oculto entre la sombra
A un personaje, que observa
Callado los pormenores
De la ceremonia aquella;
El cual, al ver que lo miran
Se recata y se reserva,

Deslizándose en silencio
Hasta llegar á la puerta.
—¿*Quién es aquel?* dice Lúcas.
—*Me ha parecido Lucena,*
Observando al que salia,
Su amigo á Lúcas contesta.
Y en ese mismo momento
Todo en silencio se queda;
La ceremonia termina;
Se apagan todas las velas,
Y el templo los circunstantes
Por todas partes despejan.
Al ataúd ya tan sólo
Algunos jóvenes llevan
Al inmediato sepulcro
Que, hácia la parte de afuera
Del templo se levantaba
Casi al nivel de la tierra.....

. . . .

Cuando la losa los restos
Cubrió de Cárlos Singüenza,
Daba el clamor de las ocho
La campana de la iglesia.

II

En el mismo momento en que sombrío
El entierro la calle atravesaba,
Una escena tristísima pasaba
Allá en las aguas del tranquilo río.
La comitiva triste y lastimera
Que á la infeliz Elena acompañaba,
Lentamente bajaba
A la undosa ribera;
Y en silencio las jóvenes llegando,
Por el mudo dolor que las sofoca,
A la luz indecisa de la luna
En la piragua entraban una á una
Con Doña Clara y con la pobre loca.

No hay un solo rumor, y vagaroso
Ni al aire se oye murmurar siquiera;
Inmóvil se levanta la palmera,
Y triste y silencioso
Derrama el sauce su ramaje umbroso
De trecho en trecho en la feraz ribera.
Límpida el agua del tranquilo río,
Por las ceibas gigantes sombreada,
Reproduce las tintas del vacío;

Y entre la linfa bella,
Como en espejo de luciente plata,
La vespertina fulgurante estrella
Con el azul del cielo se retrata.

De la luna indecisa la luz pura
Débiles sombras donde quier formando,
Por la atmósfera extensa se dilata;
Se quiebra de la peña en la hendidura;
O del cerrado bosque en la espesura
Por las ramas abiertas penetrando,
Llega al fondo, de lo alto suspendida,
En luminosos rayos dividida.

Lejano, á veces, el ladrido se oye
Del perro de la choza, y de los grillos
El chirrido metálico y constante;
Y de los roncos sapos y las ranas
Que en la ribera habitan
Y al agua en saltos mil se precipitan,
El vocerío incesante.

En la choza que se alza en la ladera
Del escarpado monte ó la colina,
Se ve brillar la vacilante hoguera;
Y á la rojiza luz con que ilumina
El hogar apartado,
Confusos y distantes,
Bajo el techo pajizo del tinglado
Como sombras se ven los habitantes.

Melancólica y triste está la noche;
Y los jazmines que en la márgen crecen
Agrupados al pié del "llorosoche"

O del laurel sombrío,
Al tibio ambiente lánguidos se mecen,
O inclinan mústios el nevado broche
Sobre las aguas del callado rio.

La piragua resbala silenciosa
Por el cristal luciente,
Y al impulso que opone la corriente,
Gime ondeante el agua y temblorosa
Con la prora chocando diligente.
Sentadas en el débil barquichuelo
Y á Elena rodeando conmovidas,
Van las señoras, de profundo duelo
É inconsolable pena poseidas:
Hermosa la infeliz como ninguna
En su mudo y constante desvarío,
Ora levanta su mirada al cielo
Y en el disco la fija de la luna,
Ora la vuelve con marcado anhelo
Al sosegado rio;
Y la luz que desciende con tristeza
Y en el cristal del agua centellea,
Exaltando su pálida belleza
Sobre su trage de crespon blanquea.

Alguna vez el fúnebre silencio
Interrumpe en su afan la pobre loca,
Y en tono misterioso,
Como el del hombre que en la tumba evoca
Recuerdo doloroso,
Dice agitada y con la faz sombría:
Yo atajaré su voluntad cruel;
Y el sol, te lo aseguro vida mia,

De ambos á uno alumbrará ese día
A mí en la tumba ó en la tumba á él.

Luego calla otra vez; sus brazos cruza
Sobre su pecho, que el dolor agita;
Inclina, taciturna, la cabeza
Y silenciosa, al parecer, medita.
Vuelve á poco á elevar la faz doliente,
Y busca por doquier con su mirada
El disco de la luna refulgente.
Allí debe de estar, dice en seguida;
Allí debe de estar, en mi encuentro;
Y era yo la esperanza de su vida;
Partir debo con él, las doce ya dieron;
Quitadme estos adornos que la causa
¡Ay! de mi angustia y de su enojo fueron.
Y al decir, con sus manos se desgarra
De su trage la tela vaporosa,
Y lanzarse pretende de su asiento
Al líquido elemento.

Sus amigas al punto la sujetan,
Y su madre, llorosa,
La acaricia y la besa cariñosa.
Dejadme ya partir, vuelve la loca
A decir, sus esfuerzos repitiendo;
Ved que la noche en su veloz carrera
Va con su sombra por doquier huyendo
Y el pobre Cárlos á las dos me espera.

Doña Clara, pensando que sería
Más conveniente allí para calmarla
En nada contrariarla,
Vamos, vamos, Elena, le decía,

Cese ya tu amargura y tu quebranto;
Te espera cariñoso,
No perturbes tu calma y tu reposo
Ni te conmuevas y te agites tanto;
Anúnciale que llegas,
Y que al recuerdo de su amor te entregas
Con los acentos de tu dulce canto.
La pobre loca al parecer no oía
Lo que su madre conteniendo el llanto
Y haciéndole caricias le decía,
Y á sus esfuerzos sin cesar volvía
Llenando á todas de terror y espanto.

Hubo un momento en que de aquella lucha
Cediendo á los esfuerzos, fatigada,
Se quedó taciturna y pensativa
En sus vagos recuerdos concentrada.
Con el negro y undívago cabello
Que el ambiente en desórden esparcía
Sobre su hermoso alabastrino cuello;
Con su pálida faz, y su mirada
A la par melancólica y sombría;
Con la luz de la luna que, brillando
Sobre la blanca gasa que envolvía
Aquel contorno de delicias lleno,
Por la tela rasgada descubría
Las bellas formas del nevado seno;
Y en su actitud callada y silenciosa,
La imágen del dolor, tierna y hermosa,
La desgraciada Elena parecía.

Su madre y sus amigas la miraban
En tan tristes momentos

Y, calladas y atentas, observaban
Con terrible ansiedad sus movimientos......

....

Cual si nadie estuviese en torno suyo,
La mejilla en su mano descansando,
Alza, á poco, su voz como el arrullo
De tórtola que canta suspirando;
Y en la dulce y sentida melodía,
De encanto al par que de amargnra llena,
La pobre loca, la infeliz Elena,
Así al objeto de su amor decía:

Declinando la luna,
Vierte callada
Su luz ya sobre el techo
De la enramada.
Ven, amor mio,
Que á la orilla te espero
Del claro rio.

Las sombras de la noche
Pasan ligeras,
Y suspiran las auras
En las palmeras.
Y en los jardines,
Duermen las blancas rosas
Y los jazmines.

Todo en calma reposa:
Ven, amor mio,
A la márgen undosa
Del claro rio.
De amores muero:

Ven que en tus negros ojos
Mirarme quiero.

Van las horas pasando
Una tras una,
Y á occidente declina
Triste la luna.
Y sus postreros
Blancos rayos arrojan
Ya los luceros.

¿Por qué tardas mi amado
Cuando te espero?
Mira que si no llegas
De amores muero.
Ven, dueño mio;
Que en la márgen te espero
Del claro rio.

Murmuran blandamente
Los cocotales,
Y los cocuyos vuelan
Por los rosales.
Ya llega el dia
Y despiertan las aves:
Ven, alma mia.

Era tan dulce el amoroso acento
Con que Elena entonaba
La sentida cancion que daba al viento,
Que Doña Clara, oyéndola, lloraba,
Pues sin duda á su pecho destrozaba
El puñal de un atroz remordimiento.

Las amigas de Elena la veían,
Miéntras triste cantaba, con ternura;
Que en su faz dolorosa descubrían
Y en los acentos que en silencio oían
El orígen fatal de su locura.

La pobre loca con afan cantaba,
Y aunque de vez en cuando enmudecía,
Cuando á la luna su mirada alzaba:
Su interrumpido canto continuaba
Y los últimos versos repetía:
Ya llega el dia
Y despiertan las auras:
Ven, alma mia.

En tanto la piragua, resbalando
Sobre el terso cristal de su camino,
Los campos hácia atrás iba dejando,
En silencio avanzando
Hácia el punto final de su destino.

Ya las luces del pueblo, vacilantes,
Entre el bosque se ven diseminadas
Como estrellas que brillan inconstantes;
Y, tristes y sombrías,
Como chozas flotantes
Sobre el agua en desórden agrupadas,
De los baños se ven las enramadas.
Ya la casa de Elena se descubre,
Blanqueando sus muros en la altura
Medio perdidos en la sombra oscura
De las grandes higueras,
De los verdes frondosos tamarindos
Y del cerrado bosque de palmeras.

Todo se encuentra en silenciosa calma;
Y los acentos de la pobre loca
Que algo tienen de lúgubre y sombrío,
Vagan perdidos por el hondo rio
O el murmurio del bosque los sofoca.

¡Quién pudiera creer, cuando salía
De la mansion aquella
La comitiva con la novia bella,
En la misma mañana de ese dia,
Tan festiva y alegre y bulliciosa,
Que al volver en la tarde con la esposa
Tan triste y silenciosa volvería!
. . . .
Al tocar la piragua en la ribera
La loca, que en su canto proseguía,
Salta á la playa rápida y ligera;
Su madre y sus amigas la detienen
Ligeramente por entrambos brazos,
Y el descompuesto trage le sujetan
Que del talle gentil cuelga en pedazos.

La rápida pendiente que del rio
A la casa separa en la ladera
Del elevado cauce, tristemente
Sube la comitiva dolorosa;
Y á la luz que la luna derramaba
Suspendida en el cielo y silenciosa,
Nunca á Elena, que humilde caminaba,
Ni más triste se vió ni más hermosa.
Sus negros rizos, que en desórden caen,
Su espalda cubren y del blanco seno
Velan un tanto las turgentes formas
Que los girones del flotante trage

Descubiertas dejaron; su semblante,
Por la sombra bañado de la muerte,
Entre el negro cabello
Y á la luz de la luna se le mira
Pálido al par que doloroso y bello.
Cantando siempre con tenaz porfía
Y caminando cual flotante sombra,
Al subir, entre todas, la ladera
Que á la puerta conduce de su casa,
Los negros ojos y la frente inclina,
Sin ver en torno suyo lo que pasa,
Sin tener la conciencia que camina.

Los ecos de su canto, modulados
Por los murmurios del cercano bosque,
En el cauce sombroso se dilatan;
Y á lo léjos, la dulce melodía
Vaga repite entre el rumor confuso
Que forma el viento en la extension vacía:
Ya llega el dia
Y despiertan las auras:
Ven, alma mia.

III

Encumbrando
Las señoras
La pendiente
Encrucijada,
Y llegando
Ya, en silencio,
A las puertas
De la casa,
De un cercano
Bosquecillo
De naranjos
Y de acacias,
Que los rayos
De la luna
Intercepta
Con sus ramas,
Salir oyen,
Con sorpresa
Una horrible
Carcajada.
Al momento
Vuelven todas
Hácia el sitio
Sus miradas,

Y espantoso
Ven á un negro
Que en la sombra
Se recata,
Y que luego
Se retira
Al abrigo
De las ramas,
Entre dientes
Murmurando
De la loca
Las palabras:
Ya llega el dia
Y despiertan las auras:
Ven, alma mia.

¿Quién es ese?
Con enojo
Interroga
Doña Clara;
Y las niñas,
Con desprecio
Viendo al negro
Que se aparta,
Es un loco
Le responden,
Y en silencio
Y cabisbajas
Entran luego
Todas juntas
Por las puertas
De la casa.

IV.

En aquesa misma noche,
A las nueve ó poco más,
Por el tendido camino
Que corre en el Espartal,
De la luna macilenta
A la tibia claridad,
Dos ginetes, cual dos sombras,
El llano cruzando van.

Galopa el uno callado:
El otro á su lado va;
Y ni el uno se adelanta
Ni el otro se queda atrás.
El uno va bien vestido,
Monta un caballo alazan,
Y en su actitud se conoce
Que marcha á su voluntad.
El otro un caballo monta
Negro como el alquitran,
Y áun más negro que el caballo
Es el color de su faz:
Viste un blanco calzoncillo
Y camisa de percal,
Con las mangas remangadas
Y echado el cuello hácia atrás;

Un sombrero, ya raido,
De paja de Panamá
Cubre en parte su cabeza
Hasta el ángulo frontal:
Monta en pelo su caballo
Que es ligero por démas,
Pues con sus patas no toca
Ni el piso por donde va.

El ginete que galopa
Más delantero, al notar
Que el otro no se adelanta,
Y que con marcado afan
Va caminando á su lado
Como una sombra tenaz,
Le dice:—*Observo que llevas*
La misma ruta.—Sí tal.
—Yo á Veracruz me dirijo.
—Y yo voy á Malibran.
—Si quieres pasar, prosigue.
—Voy bien al paso que vais,
A no ser que os incomode
El que os quiera acompañar.
—A mí nada me incomoda;
Puedes seguir como vas.
....
Un momento de silencio
Los dos guardaron al par;
Y á poco al que va adelante
Vuelve á decirle el de atrás:
—En Medellin, me supongo,
Sabreis lo ocurrido ya.
—Dímelo tú cual lo sabes.
—Está muy bien; escuchad:

Tenía amores Doña Elena
Con un jóven, con un tal
Don Cárlos, desde hace un año
O tal vez desde hace más;
Mas vino otro pretendiente
Que la quería.—Es verdad.
—Y como ese otro tenía,
Segun dicen, gran caudal,
No dudó la madre un punto
Con quien la debía casar.
Sacrifica al pobre Cárlos,
Y engaña al nuevo galan
Diciéndole que la jóven
Estaba libre.—Es verdad.
—Se concertaron las bodas
Por la madre, sin contar
De la desgraciada hija
Con la libre voluntad.
La tristeza de la novia
Pudo notar el galan,
Y á la madre sus temores
Húbole un dia de indicar;
Mas la madre, caprichosa,
Falsa, hipócrita y tenaz,
De Elena al novio asegura
El cariño sin igual,
Y lo persuade y lo empuja
Al sacrificio.—Es verdad.
—Bajo la presion Elena
Del mandato maternal,
Mas sucumbiendo en la lucha
A su dulce y tierno afan,
A su desgraciado amante
Le escribe en hora fatal,

Y en la carta que le escribe
Le cuenta del pe al pa
Los proyectos de su madre
Y su terrible ansiedad.
Cárlos al punto se viene
A Medellin para hablar
Con Elena, que á esperarlo
Se ha comprometido ya.
Eran las dos cuando el jóven
Pudo á la orilla llegar
Del rio, mas esa noche
Se hallaba en estado tal
Por la creciente, que en vano
Hubiera sido intentar
Atravesarlo: impaciente
Por esa contrariedad,
Cárlos le ofrece al Demonio
Su alma si á pasarlo va.
—¿Pero cómo sabes eso?
—Escuchadme lo demas:
Ayuda dióle el Demonio,
Y Cárlos pudo pasar
Al otro lado, do Elena
Con grande impaciencia ya
Lo esperaba: se estuvieron
Una ó dos horas ó mas
En amorosos coloquios,
Y pudieron concertar
Para la siguiente noche
La fuga; mas por su mal,
El Demonio nunca olvida
Lo que se le ofrece, y ¡zas!
Al jóven cuando volvia
Le echó el guante al repasar.

El rio. La Pobre Elena
Lo esperó con tierno afan
Toda la siguiente noche,
Y á la madrugada ya,
Casi cuando la esperaba
La ceremonia nupcial,
Escribió un billete á Cárlos
Diciéndole que al entrar
La noche, estaría ella lista
Para fugarse.—Es verdad.
—Fué en la mañana á casarse
Con el segundo galan,
Y en la iglesia todavía,
Éste, de Elena al notar
El profundo abatimiento
Y la tristeza mortal,
Lleno de duda y temores
Con la madre volvió á hablar;
Mas la madre, caprichosa,
Falsa, hipócrita y tenaz,
Le pondera de su hija
El cariño sin igual,
Y lo convence y lo empuja
Al sacrificio.—Es verdad.
¿Pero eso, cómo lo sabes?
—Escuchadme lo demas:
Tuvo efecto el casamiento,
Y del templo al regresar,
Ven que á una enorme lagarta
Los canoeros están
Descuartizando en la playa
Del rio: por curiosidad,
Todos los acompañantes
Y la Novia y el galan,

Esto és, el pretendiente,
El amante, digo mal,
El marido de la jóven
Que se llamaba Don Juan,
La operacion que se hacía
Se acercaron á mirar;
Y vieron que se extraían
Del vientre del animal
Huesos humanos: Elena
Debió, sin duda, notar
Que aparecía entre los huesos
Una sortija.—Es verdad.
—Que en prenda Cárlos tenía
De su amor: esa fatal
Ocurrencia, á la muchacha
Le vino al punto á aclarar
De su situacion horrible
La horrible fatalidad;
Y al punto cayó privada
De sentido: para dar
Auxilio á la pobre jóven
En su desmayo mortal,
Sus amigas y su madre
Riegan con agua su faz,—
Y al aflojar sus vestidos,
Pudo el marido observar
Que una carta de su seno
Se desprendía: fué fatal
Sin duda su contenido,
Porqne al leerla Don Juan,
Que sin observarlo nadie
La recogió.....—Es verdad.
¿Y quién te dijo tal cosa?
—Escuchadme lo demas;

Dejó á la madre y á Elena,
Qae estaba loca de dolor,
Con el ánimo resuelto
De no verlas ya jamás.
De Medellin el camino
Tomó con celeridad,
Y entrando en la iglesia pudo
El entierro presenciar
Que de los restos se hacía
De su infelice rival.
Con la intencion en seguida,
De marcharse á Yucatan
Donde ignorado pudiera
Su atroz desgracia ocultar,
De Veracruz el camino
Tomó en seguida Don Juan.
—Pero tú, dime, ¿quién eres?
¿Cómo has podido indagar
Esa historia?—Si quereis
Que la termine, callad:
Cárlos pudo con Elena
Ser feliz como él que más,
Y ejemplos de buen esposo
Y de amante padre dar.
Elena pudo con Cárlos
Gozar de felicidad,
Y ser excelente madre,
Y ser esposa ejemplar.
Y ambos, al fin de la vida
En dulce y tranquila paz
Pudieron llegar contentos
Y felices.—Es verdad.
—Pero vino á interponerse
Con su pretension tenaz,

Quizá por sólo un capricho
O por orgullo quizá,
Don Juan, que el amor de Cárlos
Nunca lo pudo ignorar,
Pensó encontrar buena esposa
En una amante desleal,
Y en la desventura ajena
Su propia dicha encontrar.
¡Infeliz! del infortunio
Abrió la puerta fatal
Para toda esa familia
Y para él.—Es verdad.
—Hizo de una madre buena
Una madre criminal;
Y por vanidad ú orgullo,
Por capricho ó liviandad,
A Cárlos trocóle el mundo
En un espantoso erial
Y lo arrojó, ya cadáver,
En las garras de Satán.
Hizo de Elena, virtuosa
Y humilde en su mocedad,
Una criminal amante
Y una esposa desleal,
Pues la empujó á la deshonra
Y en pos de la muerte va.
El mónstruo que las ajenas
Venturas vino á turbar,
Ese Don Juan que en su fuga
Mústio y cabizbajo va
Por el mal que á todos hizo
Con su pretension tenaz,
Sois vos.—¿Y cómo lo sabeis?

—Pues escuchadme: sé más.

. . . .
. . . .

Desesperados corriendo
Aún los ginetes van,
Mas lo que ambos platican
No puede escucharse ya.
Como dos sombras de léjos
Se ven en la oscuridad
Del bosque, pues por "Moreno"
Acaban ya de pasar.
Cualquiera se asustaría
Al verla la velocidad
Con que en la sombra se pierden
Los dos jinetes, y más
Si poniendo atencion viese
Que en su carrera, el de atrás,
Echando chispas de fuego
Por todo el camino va.

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO.

I

Las doce de la noche: triste y sola,
Acompañando á Elena en su recámara,
Oye sonar las horas lentamente
En su infortunio inmenso Doña Clara.

Las terribles escenas de aquel dia
Cual sueño horrible por su mente pasan,
Y á comprender en su dolor no acierta
La realidad de desventura tanta.

El rudo golpe del adverso sino
En flor desvaneció sus esperanzas,
Como del cielo á las rosadas nubes
Disipa el viento en las regiones altas.

Ayer aún al porvenir veía
Ofrecerle un Edén en lontananza,
Y el infortunio sus oscuras sombras
Hoy en su torno por doquier derrama.

Hay en el mundo vengador un ángel
Que silencioso é invisible vaga,
Y las acciones de los hombres mide,
Y los castiga con sus propias faltas.

Pues nada impune para el hombre queda
En el camino de la vida humana;
Y todo plazo, por su mal, se cumple;
Y toda deuda, por su mal, se paga.

Por eso el rico que miró al mendigo
Con desden orgulloso en su desgracia,
Mendigo como él, por otros hombres
Humillado tambien se ve mañana;

Por eso el hijo inobediente un dia
Que honrar no supo las paternas canas,
Encuentra luego entre sus propios hijos
Inobediencia y decepcion amargas.

Por eso aquel que del honor ajeno
Hizo un objeto de sarcasmo ó gracia,
Mañana mira que en su propia honra
Su lengua viene á castigar su infamia,

Por eso aquel que en la propicia suerte
Miró á los otros con soberbia vana,
Despues desciende de su inmensa altura
Y hasta el desprecio de los otros baja.

Por eso el hombre que turbó egoista
La dulce paz y la ventura extraña,
Despues encuentra quien su propia dicha
Venga á turbar y su envidiable calma.

Alguna vez hasta nosotros llega
Batiendo ese ángel sus flotantes alas,
Y en la vigilia de la noche oimos
La grave voz con que al llegar nos habla.

Y á esa voz, con el lenguaje humano,
"Conciencia" el hombre en su delirio llama,
Y á los castigos que su mano impone
Les llama el hombre, en su dolor, "desgracia."

Aquesa fuerza que á la humana fuerza
Sobrepuja en poder y se adelanta,
Lo mismo al templo ó al palacio llega
Qua del pobre infeliz á la cabaña.

A la nacion lo mismo poderosa
Que al pueblo débil y apartado alcanza,
Y al hombre oculto de la rica Europa
Como al pobre esquimal de la Groenlandia.

Y poderosa é invisible y justa,
Al fuerte abate ó al mendigo ensalza,
Pues con su mano inexorable hiere
Al esclavo servil como al monarca.

Quizás es ella la que guió las naves
De Herman Cortés á mi querida patria;
La que despues debilitó la fuerza
De la invencible y poderosa España.

Quizás es ella la que alzó en un tiempo
Al culto pueblo de la culta Francia,
La que en seguida levantó su sepulcro
De Santa Elena en las remotas playas.

Quizás es ella la que armó los brazos
Y aliento dióle á las patricias armas
Que de ruinas, por doquier, llenaron
El suelo hermoso de la hermosa Italia.

Ni pueblo puede ni mortal alguno
A esa fuerza ocultar sus propias faltas,
Pues á la accion y al pensamiento llega,
Y al pensamiento y á la accion alcanza.

Tal vez por eso con rigor castiga
A la madre cruel en Doña Clara,
Que de su hija el porvenir inmola
Al precio vil de la codicia avara.

Para ella todo las riquezas eran,
Nada el amor y las virtudes nada,
Y aquesa union que el corazon la forma
Quiso con oro en su ambicion formarla.

¡Miserable ambicion que sacrifica
Las afecciones del amor más caras,
Y que de esposa á la mujer convierte
En infeliz y envilecida esclava!

¡Miserable ambicion la que por oro
La paz inmola y la quietud del alma,
Como si el oro al corazon llevase
Lo que en la vida el corazon reclama!

Víctima débil que al rigor materno
Del sacrificio se inmoló en el ara,
La pobre Elena se marchita y muere
Como la flor que el huracan arranca.

De la demencia en el terrible insomnio
Las tristes horas de su vida pasa,
Y con su madre, que al mirarla llora,
Se encuentra sola en la callada estancia.

A veces triste y cabisbaja queda,
Fija en el suelo la feroz mirada,
Como si al paso un pensamiento horrible
Venido hubiese á perturbar su calma.

A veces del asiento, silenciosa
Cual si sola estuviese, se levanta,
Y por el cuarto con afan camina
Procurando llegar á la ventana.

Allí tras de la reja con empeño
Para el campo dirige sus miradas,
Como si á alguno con afan buscase
Del bosque umbroso entre las sombras vagas.

Y fija su atencion, y se horroriza
O se conmueve dolorida su alma,
Cual si creyera apercibir suspiros
En el triste rumor de la campaña.

Despues se vuelve donde está su madre,
La mira con horror, y se adelanta
Con una mano señalando al rio,
Con la otra alzando su flotante falda.

Oid, le dice, el dolorido acento
Con que en su triste situacion me llama:
Espera, espera; en tu socorro vuelo
Que soy el ángel que tu vida guarda.

Y ligera en seguida hácia la puerta,
Salir queriendo, en su dolor se lanza;
Y la madre lo impide, y en la lucha
Ambas se esfuerzan y se agitan ambas.

¡Oh! dejadme salir, dice la loca;
Dejadme que pronto á su socorro vaya......
Y despues, serenándose algun tanto,
Sin duda juzga que á su amante le habla.

Pero mira, no temas, le decia,
Una mano tomando á Doña Clara,
Mi amor tú eres y tambien tú solo
El tierno objeto de mis tiernas ansias.

¡Qué nos importa que el destino impio,
Que el cielo hermoso de mi vida empaña,
Me imponga, Cárlos, que tu amor olvide
Si te amo tanto como tú me amas!

Deja que alegre tu semblante mire;
Deja que tierna te contemple mi alma;
Y enamorada y delirante y ciega,
Iré contigo por doquier que vagas.

No desesperes, por piedad, bien mio;
Todo el cariño y el amor lo alcanza:
Dame tu mano que besarla quiero;
Vuélveme, Cárlos, tus caricias blandas.

El dulce acento de efusion tan tierna
Escuchaba en silencio Doña Clara,
Procurando calmar con sus caricias
De aquel delirio la expresion amarga.

Todo de ambas reposaba en torno;
Sólo las dos en su dolor velaban;
Y entre las sombras del cercano bosque
Se oian por fuera murmurar las auras.

La noche estaba pavorosa y triste;
Y áun la loca en la callada estancia,
Creyendo estar con su querido amante,
De su infortunio y de su amor hablaba.

Cuando á lo léjos, indecisa y dulce,
Se oye una voz que enternecida canta,
Y que se pierde y se apercibe luego
Como un rumor que por los aires vaga.

¿Qué voz es esa que á la pobre loca
Tanto le aflige y la atencion le llama,
Pues al dintel de la ventana escucha
Y, temblorosa, se arrodilla y calla?

Quizá es la de álguien que á su casa torna
Y por la calle solitaria pasa,
Pues del que canta la cancion sentida
La voz se escucha cada vez más clara.

Y á poco se oye el dolorido acento
Tan perceptible de la voz que canta,
Cual si el cantor de la sentida endecha
Al frente entónces por allí pasara.

En tu callado nido, paloma enamorada,
Al dulce objeto viste que de tu lado huyó:
Su voz era tu encanto, tu dicha su mirada,
Y fué tu paraiso la rústica enramada
Donde el arrullo tierno oiste de su amor.

Ahora, paloma, llora en tu nido
Do triste y sola quedaste ya;
Pues tu palomo una vez ido,
Pobre paloma, no volverá.

Y pues llevarlo quiso
La suerte fiera,
Y que á tu lado nunca
Jamás volviera;
Sola en tu nido,
Llora, pobre paloma,
Tu Eden perdido.

Con tu palomo un dia, paloma cariñosa,
La fúlgida esperanza del bien te adormeció:
Con él un paraiso soñabas venturosa,
Porque era el dulce encanto de tu enramada umbrosa,
Porque era el tierno objeto de tu constante amor.

En vano ahora desde tu nido
Tu triste arrullo lo llamará;
Pues tu palomo una vez ido,
Pobre paloma, no volverá.

Y pues llevarlo quiso
La suerte fiera,
Y que á tu lado nunca
Jamás volviera;

Sola en tu nido,
Llora, pobre paloma,
Tu Eden perdido.

El transeunte, al parecer, se aleja;
Pues el acento de la voz que canta
Se va perdiendo entre el rumor confuso
Que el viento forma en las altivas palmas.

De Elena entónces, abatida y triste,
Se turba un tanto la aparente calma,
Y con su vista por las sombras quiere
Seguir el eco de la voz que acaba.

Y cuando escucha que el postrer suspiro
Del canto aquel en confusion se apaga,
Con un acento dolorido y triste
Expresa así sus lastimeras ansias:

¡Por qué tardas, mi amado,
Cuando te espero?
Mira que si no llegas
De amores muero.
Ven, dueño mio,
Que en la márgen te espero
Del claro rio.

Murmuran blandamente
Los cocotales,
Y los cocuyos vuelan
Por los rosales.
Ya llega el dia
Y despiertan las auras:
Ven, alma mia.

Cual si de Elena á la cancion sentida
Con sus arrullos contestase el aura,
Vago, indeciso y perceptible apénas,
El eco se oye de la voz lejana.

En vano ahora desde tu nido
Tu triste arrullo lo llamará;
Pues tu palomo una vez ido,
Pobre paloma, no volverá.

....

Sola en tu nido,
Llora, pobre paloma,
Tu Eden perdido.

De pronto Elena articulando un grito
Que á Doña Clara sorprendida espanta,
Vuelve hácia atrás..... y á la ventana mira
Cuando del sitio que dejó se aparta.

Allí.....miradlo..... señalando dice:
Huye, terrible aterrador fantasma:
Vision maldita que doquier me sigue,
Vision maldita que doquier me alcanza.

Huye: si acaso conducirme quieres
Del matrimonio á la fatal morada,
Cárlos mi amante, mi querido amante
Castigará tu impertinente audacia.

Y retrocede, las convulsas manos
Con horror extendiendo, y se derraman
Sus oscuros cabellos en desórden
Por su pálido rostro y su garganta.

Y su mirada delirante y fija
Del sitio aquel que abandonó no aparta,
Y de su talle desprendida ondea
En pliegues mil la vaporosa falda.

A algun arranque de su triste estado
Atribuyendo el hecho Doña Clara,
Se aproxima á su hija y con caricias
Volverla quiere á la perdida calma.

. . . .

Vamos, dice, *serénate hija mia;*
Pon en Dios tu consuelo y tu esperanza,
Que no hay visiones que tus pasos sigan,
Ni en torno tienes á ningun fantasma.

Miradlo, sí, miradlo, enfurecida
La pobre Elena en su delirio exclama:
Por todas partes por mi mal me sigue,
Por todas partes por mi mal me alcanza.

Al señalado sitio por Elena
Su madre vuelve sin querer la cara,
Como arrastrada en su terrible angustia
Por la accion de su hija desgraciada.

Y con sorpresa y con asombro mira
Que en la parte exterior de la ventana,
Deforme un rostro por la reja asoma
Fijando en ambas la infernal mirada.

Doña Clara, creyendo que era el negro
Que miraron viniendo hácia la casa,
Quiso acercarse. . . . . mas el bulto al punto
Desvanecióse como sombra vana.

¡Es verdad, ilusion, ó estoy yo loca!
Dice á su vez la madre horrorizada,
Que comprender no puede ni explicarse
Lo que en su torno y á su vista pasa.

Y á su hija volviendo cariñosa,
Con ambos brazos su cintura enlaza,
Y en angustia terrible largas horas
De espanto llena y de dolor áun pasa.

Y en esa triste situacion estuvo,
Luchando siempre con crueles ansias,
Hasta que el rayo precursor del dia
Tiñó el Oriente con su luz escasa.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO.

Unos tras otros los dias
Fueron amargos pasando,
La madre en tan triste angustia,
La hija en tan fiero estado.

La una de su amargura
La copa bebiendo á tragos;
La otra de su demencia
En los delirios amargos.

Y á los terribles tormentos
Que iban las dos apurando,
Ni daban las noches tregua
Ni las mañanas descanso.

La pobre loca solía
Calmarse de vez en cuando,
Quedando inmutable y fija
Como una estatua de mármol.

Al escuchar en la noche
El triste rumor lejano
Del viento, que entre las palmas
Iba al pasar suspirando;

O de los lindos cocuyos
Al ver los giros fantásticos
Entre las ramas oscuras
Del súchil ó del naranjo;

O al percibir, á lo léjos,
El mismo nocturno canto
Que oyó en las primeras noches,
Tan dulce, tan tierno y vago.

Y melancólica entónces
Frente á la reja en su cuarto,
Se quedaba tristemente
Abstraida ó meditando.

Pero de pronto volvía
Á su terrible arrebato,
Y largas horas pasaba
Con sus fantasmas luchando.

. . . .

El delirio y el insomnio
Fueron en su rostro pálido,
De la dolencia y la muerte
Las hondas huellas marcando.

Y en su semblante hechicero,
Tan decaido y tan lánguido,
Faltaba ya de la vida
El fresco vigor lozano.

Bajo las negras pestañas,
Que daban sombra á sus párpados,
Se descubrían las miradas
De sus ojos apagados.

Y los ondulantes rizos,
Por su cuello de alabastro
Y por su seno caían
En desórden agrupados.

En su constante manía,
Vestida siempre de blanco,
Se figuraba en las noches
Estar esperando á Cárlos.

Fueron, empero, los dias
Unos tras otros pasando,
Y apaciguándose fueron
Tambien su terrores pánicos.

Y de la razon, á veces,
Se dibujaban los rasgos
En su profunda tristeza
Y en su doliente desmayo.

. . . .

Toda la noche, no obstante,
Pasaba en vela esperando,
Atenta al menor rüido
Que se escuchaba en el campo.

Y allá cuando de la aurora,
Por el Oriente lejano,
Entre el azul de los cielos
Se dibujaban los rayos,

Se retiraba á su lecho
Abatida y suspirando,
Creyendo alcanzar del sueño
El dulce reposo en vano.

Con la costumbre de verla
Tranquila ya, sin reparo
Doña Clara poco á poco
La fué en libertad dejando.

Y ya al declinar la tarde,
Para distraerla en algo,
Salir con ella solía
A paseár por el campo.

Elena en tales paseos,
Siempre con los ojos bajos,
Callada y mústia cumplía
Los maternales mandatos.

Y al seguir como una sombra
De Doña Clara los pasos,
Ni levantaba los ojos,
Ni desplegaba los labios.

Buscaba de la ribera
Los sitios más solitarios
Doña Clara, con objeto
Que allí se ensanchara su ánimo.

Y á veces dejaba á Elena
Al pié sentada de un árbol,
Poniéndose ella al abrigo
Del sauce más apartado,

Para poder, sin ser vista,
Estar atenta observando
Sus movimientos, y auxilio
Prestarle en llegado caso.

Elena permanecía
Muda y triste, sin embargo
De volver en torno suyo
Los ojos de vez en cuando.

A veces se levantaba
De su asiento solitario,
Y por la márgen del rio
Iba triste caminando.

A veces, si alguna rosa
Llegaba á alcanzar su mano,
La miraba atentamente
Mústia y en quietud quedando.

Y á poco languidecía,
Cual si sus recuerdos vagos
Fijasen, al verla, en su alma
Algun pensamiento amargo.

Y suspiraba, y tan tristes
Eran sus suspiros blandos,
Que la razon parecía
Estar en ellos hablando.

Despues se quedaba fija
Con la vista en los remansos
Que la corriente del rio
Iba doquiera formando;

Ó se sentaba á la orilla
Sobre el tronco de algun árbol
Que, tendido, las crecientes
En la ribera dejaron.

Y en el agua que corría
Fijando sus ojos lánguidos,
Quedaba como abstraída
La hermosa flor deshojando,

Y viendo cómo las aguas
En su cristal no empañado,
Se iban llevando en silencio
Los pétalos perfumados.

Con la cabeza inclinada,
Fijos los ojos, los brazos
Con apacible abandono
Caidos por su regazo;

Con la expresion dolorosa
Que á su semblante, tan pálido
Le daban los negros rizos
Cayendo al cuello nevado;

Entre el musgo parecía
De aquel lugar solitario,
Alguna olvidada estatua
De blanco y pulido mármol:

Pues, inmóvil, ni escuchaba,
Al parecer, de los pájaros.
Que vagaban por el bosque
El dulce y sentido canto;

Ni de las aguas del rio,
Que humedecían su calzado,
Apercibía los murmurios
Que levantaban al paso;

Ni del viento que agitaba
La copa de los naranjos
O de los sauces, oía
Los tristes rumores vagos.

Y se quedaba en silencio
É inmóvil en su letargo,
Hasta que volvía la madre
Diciéndole: *Niña, vámonos.*

Entónces se levantaba,
Obediente á tal mandato,
Como de oculto resorte
Movida al impulso extraño.

Y silenciosa y humilde,
Para desandar lo andado,
Como triste sombra seguía
De Doña Clara los pasos.

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO.

El tiempo fué caminando,
Y un mes ya pasado había
Desde el desgraciado dia
En que Elena enloqueció.
En ese tiempo sus fuerzas
Se fueron debilitando,
Y fué en languidez cambiando
De su locura el furor.

Abatida y melancólica,
En su silencio profundo
Estar parecía en el mundo
Para callar y sufrir;
Pues ni palabra ni queja
Del labio suyo salía,
Y la vida consumía
Triste y cabizbaja así.

En la expresion Doña Clara
De tan grande abatimiento,
Miraba con sentimiento
De Elena el profundo mal;
Pero durante la noche,
Al ver que en su lecho entraba,
Tranquila se retiraba
Tambien ella á descansar.

Nuevamente ya la luna
Por el cielo discurría,
De dulce melancolía
Llenando el campo doquier.
Y las flores de la noche
Sus perfumes derramaban,
Y las brisas murmuraban
Con doliente languidez,

Elena, como si el astro
De la nocbe la animara
Y á su alma triste llevára
La esperanza de su amor;
Con sus ojos lo buscaba
Por los espacios del cielo,
Tregua dando al desconsuelo
De su pobre corazon.

Cual la planta que en la oscura
Noche languidece y muere
En tanto que no la hiere
Del sol la primera luz;
Así á la infeliz Elena
La oscuridad la abatía,
Y triste se sumergía
En dolorosa inquietud.

Más al punto en que la luna
Brillaba por el Oriente,
Alzaba la mústia frente
Con afanosa ansiedad;
Y cual amante que espera
Con inquietud importuna,
La salida de la luna
Se sentaba á contemplar.

Y cuando estaba embebida
Mirando su luz hermosa,
Pensativa y silenciosa
Una hora tras otra allí;
Ni el brillo la distraía
Del cocuyo que pasaba,
Ni el viento que suspiraba
Entre la palma gentil.

Y así sentada, su brazo
En su rodilla apoyando,
Y en su mano descansando
La mejilla sin color,
Suspendida de aquel astro
Su existencia parecía,
Pues nada turbar podía
Su muda contemplacion.

Conociendo Doña clara
Que la soledad buscaba,
Siempre sola la dejaba;
Hacerle creyendo un bien;
Y hasta la hora en que Elena
A su mandato venía,
Si alguna vez la veía
Le hablaba muy rara vez.

Elena entraba en su alcoba
Y obediente se acostaba;
Pero, velando, esperaba
Siempre, que dieran las dos.
Y á tal hora, de su lecho
Muy en silencio salía,
Cual si fuese todavía
A la cita de su amor.

Avanzando cautelosa
Y atenta al menor ruido,
El rumor de su vestido
O el que formaban sus piés
De su paso algunas veces
El impulso detenían,
Pues voces le parecían
Que le hablaban por doquier.

Caminando así, en silencio
Hasta la sala llegaba,
De la puerta levantaba
La tranca con precaucion,
Y sin que nadie sintiera
Su inesperada salida,
Cual una sombra perdida
De su esperanza iba en pos.

Cuando se hallaba á la sombra
De la vecina enramada,
La higuera tan deseada
Buscaba con tierno afan,
Y á todas partes veía
Avanzando silenciosa,
Cual si fuese temerosa
Que la siguiesen detrás.

Vestida toda de blanco
Y al aire su cabellera,
A cualquiera que la viera
Podría causarle pavor;
Pues á la luz de la luna
Que de lleno la cubría,
Un fantasma parecía
O alguna blanca vision.

Entre las palmas pasaba,
Cual vagá y flotante sombra,
Del campo en la verde alfombra
Poniendo apénas sus piés.
Y se sentaba en silencio
Al pié de la hermosa higuera,
La desgraciada, en espera
Del ya fenecido bien.

Y sin duda no veía
En el lugar donde estaba,
Que un murciélago giraba
De la higuera en rededor,
En torno suyo sus giros
Alguna vez estrechando,
Y ante sus ojos pasando
Como una sombra veloz.

Horas enteras quedaba
En su inmutable postura,
Miéntras la luna en la altura
Cruzaba el espacio azul.
Y sólo el rumor süave
De la corriente del rio,
De aquel silencio sombrío
Perturbaba la quietud.

Cuando sus tintas la aurora
Por el Oriente asomaba,
Suspirando regresaba
Y taciturna á su hogar.
Y al regresar, en su lecho
Desde luego se metía,
La luz del cercano dia
Esperando con afan.

Todas las noches al campo
Salía sin que lo supieran,
Sin que en su casa la vieran
Ni la sintieran salir.
Pero hablando de su casa,
Por el pueblo se contaba
Que una fantasma vagaba
En las noches por allí.

Fueron las noches pasando
Y Elena siempre saliendo,
Al amanecer volviendo
Triste á su casa despues.
Y nadie de sus salidas
Sospechaba cosa alguna,
Ni hubo persona ninguna
Que la mirase volver.

Mas una noche en que estaba
La luna hermosa y serena,
Como de costumbre Elena
Salió en punto de las dos.
Y de su ausencia pasaron
Una hora tras otra hora,
Y vino despues la aurora,
Pero Elena no volvió.

La madre que, al levantarse,
Para ver si aún dormía
De Elena al cuarto solía
Tierna y cariñosa entrar;
Al mirar que en él no estaba
Salió de temores llena,
A la desgraciada Elena
Buscando con ansiedad.

Y de sentido la hallaron
Funestamente privada,
Como flor abandonada
De la hermosa higuera al pié;
Mas, conducida á su lecho,
Con el cuidado debido,
Muy poco á poco el sentido
Fué recobrando despues.

Pero una fiebre ardorosa
Devoraba sus entrañas,
Y palabras tan extrañas
Decía la loca infeliz,
Que para todos aquellos
Que escuchaban su delirio,
Era un profundo martirio
Verla delirar así.

Nadie á saber acertaba,
Contemplando aquella escena,
Lo que á la infeliz Elena
Esa noche aconteció;
Porque unas cosas horribles
En su delirio decía,
Y ver fantasmas creía
De su lecho en rededor.

Los undívagos cabellos
Se arrancaba con las manos,
Esfuerzos haciendo vanos
Por levantarse y huir;
Y de sus cóncavos ojos
Las pupilas dilatadas,
Lanzaban fieras miradas
En su horrible frenesí.

Fuerzas no había que bastasen
A detenerla en su lecho;
Latía convulso su pecho;
Le saltaba el corazon:
Y con las manos crispadas
En su delirio vehemente,
Hería su rostro, impaciente,
Ya lívido y sin color.

Pasaron lentas las horas,
Y aquella fiebre ardorosa,
Como á la pálida rosa
Que marchita el huracan,
Fué de la loca agotando
El vigor y la potencia,
Y con ellos su existencia
Fué consumiendo á la par.

De modo que al poco tiempo
De tan horrible martirio,
Como la luz en el cirio
Vacila ya al fenecer,
En su rostro de la vida
La expresion vagaba inerte,
Y en él fijaba la muerte
Su lívida palidez.

[illegible]
Se desprende [illegible]
Postrera de la vida, como cuando
La última [illegible]
Caer con su perfume al suspiro
De la brisa fugaz de la mañana.
Vaga indecisa de sus lánguidos ojos
Sin expresión la lánguida mirada,
Y sus párpados débiles parecen . . . .
Sólo al peso ceder de las pestañas.
Bajo sus ojos lánguidos y tristes
Una sombra se pinta moratada,
Que en el blanco marfil de su mejilla
Se desvanece azul y se dilata.

Y de su boca que el carmin un dia
Con sus tintes hermosos coloraba,
Los ya cárdenos labios, de sus dientes
El esmalte mostrando, se separan.
Sus agrupados bucles, en desórden,
En torno de su rostro se derraman
Del blanco cabezal sobre los linos,
Ondulando al bajar por su garganta,
De la vida los últimos alientos,
Que ya su labio moribundo exhala,
El mal cubierto seno alabastrino
En convulsiva agitacion levantan;
Y al levantarlo, su turgente pecho
Oscila tembloroso, cual las blancas
Amapolas del valle se conmueven
Del viento al soplo en la vistosa planta.
En su lecho tendida de agonía,
Flor que su aroma postrimer exhala,
Hermosa luz que al espirar vacila
Y aún arroja claridad escasa;
Vibra[illegible] que se extingue,
Po[illegible] animacion que pasa;
Elena vive aún, pero la mano
De la terrible inexorable Parca
Sus delicados miembros entumece;
Afila su nariz, la [illegible] empaña
De sus ojos [illegible] brilla silenciosa
Ya de la vida la póstrera lágrima.

Algunas de sus jóvenes amigas,
De su lecho de muerte rodeadas,

La mira taciturna y afligida
La ve tambien y mústia Doña Clara.
La ciencia ya acabó: ningun recurso
En su impotente presuncion alcanza
Para volver un soplo de la vida.......
A aquella luz hermosa que se apaga,
Barquilla desprendida que al torrente
El torbellino lleva de las aguas,
Y de la orilla opuesta se le mira
Sin poder auxiliarla en su desgracia.
En vano el sacerdote enternecido
Lleva el consuelo de la fe cristiana
Para el alma inocente que del mundo,
Muerta su forma terrenal, se aparta;
Pues los sentidos de la pobre jóven
No tienen percepcion, y las palabras
Del Ministro de Dios en su conciencia
A penetrar, con su bondad, no alcanzan.
De la existencia sólo los instintos
Animan ya su sér, y apénas vaga
Esa expresion fugace de la vida
Algunas veces por su frente helada.
Todos esperan en silencio triste,
Perdida ya la fe de su esperanza,
Que aquella flor, con su postrer perfume,
Del árbol fresco de la vida caiga.
¡Silencio!... muere ya: sobre su seno
Se inclina sin vigor su frente pálida;
Sus yertas manos sobre el lecho cruza,
Débilmente su aliento se retarda,
La sombra de la muerte por sus ojos
Y por su helado rostro se derrama.

Su mirada [illegible]
Entre el [illegible]
Y el [illegible]
Desfallece al [illegible]
. . . .
Inmóvil [illegible]
Contra [illegible]
Reposa [illegible]
De aquel [illegible]
Las [illegible]
Vierte [illegible]
Despojo [illegible]
Y [illegible]
Inm[illegible]
Tesoro [illegible]

II

Daban las ocho en el reloj cercano,
Y el toque se escuchaba de las ánimas
Con que la Iglesia por los que ántes fueron
A la oracion á los devotos llama.
Solo [illegible]
En la [illegible]
De [illegible]
Trat[illegible]

Habían vestido á la infeliz Elena
Con sus ropas nupciales, y una blanca
Corona de jazmines y azucenas
Realzaba aún sus virginales gracias.

De sus negros cabellos la madeja,
En desprendidos bucles ordenada,
De aquel busto pulido de alabastro
Con el blanco nevado contrastaba.

Virgen y esposa que quedó dormida
Sobre el lecho nupcial; paloma casta
Que en su nido de mirtos y azucenas
Al morir con su amor, plegó sus alas.

Del valle solitario hermoso lirio,
A quien del viento arrebató una ráfaga;
Blanca azucena que cayó marchita
Cuando de aromas al jardín llenaba.

Última sombra que al partir del mundo
Deja en su orilla fugitiva el alma,
De Elena sólo inanimado el cuerpo
Ya de la vida en el dintel descansa......

La noche estaba lóbrega y sombría,
Y el viento que por fuera murmuraba,
Al entrar en la alcoba, de las luces
Hacía temblar la vacilante llama.

Todo en silencio y en quietud reposa,
En torno todo del cadáver calla,
Y de una péndola el golpeo monótono
Se oye tan sólo en la vecina sala.

Alguna vez el aire de la noche
Suavemente pasando por la estancia,
Del cortinaje del mortuorio lecho
Mueve en silencio la flotante malla.

Y al fluctuar los encendidos cirios
Se dibujan doquier sombras fantásticas,
Que á la vez que las luces se encandilan
Ellas tiemblan tambien, suben ó bajan.

Doña Clara, de pié, triste contempla
Viendo el cuerpo de su hija desgraciada,
Los tristes restos que á su amor le quedan
De tanta vida y de ternura tanta.

Yo fuí, le dice en su emocion pasando
La ardiente mano por su frente helada,
Quien de tu vida, infortunada niña,
Secó la hermosa y delicada planta.

Mi mano fué la que llevó á tus labios
De tu inmenso dolor la copa amarga;
La que forzando tus afectos tiernos,
Vertió el veneno destructor en tu alma.

Perdóname, hija mia; si en el cielo
Gozando estás la dicha soberana,
Este horrible dolor que me atormenta
¡Ay! de mi pobre corazon arranca.

Con el mudo silencio de la noche
Pudo oir Doña Clara que á su espalda
La efusion de su pena interrumpía
Una horrible, espantosa carcajada.

Su vista vuelve á la ventana al punto,
Y ve del negro la espantosa cara,
Que sonriendo y arrojando chispas
En ella fija la feroz mirada............

Ante la horrible aparicion no puede
Ni gritos dar ni articular palabras,
Y sin sentido por el suelo cae
De la tranquila y silenciosa estancia.

Cuando al ruido á su socorro vienen
Las [illegible]
Suponiendo que un mal le hubiese dado
A la madre infeliz y desgraciada,

A la muerta se encuentran en su lecho,
Por el suelo tendida á Doña Clara,
Y á la luz vacilante de los cirios
Ven al negro riendo en la ventana.

CAPÍTULO DÉCIMOCTAVO.

En la ciudad de Veracruz se encuentra
Un fraile, misterioso peregrino,
Que nadie sabe del lugar que vino
Ni sabe nadie para donde va.
Ni nadie há visto con la luz del dia
Si es severo ó afable su semblante;
Que del trato comun vive distante
Y es tenido en olor de santidad.

En una miserable callejuela
Que sale á la muralla por un lado,
Y hácia el otro se va por el costado
De "Las Damas" la calle al sorprender;

Hay una casa de apariencia triste,
Tan antigua, tan lóbrega y sombría,
Que ningun transeunte alcanzaría
Qué habitada estuviese á comprender.

Por la grieta [illegible] de sus muros
Se agrupa el musgo y solitario crece,
Y á la yerba olvidada el viento mece
Sobre el viejo caidizo del balcon.
Ni puerta se abre ni ventana alguna
En la noche, la tarde ó la mañana,
Ni en su interior jamás de voz humana
Se oye acento, murmullo, ni rumor.

Sepulcro, [illegible]
Del tiempo destructor á la inclemencia,
Olvidada y antigua residencia
De humanos séres que pasaron ya,
Se levanta en la angosta callejuela
Aquella casa lúgubre y sombría,
En sus muros mostrando todavía
La muerta pompa de su antigua edad.

Los nortes del invierno en sus cornisas
Las arenas del mar depositaron,
En sus huecos las aves anidaron,
Sus paredes la lluvia ennegreció.
De sus rejas, sus puertas y ventanas,
Ya gastadas ó rotas las molduras,
Abren anchas, profundas hendiduras
Que el agua pudre ó que calcina el sol.

El viento de la noche algunas veces
Algun postigo que se abrió golpea,

Y en el Otoño la humedad gotea
Por la rota cornisa ó la pared,
Y al quebrarse los rayos de la luna
En sus tristes almenas ó en sus muros,
Fantásticos y lúgubres y oscuros,
Bultos sin forma por doquier se ven.

La gente aseguraba que en tal casa
Se escuchaban lamentos y suspiros,
Que de duendes, de brujas y vampiros
Era aquella la lóbrega mansion;
Y nadie en ella entraba, temeroso,
Años tras años se quedó vacía,
Y la gente del pueblo la veía
En las noches callada y pavorosa.

El fraile transeunte aquella casa
Tomar quiso, al llegar, como morada,
Y una vida tan sola y retirada
Hace á los ojos de la gente allí,
Que por santo se tiene al peregrino
Que en la oracion se vive y el ayuno
Pues jamás, al pasar, lo ve ninguno
Ni hablar con nadie ni de allí salir.

Hay, no obstante, quien diga que á deshora,
Una noche de lluvia y tempestuosa,
Por la calle cruzando tenebrosa,
A la luz de un relámpago lo vió,
Que llevaba calada la capucha,
Y cada vez que el rayo centellaba,
A su hábito parduzco rodeaba
Un ligero azuloso resplandor.

El caso es que, sin verlo, cuentan todos
Anécdotas del fraile milagrosas,
Que los niños, los viejos y las mozas
Lo tienen en olor de santidad.
Que todos por la fama le conocen
Con el nombre del Santo Peregrino,
Y nadie sabe del lugar que vino
Ni sabe nadie para dónde va.

II

Era una noche triste y pavorosa,
La casa entre la sombra se envolvía,
Y entre el silencio lúgubre se oía
El rumor de lejana tempestad.
De vez en cuando el viento algun postigo
O mal segura puerta golpeaba,
sordo por los aires se escuchaba
El ruido monótono del mar.

Las doce de la noche habían ya dado,
Sola estaba la oscura callejuela,
Y el Sereno, cual mudo centinela,
En la esquina mostraba su farol.
Una mujer de negras vestiduras,
Como sombra que vaga misteriosa
Atravesó la calle, y silenciosa
De la casa en la puerta se paró.

Llamó dos veces, y los golpes secos
Del pesado aldabon [illegible]
Hicieron que el [illegible] sorprendido
Se volviese hácia allí para mirar.
Y al brillo de un relámpago luciente,
Pudo ver que la puerta se entornaba
Y la enlutada misteriosa entraba
Oculta, cuasi [illegible] ya.

La casa estaba oscura, tan sólo una bugía
Brillaba allá en el fondo de un largo corredor:
El trueno algunas veces los techos sacudía;
El viento algunas veces silbaba en su interior.

II

El rayo por los aires brillando repentino
Hacía flotar fugaces relámpagos de luz;
Y no se vé en la casa del fraile peregrino,
Ni un santo, ni la imágen sagrada de la Cruz.

Sentado en su poltrona, de aquella galería
Perdido entre la sombra se puede al fraile ver;
Su faz hasta los ojos el hábito envolvía,
Y está á los piés del fraile postrada una mujer.

Yo vengo, padre, esclama, *buscando ese consuelo*
Que da á los pecadores la santa religion:
Me dicen que á la tierra bajado habeis del cielo;
Me dicen que se salva quien há vuestro perdon.

Yo, pobre pecadora, la ruta de la vida
Haciendo mal á todos, señor, atravesé:
Llorosa á vuestras plantas hoy vengo arrepentida.
Y el fraile, allá entre dientes, le dice: — *Ya lo sé.*

Yo tuve una hija hermosa que estaba enamorada
Que amaba con delirio, que amaba con pasion;
Y quise sus afectos forzar, y despiadada
Herí de muerte su alma y herí su corazon.

Objeto á su cariño le impuse caprichosa;
La hiel de la amargura en su alma derramé;
Y la hice desgraciada pudiendo ser dichosa.
Y el fraile, allá entre dientes, le dice:—*Ya lo sé.*

Matar con oro quise su afecto y su ternura;
Ahogar con oro quise la fe de su razon:
Mas ¡ay! la inteligencia huyó de su alma pura,
Y áun loca suspiraba de amor su corazon.

De Cárlos su querido, su amante infortunado,
Tambien yo la existencia, señor, envenené;
Pues ser felice pudo y lo hice desgraciado.
Y el fraile, allá entre dientes, le dice:—*Ya lo sé.*

De dos almas virtuosas dos almas criminales
Hacer pudo tan sólo mi loca pretension;
Pues yo crucé la vida no más haciendo males,
Y Dios en mi conciencia castiga mi ambicion.

Los dos pobres amantes del mundo ya partieron;
Yo fuí, ¡madre infelice! yo fuí quien los maté;
Los dos, señor, sus almas quizá tambien perdieron.
Y el fraile, allá entre dientes, le dice:—*Ya lo sé.*

Pues bien, si ya la pena sabeis que me devora,
Si ya sabeis la causa, señor, de mi afliccion,
Llorosa á vuestras plantas está la pecadora
Y dicen que se salva quien há vuestro perdon.

Entónces el embozo quitando el peregrino,
Descubre su semblante, y dice:—*No, mujer;*
Si mal hiciste á todos, se cumple tu destino,
Ya es tarde, pecadora: estás en mi poder.

Un rayo en el instante estalla fragaroso;
Relámpago luciente alumbra el corredor,
Y puede Doña Clara mirar el horroroso
Semblante, en aquel fraile, del negro, con pavor.

El viento silbó entónces las puertas sacudiendo;
Cayó á los piés del fraile privada la mujer;
Y el eco por los aires quedóse repitiendo:
Ya es tarde, pecadora: estás en mi poder.

III

Curioso el Sereno de la calle
Por ver si á la enlutada conocía,
La esperó, mas al ver que no salía
De la casa á la puerta se acercó,
Y oyó por dentro gritos y suspiros,
Rüido de cerrojos y cadenas,
Y con la sangre helada por sus venas
Se detuvo en la puerta con horror.

El extraño ruido proseguía,
Y al cabo, de la casa recelando,

Tocó su pito auxilio reclamando
De los otros Serenos como él.
Poco á poco llegaron y con ellos
El Alcalde llegó más inmediato,
Oyó, quizá riendo, aquel relato
Y en la casa internáronse despues.

Sola estaba la lóbrega morada;
Sola estaba la oscura galería;
Y ni al fraile se halló que allí vivía,
Ni á la enlutada que el Sereno vió.
En vano con ahinco de la casa
Los cuartos y escondrijos registraron,
Pues tan sólo murciélagos miraron
Que volaban causándoles pavor.

Oían, no obstante, lánguidos suspiros
Que el eco por los cuartos remedaba,
Y una peste tan fuerte se exhalaba
De azufre, á ~~veces, de betun y~~ pez,
Que el Alcalde salióse de la casa
Juzgando que era el Diablo el peregrino,
Y siguiendo espantados su camino
Los Serenos saliéronse tras él.

Al punto circuló la historia aquella
Que escucha la gente horrorizada,
Y que fué Doña Clara la enlutada
Entre algunos llegóse á presumir.
Nadie supo despues del peregrino;
Desde entónces la casa está vacía,
Y en las noches oscuras todavía
Se santigua el que pasa por allí.

Cuando se habla hoy del hecho, se asegura,
Mostrando con horror la casa aquella,
Que el Diablo en otro tiempo vivió en ella
Y á una pobre enlutada se llevó.
Y el vulgo, desde entónces, por las noches
Al pasar por allí duda y recela,
Y á la lóbrega y triste callejuela
Se le llama de "*Líbranos Señor.*"

CAPITULO DÉCIMONONO.

CONCLUSION.

Desde el dia en que sepultaron
A la desgraciada Elena,
Sola y cerrada la casa
En Medellin se conserva.
Cubre el polvo sus persianas,
El musgo crece en sus tejas,
Y la humedad de las aguas
Va empañando sus vidrieras.
No hay mano humana en el pueblo
Que cierre ó abra sus puertas,
Que abra ó cierre sus ventanas
O á limpiar sus pisos venga.
Y en ella por todas partes
La humedad sus sombras deja,

Sus deterioros el tiempo,
Y los vientos sus arenas.
En su solar olvidado,
Por doquier la inútil yerba
Crece, y las hojas caidas
Se amontonan y se secan.
Los venenosos reptiles
Se ocultan en la maleza,
Y los perdidos frutales
Marchitas sus ramas cuelgan.
El destruido cercado
Portillos abre doquiera,
Que á los toros vagamundos
Ofrecen segura senda.
Y los callados murciélagos
Al caer la tarde vuelan,
En torno á los negros muros
Dando fantásticas vueltas.
Ya la gente asustadiza
Pasar por allí recela,
Pues se asegura que espantan
Desde la muerte de Elena.
Y hay quien afirma que al Diablo
Un dia miró por las rejas,
De las abiertas ventanas
Asomado, y quien sostenga
Que en las noches muy oscuras
Se ven brillar, desde afuera,
Los cuatro encendidos cirios
Que alumbraron á la muerta.
Hay quien diga que se escuchan
Suspiros, llantos y quejas,
Y que de noche á deshora
Se estremecen las vidrieras.

Mas de todo lo que nadie
Hay ya que á dudar se atreva,
Es que en las noches de luna
Se abre en silencio una puerta
A los dos en punto, y luego
Sale de la casa aquella
Vestida toda de blanco
Una mujer, que á la higuera
De la orilla se dirige,
Bajo su sombra se sienta,
Y allí como blanca estatua
Mústia y en silencio queda;
Y al llegar la madrugada,
Da un suspiro con tristeza,
Y deslizándose luego
Como una nube ligera
A lo largo de la calle
Que llaman de "Concha Perla,"
Se le oye que allá á sus solas
Como quien llora ó quien reza,
Va murmurando entre dientes
Palabras, ayes y quejas:
Cuando llega junto al muro
De la solitaria iglesia,
Se detiene do los restos
Están de Cárlos Singüenza,
Y allí posando un instante,
Ora, medita ó contempla;
Y entre los rayos postreros
De la luna cenicienta,
Despues como sombra vaga
Se disipa ó se condensa,
Dejando todas las noches
En la tumba una botella.

Unos dicen que es el alma
Que está penando de Elena;
Otros, aqueste misterio
A explicárselo no aciertan.

A la Vision todos llaman
La Mujer Blanca, y con ella,
A los niños cuando lloran
Los asustan y amedrentan.

Y al recordarla en las noches,
Los jóvenes se desvelan,
Los hombres se aterrorizan,
Y se santiguan las viejas.

FIN.



90092527548
B90092527548a



89092527548
B89092527548A